

cuadernos de COMUNISMO

E. Thompson: *Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización.* J. Albarracín: *Crisis económica, austeridad, rearme y peligro de guerra.* P. Anderson: *La interpretación del estalinismo por Trotsky.* F. Cruells: *Avances e interrogantes del Congreso del Partit dels Comunistes de Catalunya.* R. Montoya: *La ingerencia norteamericana en América Central y el Caribe, del siglo XIX a la revolución sandinista.* A. García Pintado: *El cadáver del padre.* G. Cordero, V. Peragón, L. Cuerdo, M. Mora: *Por una nueva política comunista.*

índice

Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización, por <i>E. Thompson</i>	p. 4
Crisis económica, austeridad, rearme y peligro de guerra, por <i>J. Albarracín</i>	p. 19
La interpretación del estalinismo por Trotsky, por <i>P. Anderson</i>	p. 26
Avances e interrogantes del Congreso del Partit dels Comunistes de Catalunya, por <i>F. Cruells</i>	p. 32
La ingerencia norteamericana en América Central y el Caribe, del siglo XIX a la revolución sandinista, por <i>R. Montoya</i>	p. 37
El cadáver del Padre, por <i>A. García Pintado</i>	p. 42
Por una nueva política comunista, por <i>G. Cordero, V. Peragón, L. Cuerdo, M. Mora</i>	p. 47

Cuadernos de Comunismo

- Nº. 1** Pau Pons: Elecciones en Catalunya: punto final a una etapa. Henri Weber: De la influencia de las direcciones traidoras. Jean-Marie Vincent: Las vías del reformismo. Joaquín Nieto: CC.OO. y la nueva situación sindical. Mariano F. Enguita: De la Constitución al Estatuto de Centros Docentes y la LAU. Agustín Maraver: Las bases de la política exterior del Kremlin (I). Javier Maestro: En torno a la fundación del PCE. Libros.
- Nº. 2** Lucio González: No hay atajos para derribar al gobierno de la derecha. Ramón Zallo: Capitalismo tardío y cuestión nacional. Pedro Montes: Los expedientes, una solución capitalista a la crisis de las empresas. Diosdado Toledano: SEAT en la enervada. Luciano Rincón: Notas sobre cultura y cambio. Genoveva Rojo: Apoyos del feminismo a la teoría de la sexualidad. A. Maraver: Las bases de la política exterior del Kremlin (II). M.F. Enguita: La tercera vía hacia ninguna parte.
- Nº. 3** Joan Font: A propósito del V Congreso del PSUC. Adolfo Gilly: Las primeras enseñanzas de la revolución salvadoreña. A. Figueras: ¿Solidaridad nacional o solidaridad de los trabajadores? Jesús Albarracín y Pedro Montes: El propósito de enmienda de UCD. J.R. Castaños: Opresión nacional, derecho a la independencia y unificación de la clase obrera. M.F. Enguita y M.E. Iriarte: Sobre el mal llamado "poder judicial" (I). Mª Jesús Miranda: Política penitenciaria y desarrollo constitucional. José Repullo: Salud, sanidad y reforma sanitaria. Petr Uhl: Un programa para la revolución antiburocrática. Javier Maestro: El Frente Popular: ¿un proyecto de democracia avanzada?
- Nº. 4** Mariano F. Enguita: Las coordenadas de una crisis. J. Vicente Idoyaga: Crisis del movimiento obrero y partido revolucionario. Daniel Bensaid: El eurocomunismo en la enervada. Ramón Zallo: En torno al congreso del EPK. Antonio de Marchi: Reglamento de disciplina y derechos sindicales en los ejércitos europeos. M.F. Enguita y M.E. Iriarte: Sobre el mal llamado "poder judicial" (II). Celia Amorós: Jeal-Paul Sartre y el estalinismo. Joseba Iriarte: Clase obrera, marxismo y cuestión nacional. Equipo S.I. de L.C.R.: La reestructuración de la siderurgia integral.
- Nº. 5** Jesús Albarracín: Entre el gran rechazazo y el golpe. Joseba Iriarte: Clase obrera, marxismo y cuestión nacional (II). John Ross: La política británica en la década de los 80. Joaquín Nieto: II Congreso de CC.OO. J. Aparicio Tovar: El derecho de huelga y el Tribunal Constitucional. Pedro Montes: X Congreso del PCE: la alternativa económica. E. Pellegrini: El PCI y su papel en la situación política italiana (entrevista). Juan Andrade: El pablismo y la burocracia uguetista. Javier Maestro: Andrade y la revolución española. Alain Brossat: Peth Uhl, Rudolf Bahro: el marxismo renace en el Este. Fernando M. Salcedo: Anti-Tibaldi. Eric J. Hosbawm: Golpes de Estado.
- Nº. 6** Mike Davis: USA: el camino hacia el poder de la "nueva derecha". Jaime Pastor: La crisis estratégica del PCE. Ramón Zallo: Sobre el III Congreso de EIA. J. Vicente Idoyaga: Sobre la crisis del EPK-PCE y su integración en Euskadiko Ezkerra. Equipo de Estudios de LK1: Crisis industrial y desempleo en Euskadi. Pep Roca y Joan Font: Lengua e inmigración en la Catalunya de los años 80. J.R. Castaños: Autonomías: el fin de una ilusión.
- Nº. 7** Maurice Godelier: Los orígenes de la dominación masculina. Cyril Smuga: Polonia: autogestión, burocracia, Solidaridad. Documento: El programa de Solidaridad. J. Antonio Moral Santín: No hay salidas reformistas a la crisis. Jesús Albarracín y Pedro Montes: Génesis y repercusiones de dos millones de parados. Michel Thomas: Seis meses de gobierno socialista en Francia, o la ambición imposible del proyecto socialdemócrata. Klaus Meschkat: La socialdemocracia y la ofensiva socialista en América Latina. Ernest Mandel: Socialismo o barbarie hoy. Tesis sobre el marxismo, la ecología y los peligros de guerra nuclear.

Cuadernos de Comunismo

Consejo de Redacción: Mariano Fernández Enguita, Lucio González, Javier Maestro, Agustín Maraver,
Joaquín Nieto, Jaime Pastor, Pau Pons, Ramón Zallo.

Coordinación general: Mariano Fernández Enguita.

Diseño Gráfico: Ignacio Rubio.

Edita: Liga Comunista Revolucionaria/Apdo. de Correos 50.370 (Cibeles) Madrid-España.

Imprime: Rattles, Mallorca, 206. Barcelona. DL B.14780.80

150 ptas.

Presentación:

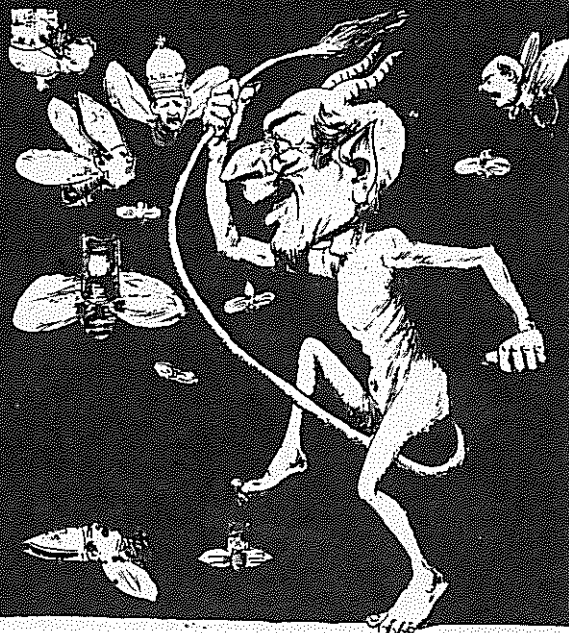
HACE ya casi dos años, E. Thompson, sin duda uno de los más claros exponentes del movimiento antiarmamentista europeo, formulaba sintéticamente su posición en sus *Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización*. Desde entonces acá, buena parte del debate sobre la carrera armamentista y los movimientos opuestos a ella gira en torno a las conclusiones de Thompson. A nuestro país ha llegado este debate, algo tarde, bajo el impulso de la protesta contra la integración en la OTAN. Al publicar el trabajo de Thompson, tremendamente polémico, sobre todo para la izquierda, queremos contribuir a que este debate pueda desarrollarse dentro de nuestras fronteras. El artículo de J. Albarracín —que no es una respuesta a Thompson, aunque indirectamente ambos entren en la misma polémica— aporta igualmente elementos a este necesario debate.

Tema distinto pero conexo es el de la naturaleza del estalinismo, en el sentido más amplio del término. Perry Anderson nos ofrece una cuidadosa reconstrucción crítica de la caracterización del stalinismo por Trotsky que, más allá de una exégesis teórica necesaria, incluye un balance ponderado del papel nacional e internacional de la burocracia soviética.

La crisis del comunismo "oficial" y el surgimiento de nuevas corrientes críticas en el seno de los mismos PCs es objeto del artículo de F. Cruells, que analiza el pasado congreso fundacional del PCC, y de una entrevista con Gervasio Cordero, Vicente Peragón, Laureano Guerdo y Miguel Mora, los dos primeros representantes del "grupo de los 200" y los dos últimos del "Colectivo Comunista y Democrático", las dos corrientes más significativas de la disidencia de izquierda en el PCE madrileño.

Roberto Montoya da cuenta de la historia poco conocida de un siglo de ingerencia norteamericana en las repúblicas de América Central y el Caribe. Angel García Pintado, en fin, somete a crítica la sofisticada versión lukacsiana del stalinismo en materia artística, el "realismo socialista".

Las ilustraciones de este número han sido extraídas de la excelente recopilación realizada por Valeriano Bozal en el libro "La ilustración gráfica del siglo XIX en España".



Notas sobre el exterminismo: último estadio de la civilización

Compañeros: necesitamos una teoría convincente y un análisis de clase de la crisis bélica actual. Sí. Pero estructurar un análisis de manera racional y consecutiva puede ser, al mismo tiempo, imponer una racionalidad (1) consecuencial al objeto de análisis. ¿Qué ocurre si el objeto es irracional? ¿Qué pasa si los acontecimientos no son queridos por lógica causal simple alguna ("la posición militar cada vez más agresiva del imperialismo", etc.), por una lógica que tiende entonces a ser analizada en términos de orígenes, intenciones y objetivos, contradicciones y coyunturas, sino que son simplemente producto de una confusa inercia? ¿Es posible que esta inercia nos haya alcanzado en la forma de una disposición de fuerzas fragmentadas (formaciones políticas y militares, imperativos ideológicos, tecnologías armamentistas), o, más bien, como dos disposiciones antagónicas de tales fragmentos, unidos por sus oposiciones.

Edward Thompson

LO que estamos sufriendo en la actualidad se ha formado históricamente, y en esa medida está sujeto al análisis racional, pero ahora existe como una masa crítica en el punto de la detonación irracional. La detonación puede estallar por accidente, por error de cálculo, por el implacable y sistemático desarrollo de la tecnología armamentista o por un acceso súbito de apasionamiento ideológico (2). Si nos adentramos en todo esto en una formación lógica demasiado pura estaremos impreparados para la irracionalidad del acontecimiento. Hace veintinueve años, en la precursora de esta revista, Peter Sedgwick (argumentando en un momento diferente) nos alertaba contra esta irracionalidad: "En todos los análisis producidos desde el interior de la órbita estalinista estaba implícita una teoría de la conspiración. 'Los círculos dominantes de los Estados Unidos' estaban 'dedicando todos sus esfuerzos a preparar una nueva guerra', 'nuevos planes de agresión' eran constantemente preparados por estos mismos círculos. Se adscribía así al enemigo una intención criminal, de un modo a la vez inverosímil y ajeno a las categorías marxistas. Lo que Wright Mills llama "la deriva y el impulso hacia la Tercera Guerra Mundial" debe imputarse realmente a la existencia de clases dominantes oligárquicas y militares (cuya distribución sobre los continentes del globo está, dicho sea de paso, algo más extendida de lo que los Partidarios de la Paz indicaron jamás). Pero el peligro de guerra no surge de un plan consciente por parte de las élites... Si así fuera, podríamos dormir todos tranquilos, porque los 'círculos dominantes' difícilmente iban a inclinarse a tramar su propia aniquilación... La guerra es posible como el resultado final de las políticas iniciadas por estas minorías irresponsables, como el eslabón final no previsto de una cadena causal forjada en cada etapa por la opción previa de alguna clase dominante. La Tercera Guerra Mundial podría desencadenarse como 'algo que nadie deseaba', la resultante de las configuraciones en competencia de fuerzas sociales...

Si el Hombre es alguna vez eliminado de la tierra por medio de sus propios armamentos, no habrá respuesta sencilla alguna a la pregunta: ¿Cayó o lo

empujaron?" (3).

Han pasado veintinueve años y la inmediatez de este problema, así como las exigencias políticas del momento, son un quebradero de cabeza. No puedo ofrecer otra cosa que unas notas, fragmentos de un argumento. Algunos fragmentos deben tomar la forma de preguntas dirigidas al inmovilismo de la izquierda marxista.

La estructura de fondo de la guerra fría

Una caricatura rápida de cualquiera que sea la teoría que hay detrás de este inmovilismo podría ser la siguiente. Tiene una posición a priori: la literatura cada vez más especializada sobre armamentos, militarismo e investigación sobre la paz sigue sin ser leída (4). Está informada por una teleología subliminal: la historia debe moverse a través de sus etapas pre-programadas, hacer lo que los hombres desean, y podemos rechazar, con un optimismo religioso, la opción más negra de Marx: "la destrucción mutua de las clases contendientes". Confunde los orígenes con las consecuencias. Confía en una interpretación antropomórfica de las formaciones políticas, económicas, y militares, a las que se atribuyen intenciones y objetivos. Desde el momento en que la "causa" de la guerra fría es adscrita únicamente a la mala voluntad del "imperialismo", se torna posible analizar los acontecimientos en términos de una supuesta racionalidad imperialista (por muy malévolas que sean estas razones) antes que en términos del resultado irracional de formaciones y voluntades en conflicto.

En esta línea argumental, la cosa es más o menos así. La causa original, y también la inducida, de la guerra fría reside en las tendencias del imperialismo mundial. Estas tendencias son entonces analizadas, prestando atención a África, el Sudeste asiático, Latinoamérica, y con una perorata sobre Oriente Medio y el petróleo. China es invocada como parte de la herencia revolucionaria —entonces se olvidan sus inconvenientes posturas diplomáticas y militares— (5). Europa es dejada de lado sin un análisis, excepto por su papel accesorio en el imperialismo mundial. El

socialismo de Estado, por muy "deformado" que esté (y aquí los marxistas de distintas convicciones asignan distintas notas a la deformidad), tiene una postura militar que es "fundamentalmente defensiva". Esto se puede confirmar por medio de un ejercicio *a priori*, prestando un poco de atención a los distintos modos de producción y sistemas sociales: el modo capitalista está motivado por la búsqueda de beneficios y de nuevos campos de explotación, mientras la carrera armamentista impone una carga no deseada a los estados socialistas (por muy deformados que estén), al distraer recursos de la construcción socialista.

En cuanto a la Bomba, se trata de una Cosa, y una Cosa no puede ser un agente histórico. La preocupación por los horrores de una imaginaria guerra nuclear es algo desviante (¿acaso no dijo el Vietcong que eso era un bluff?) y conduce a horribles herejías como el "neutralismo" o el "pacifismo" y a la confusión total en la lucha de clases. La Campaña por el Desarme Nuclear ejemplificó tales capitulaciones ante el moralismo y el "pacifismo", y es por eso por lo que "fracasó". Mientras tanto, la lucha antiimperialista prospera en el Tercer Mundo (Vietnam, Angola, Irán, Nicaragua, Zimbabwe, y eventualmente será llevada desde allí a los "bárbaros" de las metrópolis capitalistas (6). Lo mejor que pueden hacer estos bárbaros, mientras esperan, es comprometerse en una confrontación de clases hasta que las economías capitalistas comiencen a doblarse.

Pero podría haber otras vías para situar nuestro análisis. Examinaríamos menos los orígenes que las consecuencias de las consecuencias. Observaríamos cuidadosamente la tecnología, la estrategia y las formaciones militares. Afrontaríamos la posibilidad de la

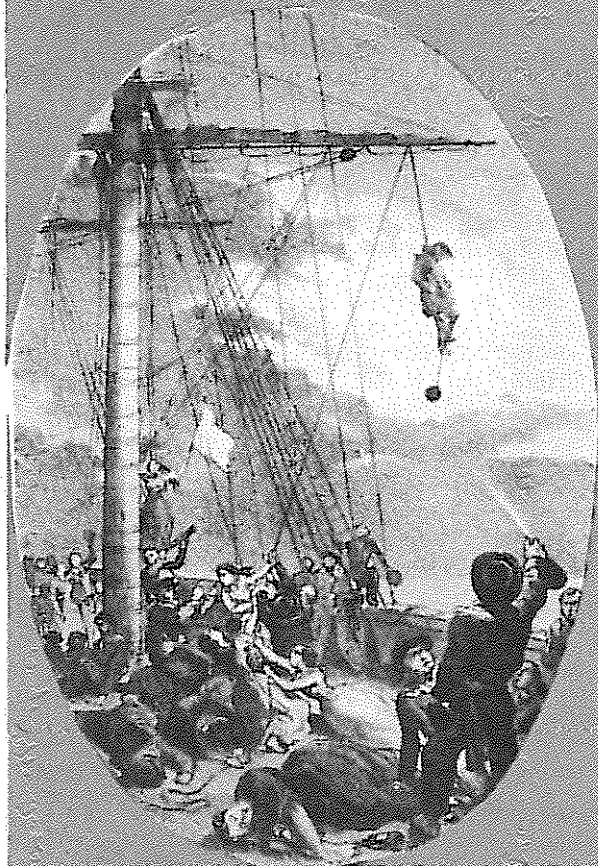
guerra con un pesimismo controlado de la inteligencia. Veríamos el pasado inmediato como el resultado irracional de una colisión de voluntades y esperaríamos que el futuro inmediato aumentara esta irracionalidad.

Solamente puedo vislumbrar la línea argumental que esto podría aportarnos. Pero creo que volvería a colocar a Europa y, en un plazo corto a China en el centro de la argumentación. Comenzaría por la polarización EE.UU. y, por extensión, el triángulo URSS-China-EE.UU. Lo que se conoce como "guerra fría" es la fractura humana central, el polo absoluto del poder, el fulcro alrededor del cual gira el poder en el mundo. Este es el campo de fuerzas que engendra los ejércitos, las diplomacias y las ideologías, que impone relaciones de clientela a las potencias menores y exporta armas y militarismos a la periferia.

En la periferia existe todavía movilidad política, y la línea argumental ya dada es lo bastante aceptable, aunque más distorsionada (y distorsionada en formas militaristas) por las sordas imposiciones de los polos centrales que el argumento autoriza normalmente. En casos excepcionales, allá donde el antagonismo polar es tan agudo que una intervención militar convencional traería consigo la probabilidad inmediata de una confrontación EE.UU.-URSS, el espacio para la movilidad política se amplía en la práctica: Irán y Oriente Medio son los ejemplos obvios (7). Pero, a lo largo de la fractura central, la movilidad política ha sido congelada durante treinta años —en el peor de los casos asume formas degenerativas. Y aquí debemos reconocer no una sino dos formaciones imperiales, por muy diferentes que sean sus orígenes y caracteres. Pues la Unión Soviética, que se extiende desde los estados bálticos hasta Mongolia, incluye dentro de sus imperativos estratégicos todo ese material humano inflamable en Europa del Este que debe ser perpetuamente mantenido bajo controles políticos, militares e ideológicos.

Debe tomarse claro que la de "imperialismo" es una categoría inadecuada para dar cuenta de algo más que de una parte de esta situación de contradicción y colisión globales. Esta es una situación sin precedentes, y se escapa de nuestra vista cuando tratamos de incluirla precipitadamente en categorías inadecuadas. Es una situación a la vez de antagonismo y reciprocidad, pues el aumento del armamento en ambos lados tiene lugar de acuerdo con una lógica recíproca e incluso es regulado por normas elaboradas de común acuerdo. El misil MX es un dispositivo inteligente para estirar hasta el límite, sin romper las reglas del juego de los SALT II: cada misil se deslizará sobre ralles entre una serie de rampas de lanzamiento ocultas, pero las cubiertas de inspección serán periódicamente abiertas a la observación de los satélites soviéticos para reasegurar al "enemigo" en que solamente hay un misil por cada sistema de pistas (8).

Con estas reglas del juego importa menos de lo que pudiera suponerse el definir la postura de la URSS (o la de "occidente") como "básicamente defensiva". Esto no es más que una atribución moralista de intenciones supuestas. Ambas superpotencias están preparadas y armadas para un ataque aniquilador instantáneo. El alambre espinoso, los sacos terreros, las trincheras o los fusiles anti-tanque —los accesorios de una Línea Maginot— pueden ser categorizados como armas "defensivas", pero los ICBM no.



La Bomba, después de todo, es algo más que una Costa Inerte. En primer lugar, por su potencia destructora y su trayectoria programada, es una cosa que amenaza. En segundo lugar, es un componente de un sistema de armamento, y produciendo, manteniendo y apoyando ese sistema hay un sistema social correspondiente: una organización específica del trabajo, la investigación y el funcionamiento, con reglas específicas de dirección, normas de secreto, acceso prioritario a los recursos y las capacidades y elevados niveles de control policial y disciplina; una organización específica de la producción que, si bien tiene un carácter militarista, emplea a, y es apoyada por, un gran número de civiles (funcionarios, científicos, académicos) que están subordinados a su disciplina y a sus reglas (9).

Significa más bien poco mirar con lupa las entrañas de dos modos de producción distintos, buscando augurios para el futuro, si ponemos tan poca atención como para pasar por alto lo que estos modos producen. Porque, cada vez más, lo que se está produciendo tanto en los Estados Unidos como en la URSS son medios de guerra, así como lo que crecientemente se está exportando, con una rivalidad competitiva, por parte de ambas potencias al Tercer Mundo son materiales de guerra y sistemas, infraestructuras y tecnologías de apoyo (10).

Hay aquí una nueva dinámica y una lógica recíproca que requieren una categoría nueva para su análisis. Si "el molino de mano nos da la sociedad con el señor feudal, el molino de vapor la sociedad con el capitalista industrial", ¿qué es lo que nos dan estos molinos satánicos que están ahora en funcionamiento, moliendo los medios del exterminio de la humanidad? Más de una vez he llegado antes a este punto del razonamiento, pero he apartado la vista con desesperación. Ahora, cuando lo miro directamente, sé que la categoría que nos hace falta es la de "exterminismo".

La lógica de los sistemas de armamento nuclear

El originismo y el antropomorfismo no necesitan examinar el armamento y la estrategia. Las armas son cosas, y las estrategias son planes instrumentales para llevar a cabo políticas que tienen su origen en algún otro lugar. Por consiguiente, lo que debemos hacer es examinar a las élites dominantes y sus intenciones políticas. Todo lo demás se puede considerar dado.

Esto suena a sentido común, pero es un error. Significa cerrar de antemano el análisis de variables independientes auto-generadas, antes de comenzar siquiera. Las armas nucleares (todas las armas) son cosas, pero tanto ellas como sus sistemas de apoyo parecen crecer por su propia cuenta, como si estuvieran poseídas por una voluntad independiente. Aquí deberíamos recurrir al menos a ese talismán de la "autonomía relativa".

Este aumento de los medios de exterminio, por supuesto, es el resultado de la opción de alguien. Pero ¿dónde se originan esas opciones? ¿Son opciones políticas o tecnológicas? La respuesta es compleja. Una parte de la respuesta consiste en que, dados los obstáculos del secreto oficial — obstáculos casi impermeables en la Unión Soviética —, no lo sabemos.

Los arsenales rivales de los EE.UU. y la URSS ascendían en 1960 a 6.500 armas nucleares sustan-

cias; en 1979 a 14.200; e, incluso con las reglas del juego del SALT II, llegarán a unas 24.000 armas estratégicas para 1985 (11). Los analistas solían explicar ese aumento sostenido y en aceleración de acuerdo con un sencillo modelo de acción-reacción: "En esta visión estaban implícitas las ideas de que las decisiones de los dirigentes determinaban realmente la estructura de fuerzas y de que sus órdenes eran cumplimentadas por la burocracia militar... Implicaba que los dirigentes de cada lado reaccionaban racionalmente a la conducta del otro lado..." (12).

La racionalidad se ve ahora desafiada. La innovación armamentista es autogenerativa. El impulso de "modernizar" y experimentar tiene lugar con independencia de los flujos y reflujos de la diplomacia internacional, aunque recibe un empujón hacia arriba con cada crisis o con cada innovación por parte del "enemigo". La investigación armamentista evoluciona de acuerdo con largas curvas de planificación, y las armas del año 2.000 están ahora en el estadio de I&D (investigación y desarrollo). Deborah Shapley define esta presión hacia el aumento como "marcha sigilosa de la tecnología", debida a su "carácter gradual, inconspicuo y burocrático". Sus modos difieren: el incremento armamentista de los EE.UU. es más activo e innovador, el de la URSS más reactivo, imitativo y en la forma de modificaciones para "estar al día".

Pero en ambas potencias existe una firme presión en favor del aumento más inexorable de lo que podría ser explicado recurriendo a las nociones de un "grupo de presión armamentista" o un "interés" militar. Shapley enumera como factores, en los Estados Unidos, "el entusiasmo de los científicos por hacer publicidad del potencial de su trabajo, el interés de los directores de programas y las oficinas de diseño en poner a prueba las mejoras y el deseo de los cuerpos armados de contar con las versiones más actualizadas de sus sistemas". Alva Myrdal añade "la competencia entre los servicios por la participación en los presupuestos militares, que conduce a una carrera de armamentos dentro de la carrera de armamentos", una competición evidente ahora en Gran Bretaña, cuando los principales servicios están compitiendo en torno al "sucesor del Polaris". Zuckerman identifica unas fuerzas similares: "la gente de los laboratorios", los "alquimistas de nuestro tiempo", que "han logrado crear un mundo con una base irracional en el que ha habido que construir a cambio una nueva serie de realidades políticas". Deja implícito ("trabajando por procedimientos secretos que no pueden ser divulgados") que el secreto oficial le impide revelar más cosas sobre su modo de funcionamiento y las consecuencias políticas que tiene (13).

Esto no parece una explicación suficiente para un empuje que está absorbiendo una proporción significativa del PNB mundial y que es manifiestamente irracional incluso en términos militares (el armamento para una adecuada "disuasión" mutua, o para la destrucción mutua asegurada (MAD) ya existía, en ausencia de misiles anti-balísticos de defensa eficaces, hace unos veinte años). Lo que Shapley y Zuckerman no subrayan, y lo que cualquier socialista debería introducir en la argumentación, es la tendencia competitiva de los productores capitalistas de armamento, una tendencia que se ha vuelto más intensa con la sombra de la recesión. Volveremos dentro de un momento sobre este importante componente del exterminismo.

Todavía no está claro para mí que hayamos encontrado una explicación simple para este impulso aumentado en la obtención de beneficios (en occidente) y en la acción-reacción (en el Este). En ambos bloques, la investigación armamentista tiene su origen en decisiones burocráticas, antes que en el juego de las fuerzas del mercado. El Estado es siempre el cliente, y, en las economías de mercado, el Estado garantiza la obtención de un beneficio alto — incluso arbitrario —, que es cargado (a menudo por medio de asignaciones ocultas) sobre el contribuyente. La fabricación de armas puede tener lugar en el "sector" público o en el privado, pero incluso donde como en los Estados Unidos, hay una aguda competencia entre las empresas privadas por las ofertas del Estado, disminuye el número de competidores y son normalmente los acuerdos ocultos para un "buen" reparto del botín. No se necesita el motivo del beneficio para llevarnos al exterminio, aunque ayude. La ideología y un cierto empuje inercial burocrático general ayudan más.

No existe ninguna motivación de beneficio en la URSS. ergo, la "culpa" de la carrera de armamentos está solamente en "occidente". ¿Cómo sabemos esto? ¿Es que los estados y las burocracias no pueden tener motivos para armarse? La más ligera investigación de la evidencia histórica, así como contemporánea, nos dirá que sí pueden. El momento decisivo para el armamento soviético parece datar aproximadamente de la época de la caída de Jruschev: a partir de mediados de los años sesenta ha habido un crecimiento sostenido de las armas nucleares, así como un desarrollo y modernización de las fuerzas armadas. En términos de crecimiento diferencial, el ritmo de los productores armamentistas soviéticos parece acelerarse en los setenta, durante los años "tranquilos" de la distensión; por medio de una excelente concentración de recursos y destrezas científicas escasas, los productores de armamento soviéticos lograron llegar hasta el punto en que la paridad armamentista con los Estados Unidos pareció estar a su alcance. Al mismo tiempo, se desplegó la flota soviética con una presencia mundial activa. Decisiones económicas y tecnológicas similares a las de "occidente" (economías de escala, grandes series de producción) han empujado a la irrupción de los productores de armamento soviéticos como grandes proveedores en los mercados del Tercer Mundo. Las cifras relativas a todos estos aspectos están contaminadas ideológicamente y en discusión, pero los socialistas que les niegan cualquier credibilidad (como quimeras de la propaganda de la CIA) están lamentablemente mal informados. Los hechos van por ahí (14).

Obviamente, las decisiones políticas han influido en este aumento. La élite política de la Unión Soviética "decidió" perseguir el objetivo en continuo desplazamiento de la "paridad" nuclear y, al mismo tiempo, hacer notar su presencia mundial como potencia militar y naval. Pero ¿cómo es que la élite llegó a esta decisión? ¿Bajo qué presiones se militarizaron su política y su ideología?

Las armas, no cabe duda, son cosas. Su aumento no es independiente de las decisiones políticas. Pero la propia política puede ser militarizada, y las decisiones de hoy sobre el armamento se imponen a las opciones políticas de mañana. Las armas, resulta, son también agentes políticos.

Las armas, y los sistemas de armamento, nunca son políticamente neutrales. Cuando los colonizado-

res europeos con sus mosquetes se encontraron con las tribus de piel roja con sus arcos y flechas, la política del asunto fue determinada por los cañones de sus fusiles. Si los colonizadores solamente hubieran tenido arcos y flechas, esto les habría impuesto la política de la pipa de la paz y las parlamentaciones. En cuanto a "la Bomba", el refinamiento del armamento nuclear ha ido erosionando firmemente el intervalo en que puede ser tomada cualquier opción política. La sustitución del combustible líquido por el sólido significa que los cohetes pueden ahora permanecer en sus silos preparados instantáneamente. El plazo de entrega ha disminuído: a mitad de los años setenta, el tiempo necesario para la entrega interhemisférica de las bombas nucleares había disminuído hasta aproximadamente los diez minutos, y ahora quizás sea todavía menor (15). Esta espeluznante situación, combinada con la creciente precisión de los misiles y los sistemas electrónicos de reacción automatizada, ha alimentado fantasías sobre si una guerra podría ser lanzada con ventaja por el agresor ("alcanzando" cada uno de los ICBMs del enemigo en los silos blindados) o sobre si podría desarrollarse una guerra "limitada" en la que solamente serían "alcanzados" objetivos seleccionados.

En esta situación espeluznante, la idea misma de opciones "políticas" se vuelve cada vez más increíble. La persona que decida no será un presidente o un primer secretario acosado (quizá no accesible en el momento de la emergencia), sino un pequeño grupo de técnicos militares cuya preparación y cuyo razonamiento son enteramente los de la guerra, y que no hay argumento concebible alguno para decir que representan los intereses racionales de ninguna formación económica o política. Es muy probable que actúen sin ninguna mediación "política"; ya en la crisis cubana de los misiles, los comandantes navales norteamericanos se embarcaron en la táctica extremadamente arriesgada de forzar a los submarinos soviéticos a salir a la superficie, siguiendo los procedimientos operacionales estandarizados durante una alerta roja sin conocimiento del presidente de los Estados Unidos.

La espeluznante tecnología militar actual aniquila el momento mismo de la "política". Un sistema exterminista se enfrenta a otro, y el acto seguirá la lógica de la ventaja dentro de los parámetros del exterminismo.

El "teatro" del Apocalipsis

En el extremo puede ser así. Pero ¿no hay primero, seguramente, un largo trecho político a recorrer antes de que alcancemos esta improbable situación extrema (de la que mejor sería apartar la vista)? ¿Y no son las decisiones estratégicas, seguramente, simples proyecciones sobre el mapa del globo de opciones políticas previas?

Esto es otra vez erróneo, o al menos semierróneo. La estrategia militar no es políticamente no-alineada. La "modernización" de la OTAN con los misiles **crui**se y Pershing II es un ejemplo que hace al caso.

La estrategia implosionó en la vida política europea occidental el 12 de diciembre de 1979, en Bruselas, con una decisión supuestamente tecnológico-estratégica de "modernizar" el armamento nuclear de la OTAN.

Los misiles de tierra **crui**se sobre el territorio

européico son el equipo diseñado por los estrategas de los EE.UU. para una guerra "limitada" o de "teatro". Los recomiendan su extremada precisión, aún cuando las pretensiones sobre su CEP (Error Circular Probable) de unos cuantos cientos de pies sean una bravata hueca.

Implosionaron sobre la política por dos razones. En primer lugar, traducen la noción de guerra de "teatro" de la fantasía a la realidad. Los ICBMs llevan una fuerza destructiva tan colosal que, en la práctica, disuaden. Incluso los estrategas militares, al mismo tiempo que multiplican las cabezas, pueden ver la irracionalidad de una guerra con ICBMs. Los militaristas cuentan con recursos sin precedentes, que sin embargo, no pueden emplear. De ahí que se genere una impaciencia extremada, sobre todo el Pentágono, por diseñar unas nuevas reglas del juego que den la ventaja a la potencia con una tecnología nuclear superior. Los estrategas soviéticos se muestran increíblemente poco cooperativos en esta reelaboración: "Gestiones recientes en la OTAN han estimulado planes de golpes selectivos y limitados en vez de confrontaciones globales... Por desgracia, la Unión Soviética ha mostrado poco interés por las ideas occidentales sobre una guerra nuclear limitada..." (16).

Aún así, se puede llegar a forzar la mano de los soviéticos: si se la enfrenta con un hecho consumado, la guerra de "teatro" limitado ("alcanzando" objetivos seleccionados en Rusia y "alcanzando" la mayor parte de Europa) puede ser impuesta a la Unión Soviética si la alternativa es claramente la destrucción de los ICBMs. Esto sería entonces una victoria del "mundo libre".

La presión se eleva desde los laboratorios y las salas de simulación bélica estratégica a los comités de planificación de la OTAN (cooptando por el camino a los sumisos vaqueros que habitan el Instituto de Estudios Estratégicos (17) y el Real Instituto de Asuntos Internacionales), y de ahí al secretario de Defensa de los EE.UU. y al consejero para la seguridad nacional del presidente (el principal arquitecto del fiasco de los helicópteros en Irán), Zbigniew Brzezinski:

"**Brzezinski:** Yo creo que ustedes ya pueden ver el comienzo de una seria revisión que se manifiesta en la postura sobre la defensa declarada por el secretario de Defensa, en ser capaces de responder a las amenazas nucleares de una manera flexible, en pensar seriamente en nuestros planes nucleares en torno a objetivos, en el énfasis mucho mayor que se pone en las capacidades de mando y control.

Todas estas revisiones se proponen incrementar nuestra capacidad de negociación en el contexto de una crisis severa, evitar una situación en la que el presidente se vería bajo una irresistible presión en favor de tomar la delantera, evitar dejar a los Estados Unidos las solas opciones de ceder o embarcarse en una confrontación nuclear espasmódica y apocalíptica. *Pregunta:* ¿Está usted diciendo que quiere que los Estados Unidos sean capaces de llevar a cabo una guerra nuclear "limitada"? *Brzezinski:* Estoy diciendo que los Estados Unidos, de cara a mantener una disuasión eficaz, tienen que contar con posibilidades que nos den una gama de opciones más amplia que una confrontación nuclear espasmódica o una guerra limitada convencional..." (18).

El único elemento inexplicable en toda esta operación es el hecho de que los políticos de la OTAN

hayan aceptado ilusionados la "posibilidad", para los Estados Unidos, de designar sus territorios como el "teatro" del apocalipsis. Lo que ha sucedido es que se ha impuesto a Europa Occidental una opción de dimensiones políticas pasmosas con el vocabulario anodino de la estrategia y la tecnología. En realidad, en este caso la estrategia había sido inventada mucho antes que las armas. La incorporación de la estrategia de "respuesta flexible" fue aprobada por la OTAN ya en 1967, fue reforzada por Schlessinger y fue tema de discusiones abiertas entre los expertos a principios de los setenta. Fue en 1975 cuando el analista norteamericano Herbert York escribió con un candor admirable: "Los europeos occidentales de hoy han elegido comprar la estabilidad política actual a cambio de terribles riesgos... sobre sus vidas y su futuro. Quizás su opción haya sido inadvertida; quizás no se dieron entonces ni se dan todavía hoy cuenta de lo que han hecho..." (19).

La estrategia estadounidense ya había adoptado para entonces el imperativo de que los Estados Unidos deberían ser el *santuario* y que la guerra nuclear debería ser limitada a "teatros" externos. Europa occidental había sido designada (sin el conocimiento de sus pueblos) como el sustituto en el sacrificio. Que los pueblos de Europa no "supieran" de esta designación era el efecto del secreto oficial y la administración de la información; que los intelectuales (incluidos los intelectuales socialistas) no lo supieran tiene menos excusas —Herbert York y Alva Myrdal estaban ahí para que los leyéramos (20). La nueva generación de misiles para poner en práctica esta estrategia estaba en un estadio de desarrollo avanzado a mitad de los años setenta. Lo que ha sido presentado en los medios de comunicación y en los debates parlamentarios de Europa occidental, en los últimos meses, como una lamentable pero necesaria "respuesta" a los SS-20 soviéticos fue puesto en marcha antes de que se oyera hablar de los SS-20. Es difícil saber si estos políticos son simples mentirosos, analfabetos o víctimas de los polucionados informes de los funcionarios.

El acto final de la "decisión" tuvo lugar en Bruselas, en una reunión no electiva, quasi-política, quasi-militar: la OTAN. La fantasía se transformó en realidad en una serie de elaborados escalones de la planificación burocrática: el LTDP (Programa de Defensa a Largo Plazo), el NPG (Grupo de Planificación Nuclear) y el HLG (Grupo de Alto Nivel) de la OTAN. De 1977 a 1979, el NPG y el HLG celebraron a toda prisa reuniones secretas en Los Alamos, Bruselas, Friedrikshaven, Colorado Springs, la base aérea de Homestead (Florida), etc. (21). Entonces la OTAN "requirió" al gobierno de los Estados Unidos para que, en su generosidad, enviara esta lata de serpientes de cascabel hasta el teatro designado y, en el mismo instante, notificó a los gobiernos europeos que las iban a recibir.

Se queda uno embelesado ante los modos burocráticos del exterminismo. No pretendo decir que la "estrategia" o la "burocracia" hicieran todo esto sin ayuda. Nadie podría haber sido más abyecto en su complicidad que la Sra. Thatcher y el Sr. Pym. Solamente quiero señalar que el exterminio del proceso democrático abierto es una condición básica del exterminio de los pueblos de Europa. E invito a los lectores a admirar el estilo del asunto.

La segunda razón por la cual este equipo militar ha implosionado sobre nuestra vida política es ésta: los misiles de crucero tienen como finalidad compro-

meter. Lanzados desde tierra, manejados únicamente por personal estadounidense (por muchas estipulaciones parlamentarias evasivas que se pongan sobre una "consulta"), supeditan absolutamente a una nación a los imperativos estratégicos impuestos por el Santuario estadounidense. En cualquier crisis, será el dedo de otro el que esté sobre "nuestro" gatillo.

Los misiles de crucero son comprometedores: no sólo estratégica, sino también políticamente. Nos colocan deliberadamente en el plan de operaciones del Pentágono. Es cierto que los F-111, que durante el fiasco de los helicópteros en Irán (y conocemos qué género de "consulta" hubo entonces) fueron puestos en Lakenheath en estado de alerta nuclear, también son comprometedores. Pero los misiles de crucero presentan un nuevo tipo de visibilidad política, un simbolismo manifiesto del sometimiento. Por esto es por lo que deben ser rechazados.

Esto no significa —¿hace falta decirlo?— alentar una vuelta al viejo consignario de la "independencia nacional" —"¡Yanquis fuera!"—. La causa del Desarme Nuclear Europeo (END) es solamente un lugar de encuentro en la lucha internacional por la paz. Los avezados, generosos y crecientes movimientos por la paz norteamericanos entenderán esto y nos darán su apoyo, lo mismo que (por caminos más calmos y más complejos) esta opinión ejercerá su presión también en la Unión Soviética. Porque ninguna guerra de "teatro" que alcance el punto del intercambio nuclear podrá ser nunca contenida dentro de los límites de su teatro; será, como mucho, cuestión de días antes de que los ICBMs sean lanzados y Washington y Moscú, Utah y Siberia Oriental, incluidos dentro del "teatro". El Desarme Nuclear Europeo proporcionará un escudo, así como deben formarse otros escudos en el Pacífico y en Oriente Medio.

No es a los "yanquis", sino a los exterministas a quienes hay que llamar al orden —y, en primer lugar, a los nuestros. Dos anécdotas: de vuelta a través de la base estadounidense de Upper Heyford, en Oxfordshire, después de la manifestación contra los misiles de crucero del 17 de mayo, un manifestante ruidoso y excesivamente entusiasta estaba gritando improperios al personal norteamericano: enseguida fue detenido, por la policía británica. Un manifestante norteamericano trabó amablemente conversación con un soldado negro norteamericano de las fuerzas aéreas que iba camino de la base y es cierto, le preguntaba, que ésta es una base británica o se trata en realidad de una base norteamericana? El soldado comenzó a ofrecer una respuesta cortés: inmediatamente fue interrumpido y detenido por la policía de seguridad militar americana.

El espacio para la autodeterminación

Hay una contradicción en la lógica que hemos trazado más arriba. La diplomacia de aniquilación de los ICBMs polariza de manera creciente al mundo en un antagonismo absoluto. Sin embargo, desde el momento en que el lanzamiento de estos misiles es el acto final, el espacio para el despliegue de medios de guerra menores se vuelve, excepto en la periferia, cada vez más restringido y arriesgado. Los estados clientes de cada gran alianza se ven reducidos a la impotencia: supeditan su destino a la conversación de la Gran Reserva.

Examínese la posible secuencia de los aconteci-

mientos en Irán, si la operación con los helicópteros no hubiera, afortunadamente, abortado. 1. Las tropas de los EE.UU., con diversos auxiliares de la CIA, llegan a Teherán. 2. La lucha sangrienta, liberación de unos pocos rehenes y matanza del resto. 3. Los EE.UU. bombardean instalaciones iraníes o montan una fuerza expedicionaria de castigo en venganza por la matanza de los rehenes y para salvar la cara del presidente. 4. El gobierno iraní pide ayuda militar a la Unión Soviética. 5. La confrontación. La cuestión consiste en que, en cada fase de esta secuencia, los estados clientes de la OTAN habrían permanecido enteramente cautivos y sin "consulta".

Es a la vista de semejantes secuencias que Gran Bretaña y Francia hacen sus lastimosos y costosos gestos por mantener una "fuerza disuasoria independiente". El propósito de los Polaris y los S-3 franceses no se dirige contra las potencias de Varsovia, sino contra la Casa Blanca. Si ellos nos comprometen, nosotros debemos mantener al menos un mini-bluff de modo que podamos comprometerlos a ellos. Los Trident se pagarán al precio de 5.000 millones de libras o más para comprar una influencia módica sobre el Pentágono. Como "fuerza disuasoria" contra la Unión Soviética, los Polaris, los Trident y los S-3 son absurdos: no son más que nuestras propias pistolas y el derecho a determinar el momento en que haremos saltar nuestra propia tapa de los sesos.

Pero, dentro de esta contradicción, aparecen algunas veces pequeñas oportunidades. Las únicas naciones que mantienen la movilidad son las que se separan de ambos polos. El no alineamiento trae consigo un aumento de la influencia diplomática real. Las superpotencias tienen que cortejar a la terca Yugoslavia, mientras la Gran Bretaña cautiva no merece ninguna atención. El Desarme Nuclear Europeo —la expulsión de las armas y las bases y la desvinculación de la diplomacia de bloque— será un acto de autodeterminación que golpeará en los puntos más sensibles del poder.

El empuje del exterminismo

Pero esa es una visión utópica. Volvamos a la estructura de fondo de la guerra fría, o el móvil del exterminismo.

Las cifras solamente son una indicación del proceso. Las cifras globales son números resbaladizos. Pero, según algunos cálculos, el porcentaje del PNB mundial gastado en armamentos ha estado en todo momento, desde la Segunda Guerra Mundial, entre el 6 y el 8 por ciento, mientras que en la carrera entre las dos guerras mundiales nunca fue superior al 3 por ciento (22). El compromiso actual de los Estados Unidos y las potencias de la OTAN de aumentar **anualmente** el presupuesto armamentista, en términos reales, en un 3 por ciento (un aumento que, no quepa duda, será emulado por las potencias de Varsovia y también por China) puede empujar la cifra hasta el 10 por ciento en los próximos años.

Esta cifra tal vez no parezca terrible hasta que apreciemos tres cosas. En primer lugar, esta producción se concentra en las economías de las potencias avanzadas. Las "alianzas orientadas hacia Europa" (la OTAN y el Pacto de Varsovia) eran responsables, a mitades de los años setenta, "de aproximadamente las cuatro quintas partes del gasto militar mundial

total" (23). Esto afecta de forma radical a la estructura de las economías avanzadas. En segundo lugar, estas cifras (deducidas de los presupuestos declarados) ofrecen solamente una visión parcial, desde el momento en que diversos sistemas de apoyo al militarismo (científico, ideológico) tienen un carácter civil y se enmascaran sus costes.

Finalmente, esta pequeña cifra (8 por ciento) indica el empleo de un producto excedente retirado de la circulación, los servicios y el consumo. Precisamente es este producto excedente el que a menudo tomamos como indicativo de las prioridades, los símbolos de la autoridad temporal o las aspiraciones espirituales que marcan el carácter de una civilización. Este producto excedente, convertido en artefactos, indica qué es lo que mantiene a hombres y mujeres en la esclavitud y qué es lo que veneran: los grandes túmulos, los círculos megalíticos, los templos, las pirámides, las grandes catedrales medievales, los cohetes gigantes en sus silos, el sistema de los misiles MX.

El proyecto del misil MX tiene una magna amplitud que excede en su grandeza las perspectivas de cualquier civilización anterior. Ocupará un complejo de 6.000 millas cuadradas en Nevada y Utah; exige 10.000 millas de railes; las plataformas de los misiles se moverán, a lo largo de 200 circuitos individuales, entre 4.600 refugios blindados. Las zonas de seguridad y las carreteras de acceso, con las instalaciones anexas, pueden elevar el área total ocupada hasta las 20.000 millas cuadradas. Es un proyecto mucho mayor y mucho más caro que el canal de Panamá o que todo el sistema de conducciones de Alaska.

Sin lugar a dudas, el sistema de misiles MX será el mayor artefacto individual de cualquier civilización. Será el templo en serpentina definitivo del exterminismo. Los cohetes en sus refugios, como menhires gigantes apuntando hacia el cielo, desempeñarán para el "mundo libre" una función no militar, sino espiritual. Mantendrán alejados a los malos espíritus y congregarán a los fieles en los ritos fálicos del dinero. En el aura de estos gigantescos circos nucleares, los sumos sacerdotes de la ideología llevarán a cabo los sacrificios rituales de los impuestos. En las distantes avanzadas de la fe, en Westminster, en Bruselas, en La Haya, los servidores druidas se inclinarán hacia occidente y entonarán runas misilicas.

Muchos milenios después, los arqueólogos visitantes de otro planeta excavarán entre los rescoldos todavía radiactivos y discutirán sobre la función del gran templo. El debate será en vano, porque el templo habrá sido erigido para celebrar la última disfunción de la humanidad: la autodestrucción.

La economía nuclear

Lo que, de manera creciente, producen ahora ambos modos de producción son grandes y pequeñas armas, tanques, submarinos, gases nerviosos, etc. (24). Por supuesto, algo de esta producción se consume: es el privilegio del Tercer Mundo, cuyos gastos militares se han multiplicado por cuatro a las dos últimas décadas, del 10 por ciento del total global en 1960 al 24 por ciento en 1978. La tasa se acelera. Se calcula que, en el mismo período, el PNB del Tercer Mundo aumentó 2,7 veces, mientras los gastos militares lo hicieron 4,2 veces. Los principales competidores en el mercado armamentista del Tercer Mundo fueron, en 1978, los EE.UU. (47 por

ciento), la URSS (27 por ciento), Francia (11 por ciento), Italia y el Reino Unido (4 por ciento cada uno) (25). Pero la Austria no alineada y la nación del buen soldado Schweik están presionando para participar en la matanza.

No se trata de ninguna contingencia. Es un proceso. Las ondas largas de los productores de armamento no se mueven en fase con las ondas de la confrontación diplomática. Cada crisis internacional legitima el proceso y refuerza el ascenso, pero en los períodos tranquilos de "distensión" hay una lógica incremental autónoma. En los años de postguerra, la carrera de armamentos ha sido como un cohete con tres fases sucesivas de propulsión: la primera guerra fría, la guerra del Vietnam y, después, tras una nivelación, el tercer impulso hacia arriba a mitad de los setenta, en medio de la "distensión". El S-3 francés que entró en funcionamiento en mayo de 1980 había sido comenzado en 1974. La modernización *Chevaline* de la cabeza de los Polaris, con un coste de 1.000 millones de libras, fue perfeccionada a principios de los setenta, autorizada por el sr. Heath en 1973, legada a Sir Harold Wilson, llevada adelante en secreto por el Sr. Callaghan y anunciada triunfalmente a un parlamento asustado, en enero de 1980, por el Sr. Pym. Ya hemos visto que la actual "modernización" de los misiles de la OTAN se preparó a mitad de los setenta. El ascenso del gasto militar estadounidense comenzó en la misma época: las asignaciones al departamento de Defensa de los EE.UU. aumentaron de 45.800 millones de dólares en 1976 a 55.600 en 1977 y 69.000 en 1979. El presupuesto de defensa proyectado por los EE.UU. para 1981-1985 asciende a un billón de dólares. El aumento del armamento soviético parece haber arrancado a finales de los sesenta y haber sido más firme, producto de un número más reducido de variables políticas y de las asignaciones centrales del plan, aunque ciertas oleadas puedan ser atribuidas a un modelo de acción-reacción. Paradójicamente, los acuerdos SALT I, pretendiendo establecer techos para el número de armas estratégicas, nos ofrecen un ejemplo. Los estrategas estadounidenses asintieron a estas cláusulas sabiendo de antemano que podían vaciarlas de sentido colocando varios MIRV (cabezas autopropulsadas dirigidas independientemente hacia objetivos múltiples) en cada misil. En respuesta, los productores de armamento soviéticos desarrollaron con éxito sus propios MIRV para 1975.

Puede que para los socialistas sea reconfortante ver una "causa" de esto principalmente en el imperialismo occidental, y sólo secundariamente en la reacción soviética. Esto no viene ahora al caso. Discutir sobre los orígenes, señalar a los buenos y a los malos, es refugiarse de la realidad en el moralismo. Las naciones que han estado expuestas a un ataque destructivo sin respiro, al hambre y a la guerra civil (Camboya), o que se han liberado por medio de una autoorganización militar totalmente sacrificada y prolongada (Vietnam), no emergen inalteradas en condiciones de elegir entre opciones políticas de acuerdo con las convicciones teóricas o las intenciones morales. Las superpotencias que se han visto encerradas, durante treinta años, en las posturas de confrontación militar, adoptan de manera creciente unas características militaristas en su economía, su política y su cultura. Lo que puede haber tenido su origen en una reacción se convierte en una orientación. Lo que está justificado como interés propio racional para una potencia o la otra se

convierte, en la colisión entre las dos, en irracional. Nos encontramos ante la lógica acumulativa del proceso.

Esta lógica, si bien es recíproca, no es idéntica. En los Estados Unidos, contribuye fuertemente al exterminismo un impulso proveniente de la dinámica normal de la gigantesca empresa capitalista. Más aún, se puede observar una Voluntad General de supervivencia o de expansión de parte del capitalista colectivo, bien como reacción contrarrevolucionaria ante los movimientos antiimperialistas indígenas en el Tercer Mundo (26), bien persiguiendo sus intereses y recursos (especialmente el petróleo) en el más rancio estilo imperialista.

Emma Rothschild, en un penetrante ensayo periodístico, ha recuperado — y actualizado — recientemente la tesis de que en las décadas de posguerra las industrias militares han funcionado en los Estados Unidos, al igual que lo hizo la algodónera en la revolución industrial británica, como el "sector punta"; no "como un simple o múltiple sector industrial... sino más bien como un haz de industrias unidas por un objetivo común y un cliente común". Dados un mercado en expansión y una alta tasa de beneficio asegurada, este sector dirigente ha estimulado a su vez el *boom* de la electrónica, la industria aeroespacial civil, etc., así como de firmas enclaves civiles de investigación y desarrollo. Sugiere que es este sector dirigente el que ha marcado el ritmo de la larga onda de crecimiento y el que ha determinado la estructura económica de la nación, en conformidad con los criterios schumpeterianos de "romper las viejas y crear nuevas situaciones de poder, civilizaciones, escalas de valores, creencias y políticas" (27).

Rothschild argumenta también que este *boom* está entrando en el ciclo descendente. Se trata de un sector que lleva consigo sus propias contradicciones. Genera a la vez presiones inflacionistas y desempleo, pues la fabricación de armamento avanzado emplea intensivamente capital. Tiene sus propias formas de obsolescencia tecnológica, en la medida en que la innovación se vuelve más difícil (28).

Pero un boom comercial al borde de una pelea es como una bestia rugiente e irracional. Puede incluso pensarse que, a medida que la hegemonía americana vacilaba como resultado de la derrota en Vietnam y que se nivelaba el gasto en armamento, los esfuerzos por devolver el vigor al sector puntero se hacían más deliberados, más altamente conscientes y de un carácter más elevadamente ideológico y político (29). Lo que había sido un proceso inconsciente comenzó a volverse, cuando se vio amenazado, consciente de sí mismo: el exterminismo impulsivo comenzó a convertirse en una mentalidad y una voluntad exterministas. Las inmensas operaciones de seguridad y los órganos de manipulación política y control de la información revelados por el Watergate no fueron un producto de Nixon; eran el sistema natural de apoyo civil e ideológico al complejo militar-industrial. Los patinazos de Nixon los expulsaron a la vista, pero hace mucho que han renacido.

Ahora, en 1980, llega la crisis — Afganistán, Irán — y es recibida con entusiasmo. Las envejecidas y obesas industrias de armamento recuperan el vigor de su juventud. Para su rejuvenecimiento se emplean fuertes inyecciones de dinero público. "Los Valores de la Defensa Conducen el Mercado al Alza" es la respuesta de *Wall Street Journal* al último presupuesto de Brown. Los agentes de los grupos de

presión (a menudo antiguo personal del Pentágono ahora a sueldo de los contratistas del armamento) aterrizan sobre el Pentágono: McDonnell Douglas, Boeing, General Dynamics, Grumman, Lockheed, General Electric, Westinghouse, Chrysler, A.T.T. Los congresistas son abordados con promesas de inversión en sus distritos. Los sobornos y las comisiones excesivas lubrican los procedimientos. La política de presión en los pasillos se extiende a las unidades militares de tierra y aire regionales y locales, así como a los ministerios de defensa y las reuniones de las potencias de la OTAN. El repique de campanas regular de los contratos se anuncia en la prensa como las gacetas de los compromisos de alta sociedad. Una muestra al azar:

"La División de Misiles y Espacial de la Lockheed ha recibido de la Armada un contrato de 18,2 millones de dólares para el servicio de ingeniería de misiles balísticos".

"La S.A. Aeroespacial Grumman ha obtenido de las Fuerzas Aéreas un contrato de 8,7 millones de dólares sobre estabilizadores de cola horizontales para los cazabombarderos F-111".

"La S.A. Tecnologías G.K. informa que su filial Industrias de Automatización ha obtenido un contrato de 9,6 millones de dólares de la Armada para la investigación, desarrollo, experimentación y evaluación de sistemas de armamento..."

"La Compañía Petrolera Southland ha logrado un contrato de 4,2 millones de dólares de la Oficina de Logística de la Defensa para el combustible de aviones a reacción..." (30).

El sistema de misiles MX no ha salido todavía a contratación. En junio de 1979 fue presupuestado en 33.000 millones de dólares. A principios de 1980 se presupuestó en 56.000 millones. A mediados de abril de este año las estimaciones se han elevado por encima de los 100.000 millones (31). La mejor breva que ha caído en lo que va del año actual ha sido la concesión de 4 billones de dólares por 3.418 misiles de crucero para las fuerzas aéreas estadounidenses. (Los misiles lanzados desde tierra para Europa no han sido contratados todavía cuando escribimos esto). Aunque el ganador es Boeing, una parte de la matanza se repartirá, gracias a un discreto acuerdo, entre sus rivales (32).

Como es bien sabido, no logro entender la economía. Dejo todo esto para que lo evalúen mentes más competentes. Pero en algún lugar entre estos asuntos reside una parte de la tendencia hacia el exterminio.

El impulso inercial de la política soviética

En vano buscaremos resortes comparables en las características placidas y planificadas de la burocracia soviética. De hecho, si no se es un especialista en asuntos soviéticos, en vano busca uno algo (aparte de la propaganda de la OTAN), pues la prensa destapa pocas cosas a la inspección y no hay ningún escándalo Watergate que nos permita echar un vistazo momentáneo a los exterministas en sus aburridos centros cotidianos de poder.

Al tratar de formarme una idea de la naturaleza del proceso soviético, encuentro una analogía con una universidad confiada y mal administrada con un inmenso y todopoderoso departamento de ingeniería, tan poderoso que sea capaz de nombrar al vicescanciller y al secretario general, de dominar al senado, de quedarse con casi todos los fondos para

investigación, de atraer a todos los licenciados dotados y de controlar todos los comités. El departamento de ingeniería, por supuesto, es el "interés" militar-industrial. No estamos examinando la autorreproducción y las propiedades invasoras del capital, sino la autorreproducción y las presiones imperativas de una burocracia.

El Estado soviético nació en medio de una lucha militar; consolidó una Unión a partir de un imperio destartado por medio de la lucha militar. En los años treinta, la prioridad otorgada a la industria pesada tuvo un acento fuertemente militar: se construyó el militarismo, no solamente en la superestructura, sino también en la base. Y el militarismo conoció inevitablemente una extensión enorme (y popular) en la Gran Guerra Patria. En un sentido significativo, la economía soviética ha sido siempre una "economía de guerra" (33).

Las industrias relacionadas con el armamento han recibido siempre la primera prioridad sobre los recursos escasos, incluida la mano de obra cualificada; las buenas condiciones de trabajo y salarios atraen a "los cuadros más altamente cualificados". En 1970, cuando se habían equilibrado los gastos militares, en los Estados Unidos desempeñaban empleos relacionados con el armamento una cuarta parte de todos los físicos y una quinta parte de todos los matemáticos e ingenieros (34). Las proporciones de hoy es probable que sean más elevadas. No es posible citar cifras comparables para la URSS, pero hay buenas razones para pensar que, en una economía menos avanzada que, gracias a una notable concentración de los recursos, ha desarrollado sus sistemas de armamento casi hasta el punto de la paridad en fuerza y sofisticación con los Estados Unidos, están concentradas en este sector una proporción significativamente mayor de los físicos, ingenieros, químicos, matemáticos y expertos en electrónica y en cibernética más cualificados de la nación.

El complejo armamentista es el sector punta de la industria soviética tan claramente como lo es en los Estados Unidos, pero allí se expresa dentro de los modos de funcionamiento burocráticos. Hay cierto trasvase de tecnología militar a la industria civil: aviación civil, energía nuclear. Pero la tecnología armamentista soviética, que se ha puesto al paso con su sofisticado competidor norteamericano, ha abierto una brecha entre ella misma y sus compatriotas civiles: "la reciente tecnología militar se ha vuelto demasiado sofisticada para que... la cooperación sea posible" (35). El complejo militar y sus éxitos son aireados como un modelo de organización y de técnicas de gestión, y éstas son exportadas a otros sectores. Más aún, las necesidades del complejo militar —en particular los imperativos dictados sobre la planificación centralizada, la prioridad en el acceso a los recursos y la orientación de las especializaciones científicas— afectan a la estructura de la economía como un todo y tienen las decisiones de los dirigentes políticos. Es el riesgo que hay que correr en aras de la estabilidad y los intereses de este complejo, que inhibe cualquier introducción de los mecanismos de "mercado" en el conjunto de la economía (36).

Al mismo tiempo, hay una exposición del pueblo soviético a la propaganda patriótica del Estado mayor que en la mayoría de las democracias occidentales; es decir, lo que en "occidente" se lleva a cabo (o se intenta) por vía del "libre" funcionamiento de

los medios de comunicación en Rusia es inculcado directamente a través de organizaciones "voluntarias" como la DOSAAF —Asociación Voluntaria para la Cooperación con el Ejército, la Aviación, y la Marina—, con 80 millones de miembros, los clubs, las instalaciones deportivas y la educación patriótica militar o en la defensa civil organizada alrededor de las fábricas, granjas y escuelas. Y, paralelamente a todo esto y en su apoyo, están las inmensas y casi autónomas operaciones de los Servicios de Seguridad, herederos de las tradiciones históricas del despotismo, que poyan la ideología patriótica militar y tienen su propia inercia independiente.

En opinión de David Holloway, estas manifestaciones patriótico-militares son hoy "una característica omnipresente de la vida soviética" (37). "Las fuerzas y la industria de la defensa ocupan una posición atrincherada en el aparato del Estado y el partido. La elevada prioridad que la dirección del partido ha acordado al potencial militar se ha, así, institucionalizado".

Pero si bien los oficiales militares han sido recompensados con un alto status y privilegios, y su influencia puede verse en los niveles más elevados de la vida política, tal influencia (como en 1953, 1955 y 1964) no ha sido decisiva. El interés ha sido mediado por el partido, y sería un error —todavía— considerar el interés militar como autónomo. Brezhnev, que surgió con un estrecho conocimiento del sector militar-industrial y con su respaldo, ha satisfecho sus aspiraciones.

Desde este punto de vista, el creciente empuje en la Unión Soviética hacia el exterminio no es agresivo e invasivo, sino ideológico y burocrático. A pesar de ello, en opinión de Holloway ha adquirido una inercia autónoma, se ha incrustado en la estructura de la sociedad soviética y no puede ser ya atribuido a la reacción frente al exterminismo de occidente:

"Las influencias del exterior son refractadas a través del proceso soviético de gestión política, en el que entran en juego las apreciaciones, la doctrina militar, los objetivos de la política exterior y las influencias y condicionamientos interiores soviéticos. El efecto de las acciones del exterior sobre la política soviética es complejo, y en modo alguno automático. En muchos casos las influencias exteriores se combinan con factores domésticos para acelerar la dinámica interna de la política de armamento soviética. La sola existencia de unas amplias fuerzas armadas, una poderosa industria de defensa y una extensa red de instalaciones de I&D militar genera presiones internas en favor del desarrollo y la producción de armas... A medida que un sistema prospera de la concepción al desarrollo, los intereses de los militares y las oficinas de diseño se ven vinculados a él, generando presiones por la producción. Si entra en la fase de producción... es probable que los directores de las empresas favorezcan grandes series de fabricación".

Desde este análisis, no parece tratarse de un empuje agresivo. No obstante, es un impulso inercial peligroso, con sus propios imperativos halconiles de ideología y estrategia (Checoslovaquia 1968, Afganistán 1980) y que podría permitirse alimentar una cultura popular de chauvinismo, xenofobia e incluso —en la confrontación con China— racismo. Lo más peligroso es que no se enfrenta a una exposición democrática: nadie puede preguntar en público el por qué, después de instalados los primeros ICBMs, se tomó nunca la absurda y sin embargo crucial

decisión de igualar cada arma y alcanzar la "paridad". Sólo durante un breve período, bajo el impetuoso y contradictorio Jrushev, pareció presentarse un errático desafío al proceso, y fue presentado por el mismo primer secretario: un claro descenso en la tasa de aumento del armamento, un discurso explosivo sobre los "devoradores de metal" e incluso un atisbo de una estrategia alternativa internacionalista, reuniendo un movimiento por la paz de no-alineados (por ejemplo, en la generosa ayuda no militar al Tercer Mundo (38) o en los largos intercambios personales entre Rusell y Jrushev).

A partir de entonces, la inercia cogió el timón: paranoia ideológica, miedo al disenso, la estéril ortodoxia de la vida intelectual soviética oficial, el terror a la desviación en Europa oriental, la hostilidad frente al no-alineamiento auténtico o incluso frente a la autonomía eurocomunista; todo esto combinado con el juego de la "distensión" en la cumbre, con que si las SALT esto y lo otro, con las inyecciones cada vez más militares de "ayuda" al Tercer Mundo y con el emplazamiento de los horribles y enteramente innecesarios SS-20 en los márgenes de Europa, un arma que dio la señal, como una indicación en el guión común del exterminismo, para la entrada de los misiles de crucero de la OTAN que estaban a la espera. El empuje inercial soviético puede ser tan rutinario como las minutas precocinadas de un Senado prisionero, pero, cuando entra en colisión con el empuje febril del capital, nos afecta a todos.

Aniquilación y seguridad

Tratemos de reunir estos fragmentos.

Estoy proponiendo, con toda seriedad, la categoría de "exterminismo". Con "exterminismo" no quiero indicar una intención ni un propósito criminal en los principales actores. Y, ciertamente, no pretendo haber descubierto un nuevo modo de producción "exterminista". Exterminismo designa aquellas características de una sociedad —expresadas, en grados diferentes, en su economía, su política y su ideología— que la empujan en una dirección cuyo resultado debe ser el exterminio de multitudes. El resultado será el exterminio, pero esto no ocurrirá accidentalmente (aún cuando el disparo final fuera "accidental"), sino como consecuencia directa de actos políticos anteriores, de la acumulación y perfeccionamiento de los medios de exterminio y de la estructuración de sociedades enteras de modo que se dirijan hacia ese fin. Por supuesto, el exterminismo exige al menos dos agentes para su consumación, que lleguen a una colisión. Pero esa colisión no puede ser atribuida a un accidente cuando ha sido prevista mucho antes y cuando ambos agentes, mediante una política deliberada, se han orientado ellos mismos a una carrera acelerada hacia la colisión. Tal como nos dijo Wright Mills hace mucho tiempo, "la causa inmediata de la Tercera Guerra Mundial es su preparación" (40).

Las analogías más claras se presentan con el militarismo o el imperialismo (de cuyas características participa el exterminismo). Se puede encontrar que éstas caracterizan a sociedades con distintos modos de producción: son algo menos que formaciones sociales bastante más que atributos culturales o ideológicos. Designan algo del carácter de una sociedad, de su impulso y de la dirección de ese impulso. El militarismo y el imperialismo tienen su fundamento en bases institucionales materiales (la milicia, la armada, las compañías comerciales y los

esclavistas protegidos, los fabricantes de armas, etc.), a partir de las cuales extienden su influencia a otras áreas de la vida. En su forma madura aparecen como configuraciones completas (institucionales, políticas, económicas, ideológicas) y cada porción refleja y refuerza a la otra. El exterminismo es una configuración de este tipo cuya base institucional es el sistema de armamento y todo el sistema de apoyo económico, científico, político e ideológico al mismo, el sistema social que lo investiga, lo "elige", lo produce, lo vigila, lo justifica y lo mantiene en pie.

El imperialismo nos ayuda tanto con la analogía como al revelarnos el punto en que termina la misma. El imperialismo predica normalmente un agente activo y una víctima sometida: un explotador y un explotado. La teoría vulgar del imperialismo tendía a enredarse en una discusión sobre los orígenes —la necesidad de mercados, de materias primas, de nuevos campos para la explotación—: se suponía que si se encontraba el "motivo" originario éste iba a explicarlo todo. Sin embargo, éste fue incapaz de explicar, no solamente muchos episodios —los imperativos estratégicos e ideológicos, la expectativa por las recompensas, la influencia recíproca del sometido sobre la potencia imperial—, sino igualmente la irracionalidad (en términos de la persecución del propio interés) de los momentos climáticos imperiales —en las rivalidades entre los imperios, en la Primera Guerra Mundial en las ideologías ferozmente irracionales que contribuyeron al fascismo. Es necesario, por consiguiente, considerar al imperialismo occidental como una fuerza que se originó en una matriz institucional y económica racional, pero que, llegada a un cierto punto, asumió un impulso autogenerativo autónomo, por derecho propio, que no puede ser ya reducido por el análisis a la persecución de intereses racionales; que, realmente, actuó tan irracionalmente como para amenazar y echar abajo a los mismos imperios que estaban en su origen.

Hasta aquí, la analogía es útil. Nos ofrece el carácter del exterminismo en los años ochenta. No cabe duda de que algún día contaremos con un análisis comprensivo de los orígenes de la guerra fría en el cual los motivos de los agentes aparezcan como racionales. Pero esa guerra fría se ha convertido hace mucho tiempo en una situación autogenerativa de belicismo frío (exterminismo) en la que los impulsos, las reacciones y las intenciones originales están todavía jugando, pero en el marco de una situación inercial general, situación que (aunque ahora estoy planteando una cuestión que, así lo espero, será refutada) se está volviendo irreversible como dirección.

Esto no se debe a la irracionalidad de los dirigentes políticos (aunque a menudo ésta ayude). Se debe a que el impulso inercial hacia la guerra (o la colisión) surge de bases profundamente estructuradas dentro de las potencias enfrentadas. Tendemos a eludir esta conclusión empleando conceptos que delimitan el problema: hablamos (como yo lo he hecho) del "complejo militar-industrial", del "sector" militar o del "grupo de presión" armamentista. Esto sugiere que el mal está confinado en un espacio conocido y limitado: tal vez amenace con empujar hacia delante, pero puede ser contenido; la contaminación no se extiende a todo el cuerpo social.

Pero el concepto más apropiado, empleado por algunos polemólogos (41), es el de isomorfismo: "la propiedad de cristalizar en formas iguales o estrecha-

mente relacionadas", o "la identidad en la forma y el funcionamiento entre dos o más grupos". Visto de este modo, los EE.UU. y la URSS no tienen complejos militar-industriales: son esos complejos. El "sector punta" (los sistemas de armamento y sus apoyos) no ocupa un gran espacio social —y el secreto oficial estimula la poca visibilidad—, pero estampa sus prioridades sobre la sociedad como un todo. También marca la dirección del crecimiento. En el presupuesto de los EE.UU. para 1981 hay 16.500 millones de dólares asignados para la "investigación, desarrollo, experimentación y evaluación" (RDTE) de armamento. De esta cifra, menos del 10 por ciento (1.500 millones) está asignado a la investigación de los MX. Pero... "Esto supera el total de los presupuestos combinados de I&D del Departamento de Trabajo, el Departamento de Educación, el Departamento de Transportes, la Oficina de Protección del Medio Ambiente, la Administración General de Drogas y en Centro para el Control de las Enfermedades, es más del 140 por ciento del presupuesto para I&D de Fundación Nacional para la Ciencia" (42). Dado el desfase tecnológico entre las dos potencias y, sin embargo, la extraordinaria sofisticación del armamento soviético, la inflexión de la orientación de la investigación soviética debe ser todavía mayor.

Los sistemas de armamento altamente científicos marcan civilmente lo militar, pero, al mismo tiempo, cada vez más civiles son militarizados. La diplomacia de los "gestos" y el *bluff*, junto con la tendencia a robar algo de tecnología, generan operaciones secretas de inteligencia y control de la información. La necesidad de imponer el asentimiento al público (el contribuyente estadounidense, el consumidor soviético cuyas expectativas de mejora permanecen insatisfechas) genera nuevos recursos para manipular la opinión. Alcanzado un cierto punto, los grupos gobernantes llegan a *necesitar* una crisis de guerra perpetua para legitimar su dominación, sus privilegios y sus prioridades, para silenciar el disenso, para ejercer la disciplina social y para distraer la atención de la manifiesta irracionalidad de la operación. Han llegado a estar tan bien habituados a este estilo que no conocen otro modo de gobernar.

La réplica isomórfica es evidente a todos los niveles, en la vida cultural y política pero, sobre todo, en la ideológica. En una notable carta dirigida el año pasado al Consejo de Regentes de California, Gregory Bateson, el científico social, empleaba una analogía tomada de los sistemas biológicos: "El efecto de disuasión a corto plazo se ha logrado a costa de un cambio acumulativo a largo plazo. Las acciones que hoy posponen el desastre tienen como efecto un aumento en ambas partes de la fuerza del sistema competitivo para asegurar una mayor inestabilidad y una mayor destrucción en caso de que y cuando ocurra la explosión. Es este hecho del cambio acumulativo desde un acto de amenaza al siguiente el que da al sistema la cualidad de la adicción". La agresión frustrada "retrocede" hasta que permea las civilizaciones enteras.

Es dentro de esta ideología donde se destila la adicción al exterminismo. Desde su origen, la confrontación entre las superpotencias ha tenido siempre el máximo contenido ideológico; la ideología, tanto como la obtención de beneficios, o el crecimiento de la burocracia ha sido el motor del aumento del armamento, ha indicado la trayectoria de la colisión e incluso, en ocasiones, ha escudado a algunas víctimas (43). La ideología desempeña en

ambos campos una función triple: motivar los preparativos de guerra, legitimar el status privilegiado de los productores armamentistas y resolver políticamente el disenso interno. Durante más de treinta años el anticomunismo ha sido el medio de control ideológico sobre la clase obrera y la intelectualidad norteamericanas; durante el mismo período, la ortodoxia comunista ha impuesto controles ideológicos por una simple regresión "estalinista".

Los dos campos están unidos ideológicamente en un solo aspecto: en la hostilidad común a cualquier no-alineamiento, "neutralismo" o "tercera vía" genuinos. Dubcek y Allende tenían que ser derrocados porque se inimicuyeron en el territorio más sensible de la ideología: su éxito habría cambiado las premisas mismas del campo de fuerza ideológico mutuo. El contagio se hubiera podido extender no sólo a Europa oriental y Latinoamérica, sino a las mismas patrias del exterminismo.

El concepto de isomorfismo proporciona un indicio para comprender los procesos de la última década en Gran Bretaña. En este Estado cliente de la OTAN, con su economía desfalleciente, la cristalización se lleva a efecto con una rapidez inusual: los juicios por secretos oficiales, la seguridad y vigilancia florecientes, la manipulación de la Información Oficial y la ideología "consensual", la investigación positiva de los funcionarios, el perfil en ascenso de la policía, la investigación de los jurados, la demolición del proceso parlamentario y de otros procesos democráticos, la puesta a punto de la maquinaria de "emergencia nacional", la planificación de contingencias por la Oficina del Gabinete, las futilidades de *Protección y Supervivencia*. Mientras las industrias se marchitan en el árbol y el "gasto público" es hecho astillas con una hacha friedmaniana, se planean nuevos sistemas de armamento y se desvía el dinero público hacia el canal exterminista.

Al entrar en la década de los ochenta, Gran Bretaña se presenta a sí misma como una caricatura de una formación exterminista. Los imperativos de la "defensa" envenenan la economía de la nación; los imperativos ideológicos incluso desvían la fabricación rentable de armas hacia las manos de los contratistas de los Estados Unidos. El empuje inercial subordinado del complejo nacional del sistema de armamento aumenta los impuestos de la OTAN: nos enteramos de que un motivo del programa *Chevaline* era el de "encontrar algo que las grandes instalaciones de Aldermaston... pudieran hacer" (44). Los políticos que iniciaron estos sistemas armamentistas han abandonado ahora el escenario; sus sucesores no son hoy más que una parte reflexiva del sistema de apoyo a aquellos sistemas (45), junto con los funcionarios, los científicos, los encargados del Tesoro, los controladores de la televisión y los corresponsales de defensa que aportan intendencia y protección logísticas a dichos sistemas.

Incluso aquí donde estoy escribiendo, en los rurales West Midlands, puedo sentir la presencia de los vecinos: en Chentelham, el cuartel general de intercepción de señales del GCHQ; en Hereford, la base del SAS; en Kidderminster, la fábrica de combustible propulsor para los misiles "Sea-Slug" (que solamente salieron a la luz pública por la fatalidad de una explosión); en Malvern, investigación sobre radar, pero también sobre cosas oficialmente secretas.

Es un proceso acumulativo en el que la cristaliza-

ción en la cultura acelera la cristalización en la economía, a partir de ahí en la política, luego en sentido contrario y vuelta a empezar. Las operaciones de seguridad afectan a los políticos; la seguridad sobre los empleos en las industrias armamentistas afecta a los sindicatos; la expansión de la investigación militar, habitualmente en el "sector público", genera en Gran Bretaña presiones muy parecidas al impulso burocrático de los dirigentes de empresa soviéticos; el ministro de la Defensa y el Secretario de Asuntos Exteriores llevan en sus portafolios (a China, Omán, Pakistán) las instituciones para vendedores de armas y en casa los académicos reciben becas para preparar estas instrucciones. Desde el momento en que todas estas presiones se acumulan en dirección al exterminio, resulta adecuado designarlas como exterministas.

El momento de máximo peligro

La analogía con el imperialismo nos permite recorrer un largo trecho, pero al final falla. El imperialismo, crea su propio antagonista en el movimiento por la autodeterminación del pueblo del país sometido. El exterminismo no. El exterminismo se enfrenta simplemente a sí mismo. No explota a ninguna víctima: se enfrenta a un igual. Con cada esfuerzo por dominar al otro crea una fuerza contraria equivalente. Es una contradicción no dialéctica, un estado de antagonismo absoluto en el que ambas potencias crecen a través de la confrontación y que solamente puede resolverse por el exterminio mutuo.

No obstante, el exterminismo genera sus propias contradicciones internas. En occidente, una economía de guerra altamente científica no solamente produce sistemas de armamento, sino también inflación, desempleo y deterioro de los servicios. En el Este, una economía de guerra decelera y distorsiona la dirección del crecimiento y genera escaseces de recursos y de capacidades. Los esfuerzos son sentidos más agudamente en los estados clientes de ambas alianzas, en los que crece el resentimiento contra su situación de cautividad. A medida que crecen la ansiedad y la insatisfacción puede detectarse allí, como una amenaza intolerable para la ideología exterminista, la posibilidad de un movimiento verdaderamente internacionalista contra los armamentistas de ambos bloques.

Esto nos acerca al punto de la crisis. Un impulso acelerado ha colocado a las superpotencias en una carrera hacia la colisión, y hay que esperar la colisión de las dos próximas décadas (46). Sin embargo, la economía y la ideología de los dos bandos pueden quebrarse bajo esta aceleración. Las inyecciones de dinero público, incluso los misiles MX, no pueden conjurar la recesión en los Estados Unidos: podrían hasta agravar su forma con la disyunción entre una economía en ascenso y una economía en recesión (47). En la Unión Soviética y Europa oriental es la crisis ideológica la que más se manifiesta —¿cuánto tiempo seguirán funcionando esos viejos controles? La descripción oficial de la realidad induce simplemente al tedio; la ideología no es va interiorizada, se convierte en una mascarada o en una jerga publicitaria, aprendida maquinalmente, cuya aceptación es tarea de la policía.

Tal como nos enseña la historia, esta coyuntura de crisis y oportunidad es el momento más peligroso de todos. Los grupos dominantes, acostumbrados al

viejo estilo y los viejos mecanismos de control, sienten que la tierra se mueve bajo sus pies. Las acciones son precipitadas e impulsivas. El neutralismo y el internacionalismo —las tendencias democráticas en el este, las socialistas en occidente— se presentan como amenazas ocultas para el poder establecido que desafían la misma *raison d'être* de las élites exterministas. En esa situación de colisión pendiente entre las superpotencias e inestabilidad ideológica, es poco probable que "nosotros", con nuestros pobres recursos, nuestra poca preparación política, nuestra comunicación internacionalista absolutamente inadecuada, podamos tener éxito. Lo probable es que el exterminismo alcance su destino histórico.

En dirección al infierno

He estado leyendo *Arguments within English Marxism* y, dejando de lado acuerdos y desacuerdos parciales, he estado devanándome los sesos sobre otra diferencia de posiciones que ni yo ni Perry Anderson hemos definido exactamente. Voy a tratar de identificar esta diferencia, en respuesta a la invitación de Anderson "a explorar juntos problemas nuevos" —aunque esta vez se trata de un problema viejo. Se trata, absurdamente, de un problema de experiencia generacional.

Mi generación hemos sido testigos y pequeños actores en el momento mismo de la guerra fría y de la fractura del poder a lo largo de Europa. Esa fractura (que amplió la de los años veinte y treinta), siempre me ha parecido que era el centro del campo de fuerza cuyos antagonismos polares generan el exterminismo.

La segunda generación de la Nueva Izquierda, que ha dirigido esta revista durante tanto tiempo y con tanta tenacidad, llegó a escena cuando la guerra fría ya se había congelado y su imperativo ideológico se había convertido en un hábito. En algún momento alrededor de 1960, la errática búsqueda de la distensión por Jruschev, junto (en mi opinión) (48) con el crecimiento de los movimientos por la paz del tipo de la Campaña por el Desarme Nuclear (CND) en occidente, habían puesto un freno al impulso exterminista y le habían forzado a disfrazar sus operaciones y a modificar su vocabulario agresivo. La guerra nuclear (en todas partes se estaba de acuerdo) era "impensable".

Pero, al mismo tiempo, en la periferia (y el sudeste asiático estaba entonces todavía en la periferia) se hacía evidente una nueva movilidad de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional, encontrando una salvaje respuesta occidental. La nueva generación de la Izquierda pronto iba a identificarse con todo este campo de lucha que se abría, a volverse experta en prestarle atención y elocuente en la solidaridad teórica con los movimientos antiimperialistas de África, Asia y América Latina.

En todo esto tenían razón. Pero al mismo tiempo se desvanecía la preocupación en torno a las sedes centrales del poder, y llegó a pensarse (equivocadamente) que la confrontación entre los dos bloques se originaba en la periferia y sólo después se trasladaba al centro, de modo que sus tendencias y su dinámica podían ser sencillamente explicadas dentro de las categorías de las tendencias imperialistas y la resistencia antiimperialista. El papel de los socialistas occidentales se convirtió cada vez más en el de observa-

dores y analistas de esa confrontación externa.

Para mi generación, que había presenciado el primer aviso de la tecnología exterminista en Hiroshima, su perfeccionamiento en la bomba de hidrógeno y la fractura ideológica increíblemente absoluta de la guerra fría (los procesos de Rajk y Rosenberg, el anatema de la Komintern contra Yugoslavia, la era de McCarthy, la postulación de la "guerra preventiva", el puente aéreo y el muro de Berlín), esto no parecía así. Nos habíamos llegado a habitar, en lo más profundo de nuestra conciencia, a la expectativa de que la continuidad misma de la civilización fuera problemática.

Esta expectativa no surgió instantáneamente con la nube en forma de hongo sobre Nagasaki. Pero, en lo que a mí concierne, puedo documentarla con mucha exactitud. En 1950 escribí un largo poema, **The Place Called Choice**, que giraba sobre esta expectativa. La sección central del poema concluía así:

*"... Surgido de ese hongo que se encuentra en toda
[c i u d a d ,*

*"En las paredes, las catedrales, trepando por las chi-
l m e n e a s a f i l a d a s ,*

*"Alcanzando todo alféizar, esperando allí para germi-
l n a r .*

*"para dejar nuestra casa tan limpia como una calavera
l d e s n u d a .*

*"Ya las ventanas están cerradas, los niños llamados
l a d e n t r o .*

"Esperamos juntos en la oscuridad antinatural,

"Mientras fuera encarna el dios en forma de seta,

*"Con un amplio rastro salpicado de sangre sobre la
l n i e v e b a r r i d a p o r e l v i e n t o .*

*"Y ahora se inclina sobre nosotros, empañando los
l c r i s t a l e s c o n s u a l i e n t o ,*

"Absorbiendo nuestra casa hacia la materia vacía,

"Con casco y colmillos, chocando sus grandes escamas

*"Las garras arañando el tejado, mirando con vacíos
l o j o s d e p i e d r a " .*

No cabe duda de que esta expectativa apocalíptica, que nunca me ha abandonado, es desacreditable. Hans Magnus Enzensberger, a quien respeto enormemente, ha amonestado recientemente a los futurólogos del juicio final, "utópicos negativos": "el mundo, con seguridad, no ha llegado a su fin... y hasta la fecha no he visto prueba alguna de que vaya a tener lugar un acontecimiento de este tipo en ningún momento claramente discernible del futuro" (49). Y, por supuesto, peor, mucho peor que el apocalipsis sería para uno volverse ridículo intelectualmente. Pero yo leería con mucha alegría los argumentos que mostrarán, de manera concluyente, que mi análisis del amenazante determinismo del proceso exterminista es erróneo.

Sin embargo, los argumentos tienen sustancia, y la tecnología del apocalipsis existe. Tampoco han estado siempre equivocadas todas las visiones apocalípticas de este siglo. Pocos de los que profetizaron la Primera Guerra Mundial profetizaron el devastador balance del hecho en sí; nadie previó la ferocidad total de la Segunda Guerra Mundial. Y los profetas apocalípticos de la Tercera Guerra Mundial no corresponden a ese tipo de personas que encontramos en nuestra historia social, a los vicarios excéntricos, los entusiastas fanáticos artesanales que pilotan **Revelation** o las sirvientas atacadas por el trance. Algunos surgen del mismo complejo del sistema armamentista con los planes estratégicos de guerra en sus manos, como Sajarov, Mountbatten,

el almirante La Rocque o Zuckerman. No fue Joanna Southcott quien convocó la primera Conferencia de Pugwash, sino Einstein y Russell. No fue Thomas Tany, sino Robert Oppenheimer, quien dijo, en 1947, que "el mundo se mueve en dirección al infierno con una gran velocidad, una aceleración positiva y, probablemente, una tasa positiva de cambio en la aceleración".

Deberíamos ser un poco exactos, incluso en la cuestión de apocalipsis. Un climax exterminista podría verse abortado por una guerra nuclear "local" (en China, África o el Golfo Pérsico) cuyas consecuencias fueran tan terribles que asustasen incluso a los exterministas y provocaran una nueva ola general de resistencia. Incluso una colisión exterminista abierta, con el repertorio complejo de los ICBM, en el hemisferio norte no necesariamente extinguiría toda la vida mamífera, a menos que la capa de ozono del globo fuera perforada irreparablemente.

Lo que esto destruiría sería la civilización del norte y sus sistemas económicos y sociales de mantenimiento de la vida. Los supervivientes (se puede suponer) estarían entonces expuestos a las plagas y el hambre; las grandes ciudades serían abandonadas a las ratas y a los mutantes genéticos roedores. La gente se dispersaría hacia las tierras no contaminadas, intentando reinventar una economía de subsistencia y escasez y llevando consigo una fuerte herencia de daños genéticos. Habría bandidaje, granjas fortificadas, monasterios fortificados, comunas fortificadas y proliferarían los cultos extraños. Tal vez pudiera darse un resurgimiento de pequeñas ciudades-Estado que empujarán hacia un nuevo comercio y hacia nuevas guerras. O puede ser que este escenario esté totalmente equivocado. Podrían sobrevivir economías avanzadas, relativamente intactas, en el hemisferio sur —Australia, Argentina, África del Sur. Después de un intervalo para que remitieran el hedor y las plagas éstas podrían volver, con sus propios mosquetes, a colonizar a las tribus europeas; quizás también a establecer un dominio mundial de las superpotencias.

No quiero decir que sea el exterminio de toda vida. Me refiero solamente al exterminio de nuestra civilización. Haríamos balance de los dos últimos milenios, en todos los campos del esfuerzo y la cultura, y pondríamos un signo menos delante de cada total.

Nuestra oportunidad

Si hemos llegado a vivir con estas expectativas, a la fuerza tienen que modificar por vías sutiles y soterradas nuestra propia posición política. La lucha de clases continúa de muchas formas a lo largo y ancho del globo, pero el exterminismo en sí mismo no es un "problema de clase", es un problema humano. Ciertos tipos de posiciones y retóricas "revolucionarias", que inflaman la ideología exterminista e introducen divisiones en las alianzas necesarias para la resistencia humana, son lujos de los que podemos prescindir.

Existen contradicciones dentro de este determinismo en proceso de formación, y fuerzas que le sirven de contrapeso dentro de ambos bloques, sobre las que he dicho muy poco en estas notas. Queda por indicar qué aspecto podría tomar una configuración de fuerzas antiexterministas y cuál debería ser su estrategia si quiere tener alguna esperanza de éxito.

En primer lugar, tendría que movilizarse con gran rapidez, pues estamos ya dentro del umbral de la colisión. Las profecías son arbitrarias, pero el éxito

de la instalación de los misiles de crucero en el territorio de Europa occidental en 1938 puede señalar un punto de no retorno.

En segundo lugar, la fractura a través del corazón de Europa sigue siendo el centro principal de las tendencias exterministas en conflicto, aunque la segunda fractura en Asia (con la impredecible presencia de China) está creciendo en significación (50). De ahí que el Desarme Nuclear Europeo no sea una estrategia para quedar al margen de la confrontación global. Se opone directamente a esa confrontación, al iniciar una contratendencia, una dinámica que conduce hacia la disolución de ambos bloques, la desmitificación de la mitología ideológica del exterminismo, y permite así a las naciones de Europa oriental y occidental recuperar la autonomía y la movilidad política. El neutralismo o el no-alineamiento en cualquier parte del globo no son, o no necesariamente son, opciones aislacionistas y "pacifistas"; son intervenciones activas contra las presiones deterministas del exterminio.

En tercer lugar, por supuesto, esta configuración debe forjar alianzas con los movimientos antiimperialistas y de liberación nacional que existan en cualquier parte del mundo. Al mismo tiempo, al fortalecer la política de no-alineamiento, desarrollará una fuerza de contrapeso a la creciente militarización de los estados post-revolucionarios en África y Asia.

En cuarto lugar —y tal vez sea éste el punto más crucial y decisivo— debe comprometerse en un trabajo delicado y no provocativo para formar alianzas entre los movimientos por la paz en occidente y los elementos constructivos del mundo comunista (de la Unión Soviética y la Europa del Este) que se enfrentan a las estructuras y la ideología exterministas de sus propias naciones.

Esto es imprescindible, y sin tales alianzas internacionalistas que atraviesen la fractura no tendremos éxito. El impulso exterminista (ya lo hemos visto), crea y aumenta el impulso de su antagonista exterminista. La contratendencia no puede venir del otro, sino solamente de la resistencia de los pueblos en el interior de cada bloque. Pero, en tanto que esta resistencia esté confinada dentro de su propio bloque, podrá inhibir el impulso hacia la guerra, pero no podrá, en última instancia, imponer orientaciones alternativas. En tanto que cada movimiento de resistencia dentro de un bloque pueda ser categorizado como "aliado" del otro, el exterminismo (con su poderosa base en el sistema armamentista y el complejo de apoyo) será capaz de mantener el orden en su propio territorio, restablecer el control ideológico y, en su momento, recuperar su empuje.

De ahí que solamente la regeneración del internacionalismo ofrezca la posibilidad de poner en pie una fuerza suficiente para lo que se necesita. El internacionalismo debe ser conscientemente antiexterminista; debe enfrentarse a los imperativos ideológicos de ambos bloques; debe incorporar a sus ideas, a sus intercambios, a sus gestos y a sus expresiones simbólicas los imperativos de la supervivencia ecológica humana. Un movimiento así no puede estar mediatizado por portavoces oficiales o casi oficiales de uno u otro bloque. (Este hecho fue señalado por aquellos partidos comunistas que denegaron su asistencia a la conferencia de París en abril de 1980). La estrategia de los Llamamientos por la Paz de Estocolmo o del Consejo para la Paz Mundial está tan muerta como la del exilado de Gorky (que premia los derechos civiles obtenidos en la Unión Soviética con resoluciones del

Senado de los EEUU).

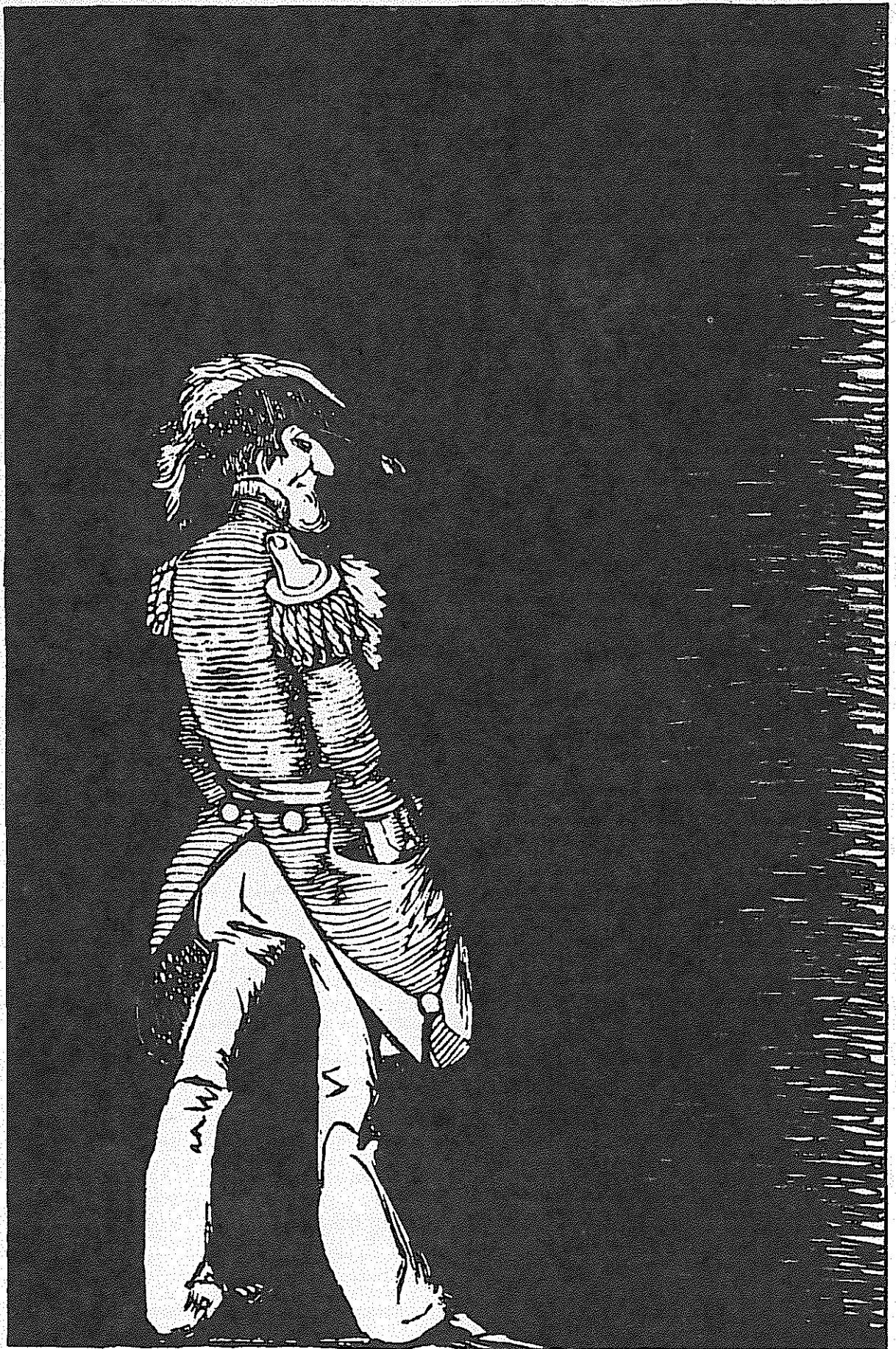
El internacionalismo exige hoy el rechazo inequívoco de la ideología de ambos bloques. El movimiento ascendente de Europa occidental contra la "modernización" de la OTAN debe exigir un precio real a los ideólogos y dirigentes militares soviéticos, al de la apertura de Europa oriental a verdaderos intercambios y a la participación en el discurso internacionalista común. Esto no debe ser una táctica oculta, sino un principio estratégico claro. Este puede ser el punto más crucial para la disolución del campo de fuerzas exterminista. Va a ser discutido con la misma ferocidad por los ideólogos de la OTAN y por la burocracia y la policía comunistas. Requerirá manifestaciones simbólicas y una moral internacionalista inquebrantable. Y pondrá a nuestros amigos en peligro.

Finalmente, no debería hacer falta decir que al exterminismo solamente puede enfrentarse una alianza popular lo más amplia posible, a saber, utilizando todos los recursos positivos de nuestra civilización. Las diferencias secundarias deben quedar subordinadas al imperativo ecológico humano. El inmovilismo que encontramos a veces en la izquierda marxista se basa en un gran error: que el fin de la política es el rigor teórico, o adoptar uno mismo una posición "revolucionaria". El fin de la política es actuar, y actuar con eficacia. Ess voces que trinan con el tono estridente de la militancia que "la Bomba" (detrás de la cual no han mirado) es una "cuestión de clase", que debemos volver al guión de la confrontación y rechazar la contaminación de los cristianos, los pacifistas y otros enemigos de clase; estas voces no son mas que una perorata en falso dentro del coro del exterminismo. Solamente una alianza que abarque a las iglesias, los eurocomunistas, los laboristas, los disidentes de Europa del Este (y no sólo los "disidentes"), los ciudadanos soviéticos no mediatizados por las estructuras del partido, los sindicalistas, los ecologistas; solamente esta alianza podrá reunir la fuerza y el impulso internacionalista para echar atrás a los misiles de crucero y los SS-20.

Si logramos la victoria de esto, el mundo comenzará a moverse de nuevo. Empecemos a echar abajo ese campo de fuerzas y empezará a desaparecer los impedimentos que durante treinta años se han opuesto a la movilidad política europea (en el Este, en el Sur y en el Oeste). Nada va a ser fácil ni está dado por descontado, pero, si apartamos a esos bloques de la carrera hacia la colisión, ellos mismos empezarán a cambiar. Los armamentistas y la policía empezarán a perder su autoridad, los ideólogos perderán los papeles. Se abrirá un nuevo espacio para la política.

Bajo la sombra amenazante de la crisis europea, la conciencia europea se ha puesto alerta y ha surgido una oportunidad momentánea. Estas notas están en bruto y los lectores desearán enmendarlas. Les ruego que también actúen. □

(*) Gracias a Ken Coates, Mary Kaldor, Dan Smith, Dorothy Thompson y los editores de esta revista por sus comentarios y críticas; ninguno de ellos es responsable de mis conclusiones (E.T.). Este artículo fue publicado originalmente en *New Left Review*, n.º 121, gracias a cuya gentileza lo reproducimos en *Cuadernos de Comunismo*.



Crisis económica, austeridad, rearme y peligro de guerra

La aceleración de la carrera de armamentos desarrollada por el imperialismo, en el contexto de la grave crisis económica de los años setenta y ochenta, ha puesto de actualidad el debate sobre el peligro de una guerra nuclear mundial. Para un sector importante del movimiento por la paz que se ha puesto en pie en Europa, la guerra puede ser desencadenada en cualquier momento y el proletariado, como sujeto revolucionario capaz de evitarla por la vía de derrocar al capital, ya ha perdido la batalla, por lo que la antorcha debe ser recogida por todos los interesados en el mantenimiento de la paz, independientemente de la clase social a la que pertenezcan.

J. Albarracín

ES preciso, pues, situar el peligro de guerra en su verdadera dimensión. La relación de fuerzas actuales en el mundo no permite pensar en la inminencia de una guerra nuclear mundial, pues, al contrario que lo sucedido en los años treinta, la clase obrera no ha sufrido una derrota grave y, por lo tanto, no se cumplen las principales precondiciones políticas para que tal holocausto se desencadene. Además, la ofensiva de remilitarización desencadenada por el imperialismo ha provocado la ola de respuesta más importante en Europa desde la 2ª Guerra Mundial, haciendo crecer la conciencia de las masas europeas sobre las consecuencias que tendrá tal conflagración frente a las tentativas de banalización por parte de la burguesía.

Sin embargo, si existe un peligro de guerra nuclear mundial a largo plazo, y ello por dos razones. En primer lugar, la gravedad de la crisis económica y las dificultades del imperialismo para salir de ella hacen mayor la tentación de encontrar una salida como en 1.939. En segundo lugar, la resistencia obrera actual y la situación de equilibrio en la que ninguna de las dos clases fundamentales puede imponer su solución, no durarán siempre, por lo que las precondiciones políticas, que hoy no existen, podrían aparecer.

El imperialismo ha desencadenado una ofensiva combinada de austeridad y remilitarización para hacer frente a los obstáculos que se oponen a su salida de la crisis económica. Si la clase obrera no lucha contra la austeridad, su capacidad de respuesta se erosionará, incluso contra el rearme. Las demás clases no tienen peso suficiente para evitarlo. Además, tal ofensiva combinada puede conducir a una contrarreforma en las metrópolis imperialistas. Este es el verdadero problema, y no la inminencia de la guerra.

El objetivo de las páginas siguientes es dilucidar la naturaleza e interrelación de cada uno de estos factores.

La crisis económica y el peligro de guerra

La economía imperialista se encuentra desde el final de la década de los sesenta en una fase de larga duración caracterizada por el estancamiento (bajas tasas de crecimiento, débil acumulación, etc.) y la caída de la tasa de beneficio. Remontarla e iniciar una fase ascendente de larga duración (crecimiento de la producción y de la acumulación, aumento de la

tasa de beneficio, etc.) ni es automático, ni fácil, ni se preve a corto plazo. Esto hará que, conforme la crisis económica se vaya profundizando, aumente la tentación de iniciar un nuevo ciclo de destrucción y construcción masiva del capital, como en la 2ª Guerra Mundial, de reforzar el área geográfica en la que se realiza la puesta en valor directa del capital y de reestablecer la producción, la acumulación y los beneficios, aún a costa de un holocausto (lo que es "rentable" con la lógica del beneficio capitalista).

En efecto, la depresión económica de los 70-80 no es un ciclo industrial periódico de esos que el capitalismo sufre cada 7 a 10 años, sino que es la fase descendente de una onda larga que se inició hacia el final de los años cuarenta. El capitalismo ya ha tenido cuatro de estas "ondas largas" de cincuenta años de duración aproximadamente cada una. La primera, desde 1973 hasta 1925 en su fase ascendente y hasta 1847 en la descendente, se caracterizó por la introducción de la manufactura. La segunda se produce desde mediados del siglo XIX hasta 1873 en su fase ascendente y desde entonces hasta 1893 en la descende y durante ella se generalizó la máquina de vapor. La tercera desarrolló su fase ascendente hasta el inicio de la I Guerra Mundial y la descendente desde el final de la misma hasta el comienzo de la II. Esta es la onda larga de la segunda revolución industrial, la más conflictiva y el periodo en el que el capitalismo sufrió más convulsiones. La cuarta, en cuya fase descendente estamos todavía, es la de la Tercera Revolución Tecnológica (electrónica, energía atómica, fibras sintéticas, etc.) y tuvo su fase de auge desde el final de la segunda guerra mundial hasta el de la década de los setenta. El paso de la actual fase descendente a una ascendente es el problema actual con que se enfrenta el capitalismo y los mecanismos internos del modo de producción capitalista no permiten asegurar que se vaya a producir automáticamente.

La razón de esta última afirmación está en que el funcionamiento de las ondas largas es asimétrico. Estas vienen definidas por movimientos a largo plazo de la tasa de beneficio, cuya tendencia histórica de caída no es lineal. Las fases ascendentes se producen como consecuencia de una elevación sostenida de la tasa de beneficio que induce la acumulación masiva de capitales ociosos, la incorporación de un avance tecnológico considerable (la primera revolución industrial se incorporó con las dos primeras ondas largas, la segunda con la onda larga

que acaba en 1913 y la Tercera Revolución Tecnológica con la fase de auge posterior a la II Guerra Mundial y el crecimiento de la producción y los beneficios capitalistas en espiral. Pero conforme el auge se desarrolla, el modo de producción capitalista va sentando las bases para entrar en una nueva fase de descenso, pues los factores que permitieron la elevación de la tasa de beneficio, que veremos más adelante, se van agotando progresivamente. En este sentido podríamos decir que el paso de la fase de ascenso a la de descenso es "endógeno" en el sentido de que viene generado por el propio desarrollo del modo de producción capitalista, sin el concurso de factores "externos". Sin embargo, el paso de una fase de descenso a otra de ascenso no es "endógeno", sino que depende de que algunos factores externos contribuyan a ello.

En efecto, a lo largo de cada una de estas ondas largas se suceden ciclos periódicos de corta duración (7 a 10 años), a través de los cuales se "armoniza" el caos inherente al funcionamiento del sistema capitalista, derivado de que las decisiones de producción, inversión, etc. se toman individualmente. Estas "crisis industriales periódicas" se producen tanto en las fases ascendentes como en las descendentes, pero en estas últimas las recesiones son más profundas y los auges menos duraderos que en las primeras. Pues bien, durante la fase descendente, las crisis periódicas liberan capital al acumularse menos de lo que justifica la plusvalía y la tasa de beneficio existentes, parte del cual se invierte en el nuevo ciclo de reproducción ampliada que se inicia con la recuperación que sigue a la crisis periódica, y que se produce porque la tasa de beneficio se ha ido recuperando a lo largo de la crisis. Pero el capital liberado en un solo ciclo de corta duración no es suficiente para adquirir una tecnología renovada fundamentalmente, por lo que se necesitan varios de estos para crear una masa de capital susceptible de adquirir una tecnología nueva que permita salir de la fase de descenso. Durante los últimos años estas crisis periódicas han sido moneda común y a lo largo de ellas el capitalismo ha liberado gran cantidad de capital, es decir, ha eliminado a muchas empresas improductivas, ha reestructurado en alguna medida algunos sectores productivos y ha obtenido más valor con la explotación de los trabajadores que lo que luego ha acumulado. Pero no ha sido suficiente, pues sigue necesitando reestructurar su aparato productivo y de la política de austeridad, por lo que todavía necesita que la crisis sea más profunda y el aumento de la explotación mayor. Pero aunque lo fuera, los capitalistas no invertirían estos capitales ociosos si algún factor externo no los induce a ello.

El considerable avance tecnológico al que estamos asistiendo no es el factor que va a inducir a los capitalistas a iniciar un nuevo proceso de acumulación masivo, a través del cual pase a una nueva fase de auge. En primer lugar, una tecnología cualitativamente nueva se incorpora una vez que el proceso de acumulación masiva se ha iniciado, pero no es capaz de inducirle si no genera un aumento de la tasa de beneficio, única razón por la que los capitalistas invertirán. En general, el avance tecnológico implica un aumento considerable de la composición orgánica del capital y, por lo tanto, un factor para el descenso de la tasa media de beneficio. En segundo lugar, el avance tecnológico actual no está carente de problemas. Es verdad que en el terreno civil, nuevas máquinas y nuevos

procesos industriales generan un nivel de producción mayor con menos trabajadores, y que en el terreno militar la tecnología se ha refinado considerablemente (es posible dar en un blanco a miles de kilómetros de distancia con un proyectil de cabezas nucleares múltiples, y sólo un error de metros), pero esta tecnología no puede, por sí sola, generar un nuevo boom. En efecto, en la industria no es cualitativamente diferente a la anterior y la que se deriva de la industria de armamentos no es directamente aplicable a la producción de mercancías (la investigación militar en el último decenio ha tenido pocos resultados civiles), se generaliza tan rápidamente que deja de ser rentable (los circuitos integrados de los misiles fueron incorporados rápidamente por los japoneses a las cadenas de alta fidelidad), es extremadamente compleja y cara y está elevando considerablemente los problemas de mantenimiento. Los avances tecnológicos actuales pueden llevarnos al paro masivo, a la degradación del planeta o a su destrucción por una guerra nuclear, si antes no acabamos con el capitalismo, pero desde luego no le sirven a este, por el momento, para salir de la onda larga de estancamiento en la que se encuentra sumido.

La aparición, o la creación, de un nuevo mercado, tampoco puede ser el factor que desencadene la acumulación de los capitales ociosos. El capitalismo es un sistema caracterizado por producir mercancías para obtener beneficios con su venta, y no para satisfacer sus necesidades. Por lo tanto, para sobrevivir necesita mercados y para crecer ampliarlos. La extensión del modo de producción capitalista ha jugado en el pasado este papel. Cuando las metrópolis imperialistas desembarcaron en las colonias, no solamente explotaron a sus habitantes o se llevaron sus productos naturales, sino que, además, con su acción crearon nuevos mercados para sus productos. Al final de la II Guerra Mundial pasó algo parecido. Por un lado surgieron nuevos productos (fibras sintéticas, plásticos, productos derivados de la electrónica, etc.), que venían a sustituir a los antiguos y, por lo tanto, a crear su propio mercado. Por el otro, continuó extendiéndose geográficamente el modo de producción capitalista hasta lo que es hoy: un conjunto de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y precapitalistas dominadas por el mercado capitalista. Pero esto jugó un papel más reducido, pues las metrópolis ya no dirigieron sus capitales a las colonias, sino a otros países imperialistas, como consecuencia de la ampliación del mercado que implicaba la Tercera Revolución Tecnológica. Solo en tiempos muy recientes puede hablarse de una afluencia de capitales a algunas zonas del tercer mundo (Hongkong, Taiwan, Corea, Ceylan, etc.), que han contribuido decisivamente al surgimiento de unas potencias semicapitalistas, pero el mercado que ha generado es a todas luces insuficientes, y por el contrario, son un factor adicional para agravar aún más la competencia interimperialista, exacerbada con la crisis económica. El mercado potencial que supone los Estados obreros degenerados no puede ser tampoco la solución, pues en ellos no juega de forma directa la ley del valor y no es previsible que la burocracia abra sus puertas a una acumulación masiva de capitales procedentes de los países imperialistas. Solo si el capitalismo se restaura plenamente en ellos aparecería un poderoso nuevo mercado, pero esto no se puede prever sin una guerra.

El aumento moderado de la tasa de beneficio induciría a la salida de una crisis periódica de corta duración, pero no de la fase de descenso de la onda larga. Esto es así porque dado el progreso técnico actual, el retorno de la acumulación induciría el crecimiento de la composición orgánica del capital, que volvería a presionar para que la tasa de beneficio se redujera nuevamente. Solo un fuerte aumento de la tasa de beneficio que fuera capaz de sostenerse en el tiempo podría inducir a la acumulación masiva de los capitales excedentes y provocar una nueva fase de ascenso. Entonces sí podría producirse una nueva revolución tecnológica y la aparición de nuevos mercados. Es en este sentido en el que el paso de una fase de descenso a otra de ascenso no es endógeno, pues tal aumento de la tasa de beneficio solo puede ser inducido por el concurso de factores externos. En efecto, para que se produzca un aumento de la tasa de beneficio se requiere una disminución de la composición orgánica del capital o un aumento de la tasa de explotación y para que aquel sea fuerte, el concurso de ambos. Hay tres formas de reducir la composición orgánica del capital: la inversión masiva en zonas geográficas o sectores donde es baja, la reducción del valor del capital constante por caída del valor de las materias primas y la disminución del período de rotación del capital, por mejoras en el transporte, por ejemplo. No hay ningún elemento que permita suponer que esto puede hacerse hoy. En las metrópolis imperialistas no es posible reducir la composición orgánica del capital, pues hay que introducir una tecnología nueva, más cara y que ahorre mano de obra. Las inversiones en el extremo oriente, mencionada antes, no son suficientes, tienen contradicciones y no se pueden comparar con las que se pudieron producir en las colonias en el siglo pasado. Huelga decir que la caída en el valor de las materias primas no juegan ahora, cuando el problema es justamente el contrario. Por último, la reducción del período de rotación del capital no parece que pueda tener un efecto decisivo en el momento presente. Para que la tasa de beneficio se recupere tanto como sería necesario se requiere un aumento sustancial de la tasa de explotación. Además, si el aumento de la plusvalía producida por este medio solo sirve para neutralizar el aumento del capital, constante y variable, que implica la acumulación masiva, entonces el aumento de la tasa de beneficio será de corta duración. Por lo tanto, se requiere que el aumento de la tasa de explotación sea muy intenso y que se reduzca la composición orgánica del capital porque varios de los factores mencionados anteriormente concurren a la vez. La dificultad para el capitalismo es que todo esto depende de la lucha de clases.

Así, el paso de una fase de auge a otra de descenso depende, en última instancia, de que la lucha de clases lo permita. Durante la actual fase de descenso del capital debe reestructurar el aparato productivo, introducir ciertas tecnologías, como la nuclear, desarrolladas durante los años de prosperidad pero no incorporadas masivamente a la producción, y elevar la tasa de explotación. La relativa independencia de los factores subjetivos respecto a los objetivos, esto es, el hecho de que el nivel de conciencia y lucha del proletariado no

dependa determinísticamente de la evolución del modo de producción capitalista (los aumentos del paro en unas ocasiones han provocado una mayor desmoralización y debilidad de los trabajadores, pero en otra han inducido a un aumento de la tasa de sindicación), se traduce hoy en que el proletariado mundial no ha sufrido una derrota grave. Este es el factor no endógeno que impide al capitalismo la salida de la larga depresión de los 70-80. Como veremos en el epígrafe siguiente, esto no durará siempre.

Pero conforme la crisis se profundice y el proletariado se debilite, la tentación de tomar medidas más drásticas aumentará. Una guerra puede contribuir a profundizar la derrota política del proletariado cuando este ya lo haya sido en algunos sitios, puede servir para extender la ley del valor a los estados obreros y puede inducir un nuevo proceso de acumulación masiva, por la vía de efectuar previamente una destrucción no menos masiva del capital. Por eso, si a corto plazo la guerra no es inminente, a largo plazo las dificultades del capitalismo para salir de la crisis suponen un peligro de que el holocausto nuclear se desencadene.

La resistencia obrera, la austeridad y el peligro de guerra

La actual relación de fuerzas entre las dos clases fundamentales impide, por el momento, la salida de la depresión de los 70-80 y el inicio de una nueva fase de auge de larga duración, al tiempo que hace impensable la inminencia de una guerra nuclear mundial, pues la resistencia obrera no se ha desgastado lo suficiente como para garantizar que con tal aventura el capital no viera puesta en cuestión su dominación de clases.

En efecto, la clase obrera fue adquiriendo una gran fuerza organizativa durante la última fase de auge, de forma que, al estallar la crisis económica, las tasas de afiliación sindical en la mayoría de los países imperialistas eran considerablemente elevadas. Además, durante esos años la clase obrera conquistó importantes mejoras sociales, como la seguridad social, la extensión de los seguros de paro, etc. y, en general, gozó de un nivel de vida sin precedentes. Esto, que en su momento representó un factor de integración consistentemente utilizado por la burguesía, hizo que al sobrevenir de la crisis, la clase obrera no fuera derrotada por el paro, como ocurrió en los años 30. En efecto, por una parte, su capacidad organizativa impidió la profundización en la ofensiva del capital (el empleo se redujo muy fuertemente en 1975 en todos los países de la OCDE, pero desde entonces y hasta 1981 no ha vuelto a registrar crecimientos negativos en prácticamente ninguno de ellos) y, por otra, el fuerte aumento del paro, provocado más por el crecimiento de la población y por la incapacidad del capital de crear nuevos puestos de trabajo que por pérdida de los mismos, fue paliado por un seguro de paro muy extendido. Aunque con el transcurso de la crisis la ofensiva de la burguesía ha avanzado y los trabajadores se han debilitado, lo cierto es que la clase obrera todavía goza de un apreciable grado de resistencia. Esto impide la reestructuración del aparato productivo y el aumento de la tasa de explotación que el capital necesita y es un factor a tener en cuenta para desechar la

eventualidad de una guerra mundial nuclear a corto plazo.

Pero si es cierto que la clase obrera resiste la ofensiva del capital, no lo es menos que tampoco está en condiciones de imponer su solución a la actual crisis económica. **Tal situación de equilibrio entre las clases no puede durar siempre, y aunque los factores subjetivos son relativamente independientes de los objetivos, si la depresión se prolonga, la ofensiva del capital se profundiza, el paro continúa creciendo desde su actualmente elevado nivel y afecta a los grandes bastiones del movimiento obrero en los países imperialistas, la combatividad de los trabajadores se debilitará por lo que a largo plazo pueden aparecer las condiciones políticas que ahora no existen para que el imperialismo desencadene una aventura nuclear.**

Para acelerar el desgaste de los trabajadores y hacer posible su salida a la crisis económica, **la burguesía ha puesto en marcha la política de austeridad.** Hemos visto que la condición necesaria para que el capitalismo inicie una nueva fase de auge es el aumento de la tasa de beneficio, lo que implica aumentar la tasa de explotación y reducir la composición orgánica del capital. Evidentemente esto no lo puede hacer de golpe, sino que necesita poner en pie una ofensiva de larga duración. Además, tanto las crisis periódicas como las ondas largas no vienen determinadas solamente por las relaciones entre las dos clases fundamentales, sino que se derivan también de la anarquía inherente al sistema pues, no existe un intelectual colectivo del capitalismo, la mayoría de las decisiones fundamentales sobre producción, acumulación, etc., se toman individualmente y el estado burgués, que tiene como misión armonizarlas y dirigir las hacia los intereses del sistema en su conjunto, además de garantizar la explotación de los trabajadores nunca lo consigue plenamente. Esto dificulta las cosas, pues internamente el capital también tiene contradicciones (en una crisis, los capitalistas menos competitivos y productivos deben desaparecer). Por eso, la marcha hacia la elevación de la tasa de explotación no es lineal, pues al mismo tiempo debe resolver otros problemas que también están influyendo sobre la crisis.

En última instancia, **la austeridad pretende elevar la tasa de beneficio media del sistema.** Para ello debe elevar la tasa de explotación mediante la reducción del valor de reproducción de la fuerza de trabajo, esto es, del capital variable. Las medidas concretas con las que pretende conseguirlo son la reducción de los salarios reales de los trabajadores, la aparición de paro y el aumento del ejército de reserva, para presionar hacia abajo los salarios, y la reducción de los salarios indirectos, esto es de las prestaciones de la seguridad social, de las pensiones, etc. así como de los gastos sociales del estado (educación, sanidad, etc.). Pero tal reducción del capital variable, en ausencia de otros fenómenos, supondría un aumento de la composición orgánica del capital que empujaría hacia abajo a la tasa de beneficio. Para evitarlo, el aumento de la tasa de explotación debe compensar con creces el crecimiento de la composición orgánica del capital, y esto se consigue aumentando la intensidad de la explotación de los trabajadores, es decir, su productividad. De esta forma, la aparición de paro debe coexistir con un proceso de sustitución de hombres

por máquinas con el aumento de los ritmos de trabajo, etc. es decir, debe haber una mayor producción material con un menor número de trabajadores. Esta es la primera razón para que las reestructuraciones del aparato productivo y de sectores enteros de la economía jueguen un papel fundamental como complemento de la política de austeridad.

La política de austeridad por si sola tiende a reducir fuertemente la demanda, es decir, es una política depresora de la economía. En efecto, la reducción de los salarios reales tiende a disminuir el consumo, agravando los efectos de las restricciones en los gastos del Estado. Pero, además, so pretexto de luchar contra la inflación, la austeridad incluye también medidas restrictivas del crédito, que colocan a muchas empresas en muy mala situación financiera. Con ello se trata de reducir la composición orgánica del capital media haciendo desaparecer a los capitalistas menos competitivos, presionando así a la recuperación de la tasa de beneficio. Toda crisis económica es, también, una crisis de sobreproducción, y la desaparición de muchos capitalistas implica la eliminación de la infrutilización del capital, producto de la sobreproducción, para elevar la tasa de beneficio de los que sobreviven. **La política de austeridad trata de acelerar este proceso según la regla de que, para los capitalistas, cuanto peor es la crisis, más fácil es la salida para los que quedan.** Esta es una segunda razón para las reestructuraciones: colocar en mejores condiciones a los que sobreviven.

Pero la austeridad no pretende sólo tener efectos sobre los factores objetivos, sino que también quiere influir sobre los subjetivos, esto es, pretende reducir el nivel de conciencia de las masas trabajadoras para avanzar así hacia su derrota política. En principio, cuando la clase obrera no lucha por la defensa de sus intereses inmediatos, esto es, por mantener el empleo y el poder adquisitivo de los salarios, su capacidad de respuesta a las ofensivas del capital, en todos los órdenes, se deteriora gravemente, y de esta forma, retrocede la conciencia social. Pero, además, la austeridad coexiste con una verdadera ofensiva ideológica, a la que las corrientes reformistas prestan un apoyo decidido. Así, tal política se justifica en aras de los "intereses nacionales" que exigen la colaboración con la burguesía para salir de la crisis, se insiste hasta la estupidez en que la mejor forma para luchar contra el paro es admitir la reducción de los salarios reales y se subordinan las movilizaciones a una "paz social", para que con el esfuerzo de todos se pueda salir adelante. Es decir, cuando los intereses de las dos clases fundamentales con más conflictivos, se pacta con la burguesía la subordinación de los intereses de los trabajadores a ella y se justifica con reaccionarios "intereses nacionales"; cuando los capitalistas tratan de aumentar la plusvalía por todos los medios, se les dice a los trabajadores que deben permitirlo en lugar de luchar por impedirlo; en fin, cuando el capitalismo se encuentra más débil y el proletariado está en mejores condiciones objetivas para, mediante un empujón consciente, arrumbarle al basurero de la historia, se les dice a los trabajadores que cesen en sus movilizaciones y se trata por todos los medios de evitar que lleguen a la única conclusión favorable para ellos: la única salida de la crisis favorable para las masas es la destrucción del capitalismo, del estado burgués y de la lógica de la economía de mercado.

Así pues, hay que reafirmar que el proletariado es el sujeto de la revolución, porque es la única clase social en contradicción abierta con el capital. No se trata solamente de que los trabajadores sean la inmensa mayoría de la población, sino que, como hemos visto más arriba, la salida de la crisis económica y la propia guerra dependen de la derrota previa del proletariado y, como veremos, el sistema que ha de sustituir al capitalismo no se concibe sin la dirección política de los trabajadores. Por eso, si la clase obrera no lucha contra la austeridad, su capacidad de respuesta se deteriorará incluso contra el rearme y las veleidades imperialistas de desencadenar una guerra nuclear mundial. Aparece así, un factor adicional a la propia crisis económica para que, a largo plazo, el peligro de guerra sea una amenaza.

La carrera de armamentos

La carrera de armamentos juega para el imperialismo un doble papel. Por un lado, responde a la voluntad de los dirigentes actuales de Estados Unidos de resolver la parálisis política del imperialismo después de su derrota en Indochina, del "síndrome del Vietnam", del auge de la revolución centroamericana, etc. La gran metrópoli imperialista y sus aliados ya no confían en sus gendarmes auxiliares (Irán, uno de los más importantes, ya no lo es), tratan de globalizar cualquier conflicto que aparezca en algún lugar del globo y desean asegurarse intervenciones armadas directas en todas las direcciones. En este sentido, el rearme y el peligro de guerra también pretenden derrotar al proletariado de los países industriales, y, para ello, la política de bloques y la amenaza de una "agresión soviética" juegan un papel primordial para rebajar el nivel de conciencia de las masas y desviar su atención del verdadero enemigo. Por ello adquieren una gran importancia las luchas que protagoniza el movimiento por la paz en Europa y el debate sobre quien y cómo puede detener el peligro de guerra.

Pero, por otro lado, la carrera de armamentos también es una respuesta a la crisis económica. La industria de armamentos puede absorber parte de los capitales excedentes que existen como consecuencia de la situación de sobreproducción y, en este sentido, puede solucionar los problemas de valorización del capital a un buen número de grandes compañías. Por poner algunos ejemplos, Chrysler fue puesta a flote por el Pentágono a través de contratos de miles de millones de dólares para desarrollar proyectos militares (el carro M1 entre otros), Lockheed simplemente ha desaparecido del mercado de la aviación civil, Mc Donnell Douglas ha visto aumentar sus pedidos un 48% gracias a sus aviones F-15 y F-18, Boeing ha visto compensar la reducción del 40% en sus pedidos civiles por el contrato para la fabricación de los Crise, etc. La industria de armamentos, en su mayoría empresas productoras de medios de producción que se han reconvertido, en parte, hacia la industria militar, se beneficia de un volumen de gastos militares que, para el total del mundo, suponen el 5,8% del PNB mundial, y son equivalentes a los gastos de educación o al doble de los de sanidad. Su importancia puede medirse en el hecho de que, en la actualidad, da empleo a 80 millones de personas. ¿Se puede dudar con estos datos de que la carrera de armamentos supone un alivio de las consecuencias de la crisis económica para una parte muy importante del capital?. No hay que olvidar, además,

que las armas son también mercancías que cuentan con un mercado importante en los países imperialistas secundarios (y no sólo) y que al poco tiempo de la compra por parte de éstos de un avión, por ejemplo, aparece uno nuevo que le deja obsoleto, lo que les "obliga" a un nuevo gasto.

Los dirigentes del imperialismo pretenden cumplir una segunda misión "económica" con la carrera de armamentos: quebrar la columna vertebral de la URSS exportando la crisis económica a los Estados Obreros. Los dirigentes soviéticos no están interesados en la carrera de armamentos, pues la ley de valor no juega directamente allí y, por lo tanto, ningún beneficio pueden obtener de ella. Además, dado que los recursos son limitados, el aumento de los gastos de armamentos, que en los países capitalistas supone una absorción de capitales ociosos, en los Estados Obreros, se traduce en menores disponibilidades para la acumulación y el consumo. Pero dadas la política militar del Kremlin —basada en la autodefensa estrictamente militar frente a una posible agresión imperialista y en la imposición de una "soberanía limitada" para los países del Este—, y su deseo de no romper el "statu quo" ni perder el dominio sobre el llamado "campo socialista", la burocracia responde a la carrera de armamentos con carrera de armamentos, en vez de tratar de impedir que el imperialismo utilice su arsenal movilizándolo en los países imperialistas y dotándose de medios de autodefensa concebidos como tales. De esta forma, la carrera de armamentos se convierte, en manos de los dirigentes del imperialismo, en un medio de reducir la producción de artículos de consumo en los estados obreros, impulsando, por lo tanto, conflictos sociales que debiliten a la burocracia. Esto, unido a que la política militar de la URSS es un obstáculo contra el desarme (a fin de cuentas, que más dá que la bomba nuclear venga de un lado que de otro), hace más necesario y actual que nunca la revolución política en los Estados Obreros. La revolución social en el capitalismo y la política en los Estados Obreros degenerados, pasan así a ser dos caras de la misma moneda: la necesidad de iniciar la construcción del socialismo.

Sin embargo, el rearme no puede servir para sacar el capitalismo de la larga depresión de los 70-80. La economía armamentista ha jugado un papel fundamental en la historia del capitalismo. En particular, el desarrollo de la industria y los gastos de armamentos han contribuido sustancialmente a la acumulación acelerada después de la II Guerra Mundial. Pero no fué el determinante básico de la onda larga de auge del capitalismo tardío y el capitalismo en su conjunto no puede confiar en este tipo de gastos para salir de la crisis económica.

Si es verdad que los gastos de armamentos pueden suponer una absorción de los capitales ociosos producto de la crisis, no son capaces de resolver las dificultades de realización de la plusvalía inherentes a la misma. Estas nacen de que la demanda de consumo creada por el sector productor de medios de producción crece más lentamente que la demanda de medios de producción generada por el sector productor de mercancías de consumo. Es decir, que ha dado el progreso técnico, las compras del sector productor de medios de producción al de mercancías de consumo (determinadas por los salarios que el primero paga a sus trabajadores), tienden a ser menores que las compras de medios de producción por parte del

sector productor de consumo (que crecen con la composición orgánica del capital). Esto determina el inicio de dificultades de realización de la plusvalía en el sector productor de mercancías de consumo, que se transmite luego al resto del capital, ya que al no poder realizar todas sus mercancías, la demanda de medios de producción por parte del sector productor de consumo termina viéndose afectada. La inclusión de una industria de armamentos no permite resolver estas dificultades, ya que este sector tiene una composición orgánica del capital más alta y debe financiarse con impuestos que, al menos en una parte sustancial deben recaer en los salarios, lo que provoca un crecimiento aún menor de la demanda de mercancías de consumo. **Tampoco permite contrarrestar la caída tendencial de la tasa de beneficios**, ya que la industria de armamentos tiene una composición orgánica del capital más alta que la del resto de la economía y salvo condiciones muy especiales (solo posibles con una derrota muy fuerte del proletariado) no provoca una elevación de la tasa de explotación. **En definitiva, la economía armamentista es un medio para un fin y no un fin en sí misma.** El fin es el de la acumulación de ganancias y, a largo plazo, la economía del rearme permanente no contribuye a remover las dificultades con las que se encuentra el capital para ello, si otros factores no lo han hecho previamente. Por eso no puede considerarse como un factor que sirva de forma decisiva para sacar al capital de la crisis económica.

Sin embargo, si tiene consecuencias sobre la política de austeridad. La carrera de armamentos debe ser financiada, y es insensato pensar que pueda ser hecho con cargo a la plusvalía. En parte, debe recaer sobre los trabajadores a través de mayores impuestos y, en parte, a través de la redistribución de los gastos públicos en contra de los gastos de interés social. Esta es sin duda, una nueva razón para luchar contra el peligro de guerra haciendo imposible que triunfe la austeridad.

Como hemos visto al principio del epígrafe, la **carrera de armamentos pretende también cumplir un objetivo político.** Después de todo, restaurar la dirección política de la principal potencia imperialista, implica también reorientar los cambios estructurales que está sufriendo el imperialismo (es decir, corregir el deterioro de la competitividad de USA, por ejemplo y reducir su grado de dependencia respecto a las materias primas o al petróleo de los países del tercer mundo. Pero no hay que perder de vista que la crisis económica es una de las causas más importantes de la carrera de armamentos. Olvidar esto puede llevar a una concepción de bloques. Suponer que la causa más importante es la reducción del grado de dependencia respecto a las materias primas, es decir, a las relaciones entre el "centro" y la "periferia"), puede llevar a una concepción "tercercampista" y neutralista. Porque en el fondo del problema, no se trata de una correlación de fuerzas entre bloques o entre países, aunque algunos de ellos sean del llamado tercer mundo, sino entre clases a nivel internacional. Se trata de derrotar al imperialismo en la periferia, esto es, en Centroamérica, en el próximo oriente, etc. pero también en el centro, esto es, en los países industriales. De la misma forma, se trata de acabar con los poderes de la burocracia en los Estados Obreros a través de la revolución política.

La ofensiva de remilitarización desencadenada por el imperialismo ha hecho nacer un poderoso movimiento por la paz en

Europa, cuyas movilizaciones son un factor adicional para que no se pueda pensar en la inminencia de una guerra nuclear mundial, pues están contribuyendo considerablemente a la toma de conciencia por amplias masas europeas de las fatales consecuencias de tal conflagración y de quién es el responsable de la carrera de armamentos. Como dijo en cierta ocasión el secretario de defensa de Estados Unidos, Gaspar Weinberger, "una manifestación de más de 150.000 personas es algo que hay que tener en cuenta". Sin embargo, muchos pacifistas sostienen que la carrera de armamentos, la autonomía creciente del desarrollo tecnológico y la de los militares y políticos respecto al imperialismo, pueden hacer que la guerra se desencadene en cualquier momento. Esto no es probable, pues **tanto la carrera de armamentos como la autonomía de militares y políticos respecto al imperialismo tienen límites.** En efecto, la industria de armamentos está compuesta por empresas del Departamento I (es decir, el de medios de producción) cuyos capitalistas son hegemónicos en la mayoría de los países industriales y, además, están ligados incluso orgánicamente a las castas militares y políticas. En el Consejo de Seguridad de USA está presente el gran capital americano, el propio Haig está ligado a él, etc. No es probable que, en estas condiciones, los militares y políticos americanos puedan tomar una decisión de la envergadura de una guerra nuclear contra los intereses de las grandes compañías (para las que lo rentable es producir material de guerra convencional, por muy sofisticado que esto sea, y no bombas nucleares). La autonomía que permite la tecnología nuclear hay que matizarla, ya que en general, el proceso por el que se aprieta el botón que genera el holocausto es más complicado que lo que se cree y no tan fuera de control. Además, la propia carrera de armamentos tiene unos límites, derivados de que su financiación exige cada vez más impuestos que se traducen en que cada vez se beneficien un número más pequeños de compañías, y esto hace aparecer tensiones internas entre los capitalistas que dificultan cualquier toma de decisiones unilateralmente por una parte de ellos. Pero, con todo, el sistema es lo suficientemente irracional como para que cualquier cosa pueda ser posible. Por lo mismo, no se trata de que, desde nuestro lado de la barricada, respondamos a la irracionalidad con irracionalidad, que es lo que significará suponer que la guerra es inminente porque ya todo se ha perdido. Si esto es así, si la guerra es inminente e inevitable ¿para que molestarnos por nada? Huelga decir que una guerra nuclear limitada no es posible, entre otras cosas por la existencia de submarinos con proyectiles nucleares, cuya única misión es destruir al vencedor aunque el vencido haya sido aniquilado totalmente.

Pero no hay ninguna duda de que la carrera de armamentos implica que el imperialismo avance en los preparativos para una guerra nuclear a largo plazo. Por eso luchar contra ella es un objetivo fundamental del movimiento obrero.

El papel del movimiento obrero en la lucha por la Paz

El capitalismo tardío ha entrado en una fase en la que sus efectos alienantes y destructores (hambre en el tercer mundo, 30 millones de parados en los países industrializados, degradación grave de la naturaleza, posibilidad de que desencadene un holocausto

nuclear, etc.) son mayores que los beneficios que se derivan del cumplimiento de su tarea histórica, esto es, emancipar a la humanidad de la esclavitud de la naturaleza a través de someterla a la sociedad de clases. Si a esto le unimos la consolidación de dos corrientes reformistas en el seno del movimiento obrero (socialdemocracia y estalinismo), la menor conciencia social de los trabajadores en los países imperialistas (derivada de que el capitalismo les ha puesto más mercancías a su disposición en las últimas décadas, aunque muchas de ellas no sirvan para nada) y, como producto de lo anterior, un retroceso ideológico indudable por parte del movimiento obrero, la aparición de ecologistas y pacifistas que propugnan que la lucha contra el capitalismo tiene un carácter interclasista, ya que el proletariado ha perdido su condición de sujeto revolucionario en el último tercio del siglo XX, no es un fenómeno que deba extrañarse. No vamos a negar el papel indudablemente positivo que los movimientos ecologistas y pacifistas están jugando, pues en particular suponen una primera toma de conciencia por parte de amplias masas y, en la medida en la que impulsan amplias movilizaciones, pueden hacer retroceder al imperialismo (la lucha contra el despliegue de misiles en Europa no elimina el peligro de guerra, pero, evidentemente, dificulta muy seriamente el desarrollo de la carrera de armamentos). Pero al mismo tiempo hay que reafirmar que sólo el proletariado (entendido en un sentido amplio, esto es, todos aquellos que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, independientemente de que este sea productivo e improductivo) puede impedir que el capitalismo inicie una nueva fase de auge, más destructiva que la anterior y a costa de la inmensa mayoría de la humanidad, y que desencadene una guerra nuclear mundial.

En efecto, para muchos pacifistas el proletariado ya ha perdido la batalla de una guerra nuclear que es inminente. No queda tiempo sino para que todos los interesados en que la humanidad no desaparezca, independientemente de la clase social a la que pertenecen, se pongan de acuerdo para luchar por la paz. Pero éste no es el verdadero problema.

En primer lugar, el proletariado no ha perdido la batalla decisiva. Para iniciar una nueva fase de auge, el capital necesita, como hemos visto, elevar la tasa de explotación y reducir la composición orgánica del capital a través de la reestructuración del aparato productivo. Esto, y la propia carrera de armamentos, es imposible sin desgastar aún más la resistencia obrera y sin debilitar la combatividad de los trabajadores.

Para ello, el capital ha puesto en marcha una ofensiva combinada de austeridad y remilitarización que, no es ocioso decirlo, va dirigida contra la clase obrera, precisamente por el lugar que ocupa en el proceso de producción capitalista. Y ello es lo que le da el carácter de sujeto revolucionario objetivamente enfrentado con el capital. Si los trabajadores, que son la inmensa mayoría de la población en los países imperialistas, no detienen la austeridad y la carrera de armamentos, ninguna otra clase lo hará, pues ni su debilidad numérica lo puede conseguir, ni es posible detener esa ofensiva desde fuera del proceso de producción capitalista. La hegemonía de las corrientes reformistas es un obstáculo, pero la alternativa no está en concepciones interclasistas, sino, precisamente, en que los revolucionarios ganen la hegemonía en el seno del movimiento obrero.

Del mismo modo, no es cierto que el proletariado de los países imperialistas ya ha sido derrotado porque ha sido comprado por la sociedad de consumo y está explotando y aprovechándose del hambre del tercer mundo. Es indudable que en Estados Unidos no existe un partido obrero de masas, que los trabajadores americanos gozan de un nivel de vida superior al de otros países y que, por lo tanto, sobre ellos pesan más factores para integrarse en el sistema. Pero de ello se deriva que la principal tarea allí es la construcción de un partido obrero de masas y, no que la lucha de clases no ponga en dificultades a los dirigentes del imperialismo (recordemos el llamado "síndrome del Vietnam"), y no impida el inicio de una nueva fase de auge y el avance de los preparativos para la guerra. En cualquier caso, el movimiento obrero no está derrotado en el conjunto de los países imperialistas y la resistencia obrera en ellos, por el momento, sigue en pie.

En segundo lugar, el verdadero problema no es la inminencia de una guerra nuclear, que ya hemos visto que es impensable, sino el peligro de que la contrarrevolución avance en las metrópolis imperialistas. En efecto, la ofensiva combinada de austeridad y remilitarización en un contexto de democracia parlamentaria, ha llevado ya, al menos dos casos (Francia y Grecia), a la victoria electoral de los partidos obreros. Si esto se repite frecuentemente, es decir, si ante la ofensiva del capital los trabajadores terminan votando a la izquierda en otros países imperialistas, el imperialismo no pondrá en cuestión la austeridad, pues la necesita para recuperar la tasa de beneficio y salir de la actual fase depresiva y para financiar la carrera de armamentos, sino la democracia parlamentaria. En el horizonte, pues, aparece el peligro de la contrarrevolución y, en todo caso, esta sería previa a una guerra nuclear. En el resto del mundo el problema es similar. Las dictaduras en el tercer mundo no han sido suficientes para impedir que la revolución avance en Indochina, en América Central, etc. y que gendarmes auxiliares del imperialismo tan firmes como Iran, caigan.

El avance de la contrarrevolución, y no la inminencia de una guerra nuclear, es el principal problema con el que deben enfrentarse los trabajadores.

En suma, el movimiento obrero tiene ante sí un objetivo fundamental: impedir el avance de la contrarrevolución y la guerra nuclear a largo plazo. Esto pasa hoy por la lucha contra la austeridad y contra el rearme. Si los revolucionarios no luchan hoy por su hegemonía en el seno del movimiento obrero, comprendiendo las causas de la crisis y del peligro de guerra, explicando sus salidas y ganando cada vez mayores lazos con la clase, la batalla se puede perder. Si el proletariado no se pone a la cabeza del movimiento por la paz y gana su hegemonía, es decir, no entiende que para construir el socialismo la humanidad tiene que existir, que su objetivo estratégico no puede ser una victoria coyuntural en una guerra atómica, sino precisamente impedirlo, se podrá retrasar el avance de la carrera de armamentos, pero no acabar con el peligro de guerra.

Oponer a la estrategia reformista en el terreno de la austeridad y a la estrategia antiguerra interclasista en el de la lucha por la paz, la estrategia revolucionaria y combatir las ilusiones de que la Humanidad tiene otra salida que no sea acabar con el capitalismo, es la gran tarea que tenemos por delante.

La interpretación del estalinismo por Trotsky

La interpretación por Trotsky del significado histórico del estalinismo, todavía hoy la teorización más coherente y desarrollada del fenómeno dentro de la tradición marxista, fue construida a lo largo de veinte años de lucha política práctica contra él. Su pensamiento, por consiguiente, evolucionó en tensión con los grandes conflictos y acontecimientos de esos años, y puede ser adecuadamente ordenado en tres fases esenciales.

Perry Anderson

Los primeros escritos sobre el tema datan de la lucha interna que estalló en el PCUS después de la guerra civil. No nombran al estalinismo como tal. Su foco de atención es lo que en la tradición del partido se denominaba "burocratismo". El texto clave de este período es *El Nuevo Curso* (1923). El burocratismo, había argumentado Lenin, tenía sus raíces en la falta de cultura de las masas rusas rurales y urbanas, que las privaba de las aptitudes necesarias para una administración post-bélica competente, y en el carácter de subsistencia y de pequeña producción mercantil de la economía agraria, cuya inmensa dispersión de los productores primarios hacía inevitable una supercentralización del aparato estatal en Rusia. Trotsky añadía una tercera causa: la inevitable contradicción entre los intereses inmediatos y a largo plazo de la clase obrera, en medio de la gran escasez y las calamitosas exigencias de la construcción post-bélica. Más significativa sin embargo, era su insistencia en que el burocratismo no era "solamente la suma de los malos hábitos de los funcionarios", sino que representaba "un fenómeno social, un sistema definido de administración de los hombres y las cosas" (1). El escenario principal de este fenómeno era el aparato del Estado, pero éste, al absorber "una enorme cantidad de los elementos más activos del partido" (2), estaba infectando al mismo Partido Bolchevique. La expresión de esta contaminación era el creciente dominio del aparato central dentro del partido, que operaba a través de un sistema de nombramientos, de la represión del debate democrático y de la división entre la *vieja guardia* y la base y la generación joven. Este proceso presentaba el peligro de una "degeneración burocrática" (3) de la misma *vieja guardia*. El burocratismo, por tanto, no era —y aquí Trotsky iba claramente más allá del análisis de Lenin— "una supervivencia de un régimen precedente, una supervivencia en trance de desaparición; al contrario, se trata de un fenómeno esencialmente nuevo que surge de las nuevas tareas, de las nuevas funciones, de las nuevas dificultades y de los nuevos errores del partido" (4).

II El Nuevo Curso advertía de los peligros del burocratismo antes de la victoria del grupo de Stalin dentro del PCUS. Tras la comunica-

(*) Este es el texto de una ponencia presentada por P. Anderson en la mesa redonda sobre *Las interpretaciones del estalinismo* que tuvo lugar en el congreso de la Asociación Francesa de Ciencia Política, celebrado durante los días 22-24 de octubre de 1981.

ción de esta victoria, los escritos opositores de Trotsky de finales de los años veinte intentan ofrecer una explicación más comprensiva del fenómeno. *La Tercera Internacional después de Lenin* (1928) es probablemente el texto más importante en lo que concierne a su posición en esta fase intermedia de su pensamiento. En él atribuye la derrota de la Oposición de Izquierda dentro de Rusia, que selló el triunfo de un régimen interno burocrático, al *reflujo de la lucha de clases internacional* —sobre todo a los desastres sobrevenidos a la revolución alemana en 1923 y a la china en 1927, en los flancos occidental y oriental, respectivamente, de la URSS. El desplazamiento de la balanza de fuerzas entre las clases en favor del capital se traducía inevitablemente en un aumento de las presiones sociales externas sobre el mismo Partido Bolchevique dentro de Rusia. A la vez, todo se complicaba con el fracaso de la fracción de Stalin en lograr hasta entonces una rápida industrialización de la URSS, lo que habría fortalecido el contrapeso del proletariado soviético. Cuando los efectos del I Plan Quinquenal se hicieron visibles, Trotsky modificó esta pretensión para argumentar que la nueva "aristocracia obrera" creada por el *estajanovismo*, situada por encima de la clase obrera, funcionaba objetivamente como un soporte del régimen burocrático dentro del partido. Trotsky todavía caracterizaba a la propia fracción de Stalin, que había logrado la victoria en base al esquema social-patriota del *socialismo en un solo país*, como un *centro* en equilibrio entre la derecha (Bujarin, Rikov y Tomsy) y la izquierda del partido, como la criatura del aparato permanente del PCUS. En su autobiografía *Mi vida* (1929), esbozaba los que consideraba como los mecanismos socio-psicológicos que habían convertido a tantos revolucionarios de 1917 en funcionarios de este régimen —"la liberación del filisteo en el bolchevique"— a medida que el impulso de las masas insurgentes declinaba como resultado de la guerra civil y se instalaban la fatiga y la apatía, creando en la URSS un período de "reacción social" generalizada. En un análisis posterior de la orientación industrializadora de Stalin. Trotsky amplió la noción de un "centro" fraccional a la categoría de mayor alcance del *centrismo* estalinista, argumentando que, si bien el centrismo era un fenómeno inherentemente inestable en los países capitalistas, una postura a medio camino entre la reforma y la revolución en el movimiento obrero que reflejaba los desplazamientos de izquierda a derecha o viceversa en la presión de las masas, en la URSS podría conseguir una base material duradera en la burocracia del nuevo Estado obrero. Los abruptos zigzags de la política interior y exterior de Stalin, del apaciguamiento a la guerra total contra los *kulaks*, de la conciliación de clases al ultraizquierdismo en la Tercera Internacional, eran la expresión lógica del carácter centrista de su régimen, sujeto a complejas

y contradictorias presiones de clase. El campo decisivo de estas presiones, sin embargo, era internacional, no nacional.

La interpretación del estalinismo de Trotsky, hasta entonces todavía fragmentaria y tentativa en muchos aspectos, se volvió sistemática y concluyente a partir de 1933. La razón, por supuesto, fue el triunfo del nazismo en Alemania, que convenció a Trotsky de que la Komintern —por la rectificación de cuya línea había luchado hasta el último momento— era ya irrecuperable, y con ella el propio PCUS estalinizado. La decisión de fundar una nueva Internacional fue entonces el impulso inmediato para su compromiso decidido con el problema de la naturaleza del estalinismo, que por primera vez se convertía ahora por sí mismo en el objeto directo de una interpretación teórica amplia, en vez de ser un tema tratado a lo largo de textos que discutían muchas otras cuestiones, como anteriormente. El ensayo crucial que ofrece casi todos los temas principales del pensamiento maduro de Trotsky sobre el estalinismo fue escrito a los pocos meses de la toma del poder por Hitler: *La naturaleza de clase del Estado soviético* (1933). En él planteaba las cuatro tesis fundamentales que iban a ser la base de su posición hasta su muerte. En primer lugar, había que distinguir entre el papel del estalinismo en el interior y en el exterior. Dentro de la URSS, la burocracia estalinista desempeñaba un papel contradictorio, defendiéndose simultáneamente contra la clase obrera soviética, a la que había usurpado el poder, y contra la burguesía mundial, que trataba de barrer todas las conquistas de la Revolución de Octubre y restablecer el capitalismo en Rusia. En este sentido, continuaba actuando como una fuerza "centrista". Fuera de la URSS, por el contrario, la Komintern estalinizada había dejado de jugar papel capitalista alguno, como lo acababa de mostrar irrevocablemente su bancarrota en Alemania. Por eso "el aparato stalinista podía despilfarrar comple-

tamente su significación como una fuerza revolucionaria internacional y, sin embargo, preservar parte de su significación progresiva como guardián de las conquistas sociales de la revolución proletaria" (5). Poco después, Trotsky argumentaría que la Komintern desempeñaba un papel activamente **contrarrevolucionario** en la política mundial, entrando en colusión con el capital y poniendo obstáculos al movimiento obrero en aras a proteger el monopolio estalinista del poder en la misma Rusia, que se veía amenazado por el ejemplo de cualquier victoria de una revolución socialista que creara una democracia proletaria en cualquier parte.

En segundo lugar, dentro de la URSS el estalinismo representaba la dominación de un **estrato** burocrático, surgido y parásito de la clase obrera, pero no una nueva **clase**. Este estrato no ocupaba ningún papel estructural independiente en el proceso mismo de producción, pero derivaba sus privilegios económicos de su confiscación del poder político a los productores directos, en el marco de las relaciones de la propiedad nacionalizada.

En tercer lugar, el régimen (**administration**) que presidía seguía siendo tipológicamente un **Estado obrero**, precisamente porque estas relaciones de propiedad —incluyendo la expropiación de los expropiadores llevada a cabo en 1917— persistían. La identidad y legitimidad de la burocracia como "casta" política dependía de su defensa de las mismas. Con ello, Trotsky rechazaba las dos caracterizaciones alternativas del estalinismo más extendidas entre el movimiento obrero en los años treinta (que habían surgido dentro de la II Internacional durante la misma guerra civil): las de que representaba una forma de "capitalismo de Estado" o de "colectivismo burocrático". La dictadura de hierro ejercida por el aparato policiaco y administrativo estalinista sobre el proletariado soviético no era incompatible con la preservación de la naturaleza proletaria del Estado mismo —no más de lo que las dictaduras absolutistas sobre la nobleza lo habían



sido con la preservación de la naturaleza del Estado feudal, o las dictaduras fascistas ejercidas sobre la burguesía lo eran con la preservación de la naturaleza capitalista del Estado. La URSS era de hecho un Estado obrero **degenerado**, pero, para empezar, nunca había existido en la Unión Soviética una dictadura del proletariado "pura" —conformable a una definición ideal de la misma.

En cuarto y último lugar, los marxistas debían adoptar una postura doble frente al Estado soviético. Por una parte, no había ya ninguna posibilidad de que el régimen estalinista se reformara a sí mismo o fuera reformado pacíficamente dentro de la URSS. Solamente se podía poner fin a su dominación por medio de un derrocamiento revolucionario desde abajo, destruyendo toda su maquinaria de privilegios y represión al tiempo que se dejaban intactas las relaciones de propiedad social que presidía $\frac{1}{4}$ si bien ahora dentro del contexto de una democracia proletaria. Por otra parte, el Estado soviético tenía que ser defendido **exteriormente** contra la constante amenaza de agresión o ataque por la burguesía mundial. Contra esta amenaza, la URSS —encarnando como lo hacía las conquistas anticapitalistas de Octubre— necesitaba la solidaridad decidida e incondicional de los socialistas revolucionarios en todo el mundo. "Toda tendencia política que diga adiós sin esperanza a la Unión Soviética, bajo el pretexto de su carácter no proletario, corre el riesgo de convertirse en un instrumento pasivo del imperialismo". (6).

Estas cuatro piedras angulares de la caracterización del estalinismo de Trotsky se mantuvieron estables hasta su asesinato. Fue sobre ellas que levantó el gran edificio de su estudio de la sociedad soviética bajo Stalin, el libro titulado **¿A dónde va Rusia?** (1936, engañosamente traducido como **La revolución traicionada**). En este trabajo, Trotsky presentaba una investigación panorámica de las estructuras económica, política, social y cultural de la URSS a mitad de los años treinta, combinando una amplia gama de materiales empíricos con una fundamentación teórica más profunda de su análisis del estalinismo. Ahora anclaba el fenómeno de la burocracia obrera represiva en su conjunto en la categoría de escasez (**nuzhda**), básica para el mantenimiento histórico desde su formulación por Marx en **La ideología alemana**. "La base de la dominación burocrática es la pobreza de la sociedad en objetos de consumo, con la resultante lucha de todos contra todos. Cuando hay bienes suficientes en un almacén, los compradores pueden acudir cuando quieran. Cuando hay pocos bienes, los compradores están obligados a guardar cola. Cuando las colas son muy largas, es necesario poner un policía para mantener el orden. Ese es el punto de arranque del poder de la burocracia soviética. Ella "sabe" quién va a conseguir algo y quién tiene que esperar" (7). En la medida en que prevalecía la escasez, era inevitable la contradicción entre las relaciones socializadas de producción y las normas burguesas de distribución: era esta contradicción la que fatalmente producía el poder coercitivo de la burocracia estalinista.

Trotsky pasaba entonces a explorar cada lado de la contradicción, afirmado y enfatizando la grandeza del desarrollo industrial soviético, por muy bárbaros que fueran los métodos empleados por la burocracia para conducirlo hacia delante, mientras exponía al mismo tiempo meticulosamente la vasta gama de

desigualdades económicas, culturales y sociales generadas por el estalinismo y ofrecía estimaciones estadísticas del tamaño y la distribución del estrato burocrático en la misma URSS (sobre un 12-15% de la población). Esta burocracia había traicionado la revolución mundial, aunque subjetivamente se sintiera todavía leal a ella; a pesar de eso, seguiría siendo un enemigo irreconciliable a los ojos de la burguesía mundial en tanto el capitalismo no fuese restaurado en Rusia. La **dinámica** de su régimen era igualmente contradictoria: por una parte, el mismo desarrollo que había promovido a mataballos dentro de la URSS estaba aumentando rápidamente el potencial económico y cultural de la clase obrera soviética, su capacidad de levantarse contra ella; mientras, por otra parte, su propio parasitismo era cada vez más un impedimento para un ulterior progreso industrial. Por muy espectaculares que fueran los logros de los planes quinquenales, advertía Trotsky, todavía dejaban la productividad del trabajo muy por detrás de la del capitalismo occidental, en un desfase que nunca se vería cerrado hasta que se lograra dar pasos hacia el crecimiento **cualitativo**, precisamente lo que bloqueaba la mala gestión burocrática. "El papel progresivo de la burocracia soviética coincide con el período dedicado a introducir en la Unión Soviética los elementos más importantes de la técnica capitalista. El trabajo burdo de tomar prestado, imitar, trasplantar e injertar ha sido llevado a cabo sobre las bases puestas por la revolución. Hasta ahí, no se planteaba una sola palabra nueva en la esfera de la técnica, la ciencia o el arte. Es posible construir factorías gigantescas de acuerdo con un patrón preparado por la dirección burocrática —aunque, con toda seguridad, al triple del costo normal. Pero cuanto más lejos se llega, más se adentra la economía en los problemas de la calidad, que se escurre como una sombra de las manos de la burocracia. Los productos soviéticos están como marcados con la etiqueta gris de la indiferencia. Bajo una economía nacionalizada, la **calidad** exige una democracia de los productores y los consumidores, libertad de crítica e iniciativa" (8).

La superioridad tecnológica permanecería del lado del imperialismo en tanto persistiera el estalinismo, y le aseguraría la victoria en cualquier guerra con la URSS, a menos que estallase una revolución en occidente. La tarea de los socialistas soviéticos era, en primer lugar, llevar a cabo una revolución **política** contra la burocracia atrincherada, revolución cuya relación con la revolución socio-económica de 1917 sería la misma que la del cambio de poder de 1830 o 1848 con el levantamiento de 1789 en Francia, en el ciclo de las revoluciones burguesas.

En los últimos dos años de su vida, cuando empezaba la Segunda Guerra Mundial, Trotsky reiteró sus perspectivas básicas en una serie de concluyentes polémicas con Rizzi, Burnham, Schachtman y otros proponentes del concepto de "colectivismo burocrático". La clase obrera no era en modo alguno congénitamente incapaz de establecer su propio poder soberano sobre la sociedad. La URSS —"el país más transitorio en una época de transición"— permanecía entre el capitalismo y el socialismo, paralizada por un feroz régimen policiaco que, a pesar de todo, todavía defendía a su manera la dictadura del proletariado. Pero la experiencia soviética era una "refracción excepcional" de las leyes generales de la transición

del capitalismo al socialismo en un país atrasado rodeado por el imperialismo, y no un tipo modal. El papel contradictorio del estalinismo en el interior y en el exterior había sido confirmado por los más recientes episodios: su sabotaje contrarrevolucionario de la revolución española (más allá de su control) contrastada con su abolición revolucionaria de la propiedad privada en las regiones fronterizas de Polonia y Finlandia incorporadas así a la URSS. El deber de los marxistas de defender a la Unión Soviética contra el ataque capitalista permanecía intacto. La desilusión y la fatiga no eran excusas para renunciar a las perspectivas clásicas del materialismo histórico. "En la escala de la historia, cuando están en cuestión los más profundos cambios en los sistemas económico y cultural, veinticinco años pesan menos que una hora en la vida de un hombre. ¿De qué vale un individuo que, debido a fallos empíricos a lo largo de una hora o de un día, renuncia al objetivo que se había puesto a sí mismo sobre la base de la experiencia y el análisis de toda su vida anterior?" (9).

Transcurridos otros cuarenta años, todavía se trata tan sólo de unas pocas horas en ese tiempo vital. ¿Son estas horas —que subjetivamente parecen tan largas— motivo suficiente para cuestionar los juicios básicos de Trotsky? ¿Cómo deberíamos valorar el legado de su perspectiva general del estalinismo?

Puede decirse que el mérito de la interpretación de Trotsky es triple. En primer lugar, proporciona una teoría del fenómeno estalinista en el marco de una larga temporalidad histórica, en congruencia con las categorías fundamentales del marxismo clásico. En todo momento de su descripción de la naturaleza de la burocracia soviética, Trotsky trata de situarla en la lógica de los sucesivos modos de producción y las transiciones entre ellos, con sus correspondientes poderes de clase y regímenes políticos, lógica que ha heredado de Marx, Engels y Lenin. De ahí su insistencia en que la óptima adecuada para definir la relación de la burocracia con la clase obrera eran las relaciones antecedentes y análogas entre el absolutismo y la aristocracia, el fascismo y la burguesía, al igual que los precedentes relevantes de su futuro derrocamiento serían levantamientos políticos como los de 1830 o 1848, antes que un nuevo 1789. Gracias a que supo pensar el surgimiento y consolidación de Stalin en una extensión temporal histórica con dimensiones de época, evitó las explicaciones periodísticas apresuradas y la confección improvisada de nuevas clases o modos de producción, no previstos por el materialismo histórico, que marcaron la reacción de muchos de sus contemporáneos.

En segundo lugar, la riqueza sociológica y la penetración de su investigación en la URSS bajo Stalin no tuvieron parangón en la literatura de la izquierda sobre el tema. ¿A dónde va Rusia? sigue siendo hoy una pieza maestra, al lado de la cual toda la colección de artículos de Schachtman o Kautsky, los libros de Burnham, Rizzi o Cliff, resultan sorprendentemente pobres y coyunturales. Los mayores avances en el análisis empírico detallado de la URSS después de Trotsky han venido en gran medida de investigadores profesionales que trabajaban en instituciones soviéticas después de la Segunda Guerra Mundial: Nove, Rigby, Carr, Davies, Hough, Lane y otros. En lo esencial, sus hallazgos han desarrollado, en vez de haberla contradicho, la des-

cripción de Trotsky, proporcionándonos un conocimiento mucho mayor de las estructuras internas de la economía y la burocracia soviéticas, pero sin una teoría integrada de las mismas con la legada por Trotsky.

En tercer lugar, la interpretación del estalinismo de Trotsky era de destacar por su equilibrio político: su rechazo tanto de la adulación como de la conminación, en favor de una sobria estimación de la naturaleza contradictoria y la dinámica del régimen burocrático en la URSS. En vida de Trotsky, era la segunda actitud la que resultaba inhabitual entre la izquierda, en medio del intoxicado entusiasmo, no sólo de los partidos comunistas sino de muchos otros observadores, por el orden estalinista en Rusia. Hoy es la primera la que resulta más inusual, en medio de la denuncia apopléctica no solamente por parte de tantos observadores en la izquierda, sino incluso dentro de ciertos partidos comunistas, de la experiencia soviética como tal. Existen pocas dudas de que fue la firme insistencia de Trotsky —tan pasada de moda en los últimos años, incluso entre muchos de sus mismos seguidores— en que la URSS era en últimas instancia un Estado obrero lo que constituyó la clave de este equilibrio. Aquellos que rechazaron esta clasificación por las nociones de "capitalismo de Estado" o "colectivismo burocrático" se encontraron invariablemente con la dificultad de definir una actitud política hacia la entidad que así habían categorizado. Porque, si algo era evidente respecto del "capitalismo de Estado" o el "colectivismo burocrático" en Rusia, era que le faltaba cualquier vestigio de las libertades democráticas que podían encontrarse en el "capitalismo privado" occidental. ¿No deberían los socialistas, entonces, apoyar a este último en un conflicto entre los dos, en la medida en que era el mal menor —por ser "no totalitario"? La lógica de estas interpretaciones, en otras palabras, tendría siempre en última instancia (aunque con excepciones individuales, menos consistentes) a desplazar a sus adherentes hacia la derecha. Kautsky, padre tanto del "capitalismo de Estado" como del "colectivismo burocrático" al principio de los años veinte, es emblemático en esta trayectoria; Schachtman terminó su carrera aplaudiendo la guerra de los Estados Unidos contra Vietnam en los años sesenta. La contrastante solidez y disciplina de la interpretación del estalinismo de Trotsky no ha hecho sino adquirir un relieve retrospectivo a partir de los intentos de repensar el estalinismo que la siguieron.

Al mismo tiempo, como todos los juicios históricos, la teorización del estalinismo por Trotsky iba a revelar ciertos límites después de su muerte, ¿cuáles fueron éstos? Paradójicamente, conciernen menos a su balance interno que a su hoja de servicios externa. En el ámbito doméstico, el diagnóstico de Trotsky sobre el motor y el freno del desarrollo económico ruso en tanto que persistiera el poder burocrático ha demostrado ser extraordinariamente preciso. En las cuatro décadas posteriores a su muerte iba a registrarse un enorme progreso material en la Unión Soviética, pero la productividad del trabajo se ha revelado cada vez más como el talón de Aquiles de la economía, tal como él lo predijo. A medida que la época del crecimiento extensivo ha llegado a su fin, la planificación autoritaria supercentralizada se ha mostrado crecientemente incapaz de llevar a cabo una transición al crecimiento cualitativo, intensivo: una desaceleración que, si no

es resuelta, amenaza al régimen con una crisis entrópica. La durabilidad de la propia burocracia soviética, que ha sobrevivido en mucho a Stalin, ha sido, por supuesto, mayor de lo que Trotsky imaginó en algunos de sus escritos coyunturales, aunque no se trate de una "longevidad" real en los términos del tiempo histórico del que hablaba al final de su vida. Parte de la razón de esta persistencia probablemente haya sido la auténtica promoción social de sectores de la clase obrera a través de los canales del propio régimen burocrático —el reclutamiento proletario de muchos de cuyos cuadros ha sido a menudo subrayado por investigadores posteriores (Nove, Rigby). Otra parte, por supuesto, ha residido en la atomización política y el aturdimiento cultural de la clase obrera enormemente aumentada que surgió durante los años treinta —su carencia de cualquier memoria pre-estalinista—, que Trotsky subestimó. Pero, en general, el retrato de la sociedad rusa que dibujó hace casi medio siglo sigue siendo hoy impresionantemente preciso y actual.

En el exterior, sin embargo, el diagnóstico sobre el estalinismo de Trotsky ha mostrado ser más falible. En primer lugar, se equivocó al calificar el papel exterior de la burocracia soviética como simple y unilateralmente "contrarrevolucionario", cuando, en realidad, se iba a mostrar tan profundamente contradictoria en sus acciones y efectos en el exterior como lo era en el interior. En segundo lugar, se equivocó al pensar que el estalinismo representaba meramente una refracción "excepcional" o "aberrante" de las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo que quedaría confinada a la sola Rusia. Las estructuras del poder y la movilización burocráticas estrenadas bajo Stalin han mostrado ser un fenómeno a la vez más dinámico y más general en el plano internacional de lo que Trotsky nunca imaginó. Trotsky acabó su vida prediciendo que, a menos que estallase la revolución en occidente, la URSS sería derrotada en una guerra con el imperialismo. De hecho, a pesar de todos los criminales errores garrafales de Stalin, el Ejército Rojo rechazó a la Wehrmacht y marchó victoriosamente sobre Berlín sin ninguna ayuda de la revolución occidental. El fascismo europeo fue destruido esencialmente por la Unión Soviética (242 divisiones alemanas desplegadas en el frente del Este contra la irrisoria cifra de 22 en el primer frente del Oeste de Italia). El capitalismo fue abolido de la mitad del continente por un fiat burocrático desde arriba —la ampliación de las operaciones polaca y finlandesa hasta el Elba. A partir de entonces, la amenaza permanente del "campo socialista" actuó como el acelerador decisivo de la desconolización burguesa en África y Asia en la época de postguerra. Sin el Segundo Mundo de los años cuarenta y cincuenta, no habría habido Tercer Mundo en los sesenta. Las dos grandes formas de progreso histórico dentro del capitalismo mundial en los últimos cincuenta años —la derrota del fascismo, el final del colonialismo—, pues, han dependido directamente de la presencia y del papel desempeñado por la URSS en la política internacional. En este sentido, se podría argumentar que, paradójicamente, puede que las clases explotadas fuera de la Unión Soviética se hayan beneficiado más directamente de su existencia que la propia clase obrera de la Unión Soviética —esto es: que a escala histórico-mundial, los costes decisivos del estalinismo hayan sido internos y los beneficios externos. Incluso la nueva prosperidad consumidora de las

clases obreras occidentales, el otro gran avance del capitalismo de la postguerra, ha debido mucho (no todo) a las economías de guerra keynesianas creadas para hacer frente al desafío soviético en la Guerra Fría. A pesar de todo, estos efectos, por supuesto, han sido procesos en gran medida objetivos e involuntarios, antes que el producto de intenciones conscientes de la burocracia soviética (incluso la destrucción del fascismo, que, ciertamente, no formaba parte de los planes de Stalin en 1940). Pero testifican, a pesar de ello, la lógica contradictoria de un "Estado obrero degenerado" —colosalmente distorsionado, pero a pesar de ello todavía persistentemente anticapitalista—, que Trotsky dejaba erróneamente en suspenso a los puestos fronterizos soviéticos. A finales de los años sesenta, la URSS había alcanzado incluso algo parecido a la paridad estratégica con el imperialismo que él había creído imposible bajo la dominación burocrática, y con ello se mostró capaz de una creciente ayuda económica y militar vital para las revoluciones socialistas y los movimientos de liberación nacional en el exterior —asegurando la supervivencia de la revolución cubana, permitiendo la victoria de la revolución vietnamita, salvaguardando la existencia de la revolución angoleña. Pero semejantes acciones conscientes y deliberadas —en oposición diametral a las opciones de Stalin en España, Yugoslavia o Grecia— eran precisamente las que Trotsky había descartado para la Unión Soviética, cuando afirmó que, más allá de sus propias fronteras, era una fuerza inequívoca y ubicamente contrarrevolucionaria.

La segunda refutación de la interpretación de Trotsky fue más radical. Para él, el estalinismo era esencialmente un aparato burocrático erigido sobre una clase obrera quebrantada, en nombre del mito "nacional-reformista" del socialismo en un solo país. A partir de 1933, juzgó a los partidos extranjeros de la Komintern como simples instrumentos subordinados del PCUS, incapaces de hacer una revolución socialista en sus propios países porque hacerlo sería actuar contra las directrices de Stalin. Lo máximo que estaba dispuesto a conceder era que —en casos absolutamente excepcionales— las masas insurgentes pudieran forzar a tales partidos a tomar el poder contra su propia voluntad. Al mismo tiempo, miraba sobre todo hacia el occidente industrializado como teatro para un avance socialista exitoso, inspirado por partidos antiestalinistas, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, como sabemos, la historia tomó otra dirección. La revolución se expandió, pero a las regiones atrasadas de Asia y Los Balcanes. Más aún, estas revoluciones fueron uniformemente organizadas y dirigidas por partidos comunistas locales que profesaban lealtad a Stalin —el chino, el vietnamita, el yugoslavo, el albanés— y estaban modelados en su estructura interna siguiendo al PCUS. Lejos de ser pasivamente empujados por las masas de sus países, estos partidos movilizaron activamente y dirigieron verticalmente a las masas en su asalto al poder. Los estados que crearon iban a ser manifiestamente cognatos (no idénticos, sino afines) con la URSS en su sistema político básico. El estalinismo, en otras palabras, mostró no ser simplemente un aparato, sino un movimiento: un movimiento no solamente capaz de mantener el poder en un entorno atrasado dominado por la escasez (la URSS), sino de ganar de hecho el poder en entornos todavía más atrasados e indigentes (China, Vietnam) —de expropiar a la

burguesía y comenzar el lento trabajo de la construcción socialista, incluso contra la voluntad del mismo Stalin. Con ello, una de las ecuaciones de la interpretación de Trotsky se mostró indudablemente errónea. El estalinismo, como fenómeno amplio — a saber, un Estado obrero dominado por un estrato burocrático autoritario — no representaba meramente la degeneración de un anterior Estado de (relativa) gracia de clase: también podía ser una generación espontánea producida por fuerzas de clase revolucionarias en sociedades muy atrasadas, sin ninguna tradición de democracia ni burguesa ni proletaria. Esta posibilidad — cuya realización iba a transformar el mapa del mundo después de 1945 — nunca fue contemplada por Trotsky.

En estos dos aspectos críticos, por consiguiente, encontró sus límites la interpretación del estalinismo por Trotsky. Pero siguen estando en consonancia con su énfasis temático central: la naturaleza contradictoria del estalinismo, hostil a la vez a la propiedad capitalista y a la libertad proletaria. Irónicamente, su error se redujo a pensar que esta contradicción podía ser confinada a la misma URSS, cuando el *estalinismo en un solo país* iba a mostrar ser una contradicción en los términos. Al señalar aquí las vías por las que el estalinismo ha continuado actuando como un "factor revolucionario internacional", no debería ser necesario recordar al mismo tiempo aquellas por las que también ha continuado actuando como un factor reaccionario internacional. Cada ganancia impredecible ha tenido un precio incalculable. La multiplicación de los estados obreros burocratizados, cada uno con su propio y sagrado egoísmo nacional, ha conducido inexorablemente a conflictos económicos, políticos y ahora incluso armados entre ellos. El escudo militar que puede extender la URSS a las revoluciones socialistas o las fuerzas de liberación nacional en el Tercer Mundo también incrementa objetivamente el peligro de guerra nuclear global. La abolición del capitalismo en

Europa del Este ha desatado las furias del nacionalismo contra Rusia, quien a su vez ha respondido a las aspiraciones populares en la región co la más puramente reaccionaria serie de intervenciones exteriores, represivas y regresivas, de la burocracia soviética en cualquier lugar del mundo. Sobre todo, sin embargo, mientras el modelo estalinista básico de transición más allá del capitalismo ha podido propagarse con éxito a través de las zonas atrasadas de Eurasia, su misma extensión geográfica y prolongación en el tiempo — completada con la repetición de demencialidades como la *Yejovchina* en la "Revolución Cultural" y la "Kampuchea Democrática" — han empañado profundamente la idea misma del socialismo en el occidente avanzado; su negación absoluta de la democracia proletaria ha inhibido a la clase obrera de un asalto al capitalismo en el marco de la democracia burguesa, fortaleciendo así decisivamente los bastiones del imperalismo en las postrimerías del siglo XX. *Rien ne se perd**, ay. Todavía tenemos que ajustar cuentas con la inmensa madeja de consecuencias y conexiones internacionales, progresivas y regresivas, revolucionarias y contrarrevolucionarias, que siguieron al destino acontecido a la Revolución de Octubre, que dio origen al fenómeno que todavía hoy llamamos estalinismo.

Notas

- (1) *The New Course, Ann Arbor, 1965. p. 45.*
- (2) *Loc. cit.*
- (3) *Ibid., p. 22.*
- (4) *Ibid., P. 24.*
- (5) *The Class Nature of the Soviet State, Londres, 1968. p. 4.*
- (6) *Ibid. p. 32.*
- (7) *The Revolution Betrayed, Nueva York, 1945. p. 112.*
- (8) *Ibid. p. 276.*
- (9) *In Defense of Marxism, Nueva York, 1965. p. 15.*

* *Nada ha sido en vano.*



Avances e interrogantes del Congreso del Partit dels Comunistes de Catalunya

Los días 9, 10, 11 y 12 de abril se reunió en Barcelona el Congreso del sector crítico del PSUC — también conocido por PSUC(Comunista)—. Celebrado pocos días después del Congreso del PSUC "oficial" o "eurocomunista", supone la culminación de un proceso de diferenciación política que se expresó por primera vez públicamente durante el V Congreso del PSUC cuando una mayoría de delegados votó suprimir la referencia al eurocomunismo en las tesis políticas.

F. Cruells

EN 1977 el PSUC era un partido en pleno ascenso: obtuvo el 18,2% de los votos de Catalunya en las elecciones generales de junio y en el momento del IV Congreso (noviembre de 1977) contaba con 40.000 militantes. En el V Congreso (enero de 1981) los militantes no superaban los 18.000 y, justo antes de la ruptura entre el PSUC "oficial" y el "comunista" (el actual PCC), el número

de militantes oscilaba entre 13.000 y 14.000. Los 926 delegados del Congreso del PCC representaban a cerca de 7.500 afiliados, que parecen ser sensiblemente superiores a los representados en el Congreso del PSUC eurocomunista. Sin embargo, resulta más significativa una comparación entre la composición sociológica de los delegados a los dos Congresos:

Composición sociológica de los delegados a los congresos del PSUC y PCC

EDAD	LUGAR DE NACIMIENTO		PROFESION		INGRESO AL PARTIDO		NIVEL DE ESTUDIOS			
	PSUC	PCC	PSUC	PCC	PSUC	PCC	PSUC	PCC		
Hasta 26	0,7	1,6	Catalunya	56,3 31,4	Obreros	22,7 44,3	Antes del 40	4,8 5,18	Ninguno	2,9 0,86
De 21 a 25	8,2	9,4	Andalucía	20,1 35,4	Empleados	29,1 12,6	Del 40-49	1 1,5	Elemental	34 52,5
De 26 a 35	46,1	38	Aragón	2,5 1,83	Tec. y Prof.	23,6 9,2	Del 50-59	3,4 3,13	E. Media	24,1 16
De 36 a 45	22,5	25	Castilla	5,9 8,85	Estudiantes	2,2 2,16	Del 60-69	12,1 11,3	Univers.	22,7 8,5
De 46 a 55	9,3	14,4	Extrem.	4,6 10,04	Payeses	2 0,65	Del 70-74	19,1 15,7	F. Profes.	9,5 3,13
De 56 a 65	7,1	6,2	Galicia	0,6 1,83	Autónom.	5,4 3,6	En el 75	10,1 8,5		
Más de 65	2,3	3,5	Illes		Comercian.	1 1,5	En el 76	14,1 13,9		
			Murcia	1,6 3,45	Empresar.	0,2 0,3	En el 77	6,8 15,6		
			P. Valenciana	2,1 0,97	Funcionar.	2,9 1,94	En el 78	11,5 6,16		
			Resto mundo	1,2 1,61	Jub. y pens.	4 6,5	En el 79	5,6 4,6		
					En paro	6,4 8,1	En el 80	3,9 3,7		
					Mujer.-casa	2 2,4	En el 81	2,6 6,37		
									SEXO	
										PSUC PCC
									Hombres	86,2 87,6
									Mujeres	13,8 12,3

El PCC aparece como un partido mayoritariamente obrero, mientras que en el PSUC los delegados obreros son menos numerosos que los empleados a los técnicos y profesionales. El nivel de estudios confirma la división anterior. Por otro lado, el peso de la inmigración es muy fuerte en el PCC (hay más delegados nacidos en Andalucía que en Catalunya), aunque el 47% de los delegados sabían hablar catalán y el 74% lo entendían. La proporción de mujeres y, especialmente, de jóvenes es bastante baja y parecida en los dos partidos; la media de edad de los dos se sitúa entre los 36 y los 37 años.

Al analizar el Congreso del PCC debemos hacerlo como expresión de la radicalización del sector más importante de la vanguardia obrera de Catalunya, que ha tenido como referencias más importantes: el balance negativo de la política de pactos y consenso practicada por la izquierda parlamentaria —y en particular por el PSUC y el PCE— durante la transición; la necesidad de impulsar una política de resistencia basada en la movilización de masas; la voluntad de afirmar una alternativa comunista e internacionalista. El hecho que esta radicalización se produzca en un contexto caracterizado por una situación defensiva del movimiento de masas frente a la ofensiva de la derecha y que, en consecuencia, la atención de los revolucionarios tienda a centrarse en los problemas tácticos de organización de la resistencia, puede explicar que haya sido en este terreno y en el balance de la transición donde se hayan producido los principales avances del Congreso del PCC que, en cambio, ha entrado poco en el cuestionamiento de los elementos estratégicos y programáticos del eurocomunismo. Por otra par-

te, el crecimiento de la agresividad imperialista, de los riesgos de guerra, la ruptura de la distensión con la URSS y el renacimiento de un cierto clima de guerra fría, han contribuido también a que la voluntad internacionalista se enmarque en un cierto "campismo" (en la defensa de un bloque frente a otro), que tiñe de "prosovietismo" las posiciones internacionales del PCC. El que el documento básico de discusión fuera las Tesis del V Congreso, que se trataba de defender, ratificar y precisar frente al ataque que habían recibido por parte de los eurocomunistas, tampoco ha favorecido un proceso congresual caracterizado por las nuevas elaboraciones, sino más bien por la reafirmación: el tipo de enmiendas y la casi unanimidad de las votaciones eran una expresión de esto.

Después de estas consideraciones debemos entrar ya en el análisis de las posiciones políticas que ha cristalizado el Congreso del PCC, con la limitación de no disponer todavía de los documentos escritos definitivos, sino sólo de los documentos preparatorios y de las conclusiones orales, que no introdujeron modificaciones importantes en la gran mayoría de puntos.

El balance de la transición y la organización de la resistencia

Las tesis intentan dar una respuesta al hecho de que no se produjera la ruptura democrática, sino una reforma controlada y hegemonizada por la derecha, y citan una serie de razones: el proceso de acumulación capitalista de los años

60, el contexto internacional, la división de la izquierda, la ruptura de la oposición antifranquista y la "falta de una dirección política que mantuviera con fuerza y claridad el programa de la ruptura". Se criticó que "el gobierno provisional y el programa conjunto fueron sustituidos por el consenso y el pacto", y la ponencia aceptó una enmienda en el sentido de que los errores se remontaban a la política de reconciliación nacional y del pacto por la libertad.

Sin embargo, hay dos terrenos importantes en los que se sigue reivindicando la necesidad del consenso: la política de unitat catalana durante la Generalitat provisional y la elaboración de la Constitución. Así, por ejemplo, se mantiene la redacción de la página 28 de las tesis, que dice: "La Generalitat provisional ha mantenido la unidad de las fuerzas democráticas catalanas y ha sido una experiencia limitada pero importante de participación de los comunistas en un gobierno de unidad. Gracias a esta unidad, Catalunya ha podido librar en mejores condiciones el combate por el Estatuto...". O bien, en la página 22: "Nuestra política de concentración, necesaria para iniciar la construcción del edificio democrático, ha tenido pues, falta de transparencia y no ha sido explicada desde el único punto de vista que podía ser entendida: el de la necesidad de llegar a unos acuerdos concretos en torno a la Constitución...".

En cuanto al Pacto de la Moncloa, el Congreso ha sido contundente al aceptar una enmienda en el sentido de que el error había sido firmar este pacto —y no solamente no movilizar para exigir las contrapartidas y no descolgarse cuando era evidente que éstas no se cumplían (tal como se planteaba inicialmente en las tesis)—.

Frente a la **ofensiva de la derecha** el PCC se pronuncia por una política de resistencia y movilización. Así, en el terreno internacional, se define por la continuación de la lucha contra la entrada en la OTAN y la presencia de bases americanas, así como por la solidaridad activa con los pueblos de El Salvador, Guatemala, etc.

En el terreno sindical el PCC se ha pronunciado claramente contra el ANE, así como contra "la posible realización de un acuerdo a cuatro años... que perpetuaría un Pacto Social claramente desfavorable para los trabajadores; se han eliminado de las tesis del V Congreso las recomendaciones contra las huelgas indefinidas y, en el Informe político, se advierte contra el peligro de ahogar las reivindicaciones populares, so pretexto de no crear problemas a los ayuntamientos democráticos. Sin embargo al PCC, ha declarado Joan Ramos, "no se le debe identificar como un partido antipactos. Lo que ocurre es que no estamos por cualquier pacto... antes de llegar a ningún pacto con la patronal y con el Gobierno, el movimiento obrero y popular ha de retomar la iniciativa". En esta línea de distinguir el pacto social de un buen pacto, el Informe político, en su página 12, señala: "el Partido apoyó desde un principio las negociaciones tripartitas (centrales sindicales, patronal, Generalitat) en la vía de encontrar soluciones, aunque fueran parciales, al problema del paro, así como elaboró un plan global de medidas contra éste... La respuesta a tales iniciativas ha sido un rosario de planes Rigol que tanto por la filosofía como por sus contenidos, globalmente han sido inaceptables". Y las tesis siguen insistiendo en que "los trabajadores pueden aceptar compromisos que representen renuncias a algunas de sus reivindicaciones, a cambio de transformaciones sociales y económicas y de garantizar un control por parte de sus representantes, que asegure que estas transformaciones se lleven a cabo". ¿Cual puede ser este compromiso aceptable, este buen pacto? ¿Existe realmente o se trata de una supervivencia de la vieja filosofía de los Pactos de la Moncloa? En la respuesta a estas preguntas nos parece que el Congreso ha estado por detrás de documentos anteriores, como el de Barcelona, que se situaban claramente en contra de cualquier planteamiento de "corresponsabilidad en la crisis", de "salidas negociadas" o "progresistas" y que, en este sentido, planteaban la discusión urgente del Plan de Solidaridad Nacional, para "enmarcarlo en una dinámica de Alternativa de clase y no de salida negociada "nacional" (o sea de alianza de clase o interclasista)". Las reflexiones de J.A. Moral Santín —militante del PCE y uno de los portavoces del Manifiesto de los 200— en *Comunismo* n.º 7, constituyen una aportación interesante al debate y sitúan bien el dilema: "La resolución

de la crisis sólo puede producirse en base a criterios capitalistas o anticapitalistas".

El Congreso se ha pronunciado por combatir el **desarrollo constitucional claramente reaccionario**, que se produce a través de leyes como el Estatuto de los Trabajadores, la de Regulación de la huelga, la Antiterrorista, la LAU, etc. También contra la LOAPA y demás leyes armonizadoras que "representan una concepción al involucionismo"; la lucha por las libertades nacionales de Catalunya se concibe dentro de la siguiente orientación: "Todavía podemos decir que en sus bases consustanciales hay que desarrollar el Estatut. Pero el problema hoy, en la actual situación, no está tanto en cargar el acento en el desarrollo estatutario... sino empezar a preocuparse fundamentalmente por los contenidos..." (Informe político, pág. 11).

Este mismo documento, después de analizar los mecanismos del **golpe del 23-F**, preconiza: "la desarticulación de las bandas fascistas, el castigo con todo el peso de la ley de los golpistas, como punto de partida en la necesaria democratización de los aparatos de Estado, y una política y medidas concretas tendentes a lograr una nueva cultura dentro de las fuerzas armadas, que posibilite su acercamiento al pueblo y las instituciones democráticas". Estas últimas frases, parecen encerrar la ilusión de conseguir unas FAS comprometidas a fondo con la democracia (al estilo de lo que declaraba Allende en Chile).

Esta ambigüedad pesa negativamente en la organización de la resistencia cuando se trata el fenómeno del **terrorismo**. En efecto, aunque las tesis se han corregido en el sentido de poner más énfasis en el terrorismo fascista y se han suprimido las referencias iniciales a que el terrorismo de ETA ya no tiene sentido, se defiende que hay que erradicar el terrorismo con una combinación de medidas políticas y policiales y que, en este sentido, "los aparatos del Estado encargados de reprimir el terrorismo han de ser convenientemente dotados, pero que esto es inseparable de una acción decidida y rápida contra los residuos del franquismo en estos aparatos y contra todos los elementos antidemocráticos" (pág. 24). El problema se agrava cuando, en el siguiente párrafo se afirma: "Por eso, los comunistas consideramos que no sólo corresponde al Estado combatir el terrorismo... la movilización de masas contra el terrorismo da a los trabajadores la iniciativa en este terreno y arranca el monopolio de la defensa de la paz y el orden democrático al Estado capitalista y a los partidos de derecha". En realidad, este es un punto de vista clásico de los **eurocomunistas**, que tienden a convertir al movimiento de masas en ayudante del Estado burgués (de sus FAS plagadas de golpistas) en la represión contra ETA, que es expresión de la lucha contra la opresión nacional de un sector muy importante del pueblo vasco. Y esta política, junto a la negativa del derecho a la separación (o su aplazamiento indefinido), ha impedido la hegemonía de la clase obrera en la resistencia unitaria contra la ofensiva de la derecha y el golpismo, en una nacionalidad tan decisiva como Euskadi.

Por último el PCC entiende que se debe desarrollar la resistencia con "una política de unidad de acción de la izquierda, para una política de izquierda". Las líneas de avance de esta política se sitúan en: "el trabajo en una línea de "resistencia frente a la crisis", como muy bien situábamos en el V Congreso, en una transformación democrática del Estado, en una transformación de la estructura económica capaz de resolver los problemas más inmediatos, en una reconstrucción nacional de Catalunya que recoja el principio del derecho a la autodeterminación".

La vía democrática al socialismo

La reconstrucción nacional de Catalunya jugaba un papel importante en el V Congreso del PSUC y lo sigue jugando en el del PCC —que le ha añadido el adjetivo "popular", aunque ha modificado muy poco el contenido— en la medida que define la política a medio plazo del partido y constituye el eslabón intermedio entre las tareas inmediatas de resistencia y la vía democrática al socialismo —término que ha sustituido a los de "revolución de la mayoría" o "socialismo en libertad", que se consideran propios del euroco-

munismo —. Entre ambos capítulos agrupan lo fundamental de las concepciones estratégicas del PCC.

Un resumen sintético de las posiciones del PCC es el siguiente. La contradicción fundamental de nuestra sociedad no se sitúa entre el proletariado y la burguesía, sino entre la oligarquía monopolista y la mayoría del pueblo. El proceso de marcha hacia el socialismo comporta "una etapa que en el IV Congreso y el V Congreso, definimos como etapa de democracia política y social. En esta fase se trata de establecer un poder democrático de todas las fuerzas antimonopolistas, incluida la pequeña y mediana burguesía" (Documento complementario, pág. 12). Se justifica pues una alianza interclasista para todo un periodo (que es la misma que antes se denominaba "bloque catalán de progreso") dentro de la cual las fuerzas interesadas en el socialismo se definen son los trabajadores manuales e intelectuales (en lugar de la clásica alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura). El elemento motor de esta alianza debe ser la unidad de la izquierda. "Un primer paso en este proceso es la política de "entesa" y catalanismo popular, de lucha unitaria y la línea de acuerdos programáticos concretos a nivel de gobierno autónomo y municipal" (Tesis, pág. 42). La alianza de fuerzas antimonopolistas se propone "acceder al gobierno y realizar una verdadera revolución política con el apoyo y la intervención activa del pueblo. Esta revolución política tiene como objetivo político conquistar el poder para la clase obrera y sus aliados, para la aplicación del programa de democracia política, económica y social para avanzar hacia el socialismo". **Los objetivos de esta democracia se definen de la siguiente manera:**

a) En el terreno económico se trata de la "liquidación de las bases económicas del capital monopolista y transformación democrática de la agricultura. Esto quiere decir, la nacionalización de la banca privada, las entidades financieras y las compañías de seguros, control de las Cajas de Ahorro, de las grandes empresas monopolistas, según un calendario gradual... Planificación democrática, desarrollo económico, basado en el sector público, como elemento motor, etc." (Doc. Complementario, pág. 13). Sin embargo, pese a que los capítulos destinados a la reconstrucción de Catalunya entan en medidas muy detalladas, hay una gran falta de precisiones acerca de las nacionalizaciones concretas que se proponen, del significado del "calendario gradual", de si se harán o no con indemnizaciones y de qué se entiende por la "participación de los trabajadores en la organización de las empresas" (¿se trata del control obrero o de la cogestión de empresas estatalizadas?). En cambio, sí queda claro que se contempla "la persistencia durante un largo periodo de la pequeña y mediana empresa privada y la necesidad de encontrar formas de articulación entre el sector público y la empresa privada no monopolista".

b) En el terreno político la democracia política y social significa: "La reforma del Estado. Esto quiere decir contemplar el derecho a la autodeterminación de Catalunya dentro de un estado federal y republicano. Un proceso de profundización de las libertades democráticas, así como la necesaria democratización de los aparatos de Estado... No obstante teniendo en cuenta la situación presente y en la medida que se garantiza constitucionalmente una democracia auténtica, prevalezca la soberanía del Parlamento, y no se obstaculice el avance hacia una democracia política y social, los comunistas respetaremos las formas de estado configuradas en la Constitución" (Doc. complementario, pág. 13). En los capítulos que tratan de la reconstrucción de Catalunya estas medidas se detallan más: un Parlament que protagonice la acción política, autonomía municipal basada en una ley elaborada por este Parlament, la potenciación de la comarca como parte imprescindible de un conjunto articulado de autonomías y "la participación ciudadana en todos los niveles de la Administración en lo que se refiere a la consulta, la información, la iniciativa, la gestión y el control de la actividad pública". Se preconiza también una consideración de neutralidad hacia la función pública, defendiendo los criterios de profesionalización ("la administración ha de prestar el mejor servicio técnico posible, sea quien sea quien gobierne"), objetividad en la estructuración y el acceso, eficacia y transparencia. En definitiva, se trata de un conjunto de medidas destinadas al perfeccionamiento del Estado democrático-burgués, sin que en ningún

momento aparezca un indicio de lo que podría significar una "ruptura revolucionaria" con éste, ni un "cambio en el contenido de clase", a no ser que esto último se reduzca al hecho de que un partido obrero acceda al gobierno. Por último, señalaremos la ambigüedad acerca de si el derecho de autodeterminación significa el tradicional derecho a la separación (negado por la actual Constitución) o bien una ampliación de las actuales autonomías hasta una estructura federal, en cuyo caso tendrían pleno sentido frases como la siguiente: "la edificación del Estado de las Autonomías es un objetivo fundamental para la recuperación de la identidad de cada pueblo, para la transformación democrática del Estado y para avanzar hacia la constitución de un sistema federal" (Tesis, pág. 39).

El PCC defiende una transición gradual al socialismo por medios democráticos y pacíficos. Esta es, sin duda, la orientación fundamental del Congreso, aunque existen una serie de consideraciones y matices que es necesario tener en cuenta. Se advierte contra una vía exclusivamente parlamentaria. Se constata también que la vía democrática no es una certeza sino una posibilidad "que los comunistas de Catalunya estamos dispuestos a trabajar a fondo". En un párrafo parece contemplarse incluso la posible necesidad de la violencia revolucionaria: "la violencia del proceso de ruptura revolucionaria dependerá y será responsabilidad exclusiva de la violencia ejercida por la oligarquía para oponerse a la voluntad de la mayoría". Sin embargo, no se deduce de ello ninguna tarea práctica para el movimiento y, en otro párrafo, se precisa que esta violencia sólo será institucional y a favor de las instituciones del Estado democrático, aunque deberá combinarse con la acción de masas: "las fuerzas del socialismo deben estar dispuestas a vencer estas resistencias, y a defender a través de la movilización de masas y con los instrumentos de fuerza del estado democrático el ordenamiento constitucional y la voluntad del pueblo democráticamente expresada. Los comunistas también creemos que, en los momentos en que peligre la democracia, los derechos sociales y políticos del pueblo o la soberanía nacional, es legítimo el recurso a la huelga general y la huelga nacional para detener las amenazas dirigidas contra el orden democrático y la voluntad del pueblo libremente expresada a través de las instituciones democráticas". (Tesis, pág. 48. El subrayado es nuestro).

Después de este repaso de las posiciones del PCC, nos parece claro que no existe una ruptura radical con las tesis estratégicas centrales del eurocomunismo. La definición de una fase antimonopolista se traduce, paradójicamente, en una ausencia de programa claro contra los monopolios, el cual debería incluir lógicamente su nacionalización completa, sin indemnización y con la producción sometida al control de delegados obreros. La afirmación de una alianza duradera entre el proletariado y el conjunto de la pequeña y mediana burguesía, corre el peligro de aguar el programa anticapitalista del proletariado y, paradójicamente, impedir la alianza con los sectores más explotados y oprimidos de la pequeña burguesía, dificultar la neutralidad de otros y envalentonar a los sectores claramente reaccionarios; porque este último sector de la pequeña y mediana burguesía se ha dado en todos los procesos revolucionarios (recordemos la experiencia chilena), en los cuales ha actuado como base de masas de la política de los grandes monopolios e, incluso, del fascismo. El problema está en si ante el inevitable boicot económico de la burguesía y la organización de la reacción, el gobierno de izquierda deba profundizar su ataque contra el capitalismo y el Estado burgués, apoyándose en la movilización y autoorganización de las masas o acentuar el carácter gradualista de su programa, con calendarios más dilatados, que se intentan justificar en la necesidad de mantener el apoyo de la pequeña y mediana burguesía y que conducen a la liquidación del ascenso revolucionario.

Una dinámica parecida se da en el terreno político. La burocracia del Estado y de la administración de justicia —o sea, los estratos superiores de la función pública— van a ser un factor fundamental en el entorpecimiento y el boicot a las medidas de un gobierno de izquierda, con lo cual la teoría de la neutralidad de la función pública es a la vez utópica y suicida. Por último está el papel de las institu-

ciones democráticas configuradas en la Constitución: ¿Cómo se piensa reconocer el derecho de autodeterminación, o sea, a la separación y a la constitución de un estado independiente? ¿Emprendiendo una larga y casi imposible reforma constitucional o mediante una consulta popular —por ejemplo— a la nacionalidad afectada? ¿Y la República federal, o sea, la supresión de la institución monárquica? ¿Y la depuración de las FAS, o sea, la depuración de todos los golpistas y fascistas? Si se quieren afrontar de verdad las reivindicaciones anteriores (que ponen en cuestión el régimen de la reforma y la Constitución) e imponer una salida a la crisis favorable a los trabajadores, hay que prepararse para hacer frente a una gran ofensiva de la reacción, que incluye enormes probabilidades de un golpe militar con mucha más unanimidad en el Ejército, muchísima más base social y más apoyo institucional que el 23-F.

En definitiva, que es prácticamente descartable la posibilidad de una evolución gradual y de una vía pacífica y hay que prepararse para organizar una movilización de masas capaz de imponer las reivindicaciones anteriores, frente a la resistencia encarnizada de la burguesía, de sectores decisivos de las FAS (o sea, de los "instrumentos de fuerza del Estado democrático") y de la burocracia del Estado, los cuales utilizarán todos los recursos que les ofrezcan tanto las instituciones —incluidas las representativas— como la Constitución que, al fin y al cabo, se elaboró para preservar el sistema y no para facilitar su liquidación. El recurso a la Huelga General no debe verse pues como algo excepcional, como un accidente de la evolución pacífica al socialismo, sino como un elemento fundamental en la movilización y organización de los trabajadores y en el proceso de apertura de una crisis revolucionaria que, frente al poder del viejo Estado burgués, levante un nuevo poder revolucionario, representativo de los trabajadores y de los explotados y oprimidos. En una situación de este tipo, que tiende a reproducirse en todos los procesos revolucionarios, todas las estrategias que apuestan por transformar el Estado burgués, derivan inevitablemente hacia una aniquilación del poder revolucionario; y a la inversa, afirmar éste, vuelve a plantear la necesidad de destruir el Estado burgués, tal como lo afirmaron Marx y Lenin.

No creemos que el conjunto de estas cuestiones constituya un debate libresco o sin repercusión en la situación actual. Del mismo modo que la línea de reconciliación nacional y el pacto por la libertad, influyeron negativamente en el movimiento mucho antes de consumarse la reforma, la orientación de los revolucionarios sobre la salida política a la actual situación, influye sobre las tareas que se fijan.

La lucha por la paz y contra el imperialismo

Una característica del Congreso del PCC ha sido tanto su preocupación por los temas internacionales, como la voluntad de situar los problemas nacionales en el contexto internacional. Dentro de la consideración de que la revolución socialista es la tendencia histórica fundamental de nuestra época, se analiza el momento presente caracterizado por la ofensiva imperialista, el rearme y los peligros de guerra que comporta, así como por la "ruptura de las tendencias a la distensión abiertas trabajosamente por la política de paz de los países socialistas". En esta situación la paz se configura como un objetivo fundamental del movimiento obrero, "un objetivo profundamente revolucionario e inseparable de la lucha por el socialismo". Se trata de "hacer retroceder a los partidarios de la guerra y de abrir la vía del desarme, para conjurar el riesgo de una hecatombe nuclear y dedicar los presupuestos militares a la puesta en marcha de programas urgentes de desarrollo económico y social. El V Congreso se manifestó con claridad por la desaparición simultánea y negociada de los bloques, sin equiparar la OTAN y el Pacto de Varsovia, una alianza militar agresiva y otra de carácter defensivo" (Doc. complementario, pág. 5). En vistas a este objetivo se propugna un "frente ant imperialista mundial, concebido como un frente de tres componentes: los pueblos de los países socialistas, las masas obreras y populares de los países capitalistas y los pueblos

del Tercer Mundo que luchan por su emancipación" (Tesis, pág. 18).

En el centro europeo se preconiza establecer unas relaciones constructivas con todos los sectores que "rechazan la sumisión a los bloques militares y quieren la construcción de una Europa independiente, no sometida a los imperativos de los grandes monopolios y del imperialismo". Se considera que "una Europa unida puede jugar un papel en el concierto internacional", aunque el Congreso no clarificó su posición respecto al ingreso de España en el Mercado Común, que seguirá siendo objeto de debate, si bien se explicita ya la oposición a la forma como se está desarrollando. Se propone también crear en el Mediterráneo una zona libre de armas nucleares y bases extranjeras. Para el Estado español, se mantiene la oposición a la entrada en la OTAN y el desmantelamiento de las bases e instalaciones militares norteamericanas, así como su incorporación al movimiento de los no alineados.

El lugar de los países socialistas en el frente anti imperialista, se justifica por dos tipos de razones: a) su papel en defensa de la paz y en apoyo a las luchas de liberación nacional; b) la contradicción de clase existente entre el sistema vigente en ellos y el imperialismo, debido a que en estos países se ha abolido la propiedad privada y se ha alcanzado una suma de conquistas históricas sin precedentes. Respecto a la primera razón se admiten "sombras", pero la mayor parte de ellas se cargan a la República Popular China y a los países de Indochina. En cuanto a la segunda razón, se está dispuesto a admitir errores en la construcción del socialismo. Sin embargo, es significativa la ya conocida posición sobre Polonia. Allí se reconocen los "errores de antiguos dirigentes del partido y del gobierno en la orientación económica", "la penetración en el POUY y en puestos claves del Estado de elementos oportunistas que han utilizado el poder en interés propio", que han existido "niveles importantes de burocratismo y corrupción", etc. Todo lo cual ha sido base para que Solidaridad tuviera motivos reales para impregnar de contenido sus reivindicaciones, pero en lugar de aceptar el cauce de renovación socialista que ofrecía el POUY, Solidaridad se convirtió en una especie de "plataforma política para cambiar el sistema existente". Lo cual ha hecho necesario el Consejo militar de salvación nacional, cuya intervención se desea transitoria a fin de que la solución de la crisis pase por el diálogo nacional. Sin embargo, a pesar de las sombras y de los errores, se considera que los gobiernos de la URSS y de los países del Este están construyendo el socialismo y son representativos de la clase obrera, y que los partidos comunistas son la vanguardia política de la clase obrera a nivel internacional, con los que el PCC propugna una colaboración política, sin perder la propia independencia.

Ya hemos destacado anteriormente el papel positivo de las posiciones del PCC en luchas actuales como contra la OTAN, la solidaridad con El Salvador, etc. Existen en cambio otra serie de temas, sobre los que el movimiento por la paz —especialmente en Europa— está discutiendo ya o incluso ha traducido en consignas de movilización, que merecen una clarificación. Para ello debemos plantear una cuestión básica. Decir que la lucha por la paz es inseparable de la lucha por el socialismo no es suficiente. Hay que ser más precisos: ¿Puede haber verdadera paz sin desarmar al imperialismo, derrocándolo en sus bastiones principales? ¿Sin que en estos bastiones el proletariado destruya el Estado burgués y el Ejército imperialista, quitándoles toda posibilidad de utilizar el arma nuclear? Nosotros creemos que no. Y, en este sentido, la lucha por la paz está íntimamente ligada a las cuestiones que planteábamos en el capítulo sobre la vía democrática al socialismo.

En consonancia con la anterior los revolucionarios de los países imperialistas debemos exigir el desarme nuclear unilateral (en nuestro caso la negativa a que se instalen armas nucleares) y la salida de la OTAN (en nuestro caso la no entrada) sin condicionarlo y sin esperar a que el otro bloque haga lo mismo y se disuelva también el Pacto de Varsovia. Pero precisamente porque el objetivo del movimiento obrero debe ser evitar una guerra nuclear y no hacerse ilusiones sobre la "coexistencia pacífica" o las "posibilidades de victoria" en una confrontación de este ti-

po, es importante avanzar iniciativas de desarme que sean compatibles con la capacidad de autodefensa de los Estados obreros. En este sentido la propuesta del PCC de un Mediterráneo desnuclearizado, necesita ser ampliada con la que ha levantado el movimiento antiguerra europeo: **una Europa desnuclearizada, de Portugal a Polonia.** Esta sí podría ser una verdadera iniciativa de paz de los países socialistas (que, de momento, se han limitado a congelar la instalación de los SS-20) porque: a) es compatible con la autodefensa de los Estados obreros; b) demostraría que estos países no entran en la lógica de la carrera de armamentos que, además del peligro de destrucción que implica, supone una fabulosa desviación de recursos necesarios; c) daría un enorme impulso a los movimientos antiguerra de los países imperialistas. Que el movimiento antiguerra y antinuclear asuma esta consigna es ya un paso importante y, sin duda, más eficaz que las SALT y otras negociaciones del mismo estilo.

Por otro lado, la consigna de un Europa independiente, no sometida a los monopolios y al imperialismo, nos parece perfectamente utópica e ineficaz en la lucha por la paz (además de oscurecer la necesidad de oponerse a la entrada de España en el Mercado Común, no sólo por razones de forma, sino de fondo). Europa no es otra cosa que un conjunto de potencias imperialistas, que participan plenamente en las iniciativas de guerra —las Malvinas son sólo el ejemplo más reciente— y la única alternativa consecuente pueden ser los **Estados Unidos Socialistas de Europa.** Quizá se pueda decir que esta consigna compromete la distensión. Nuestra respuesta es que si la distensión (o la coexistencia pacífica) nos impiden extender la revolución y, por tanto, luchar eficazmente por la paz, estamos contra ella.

Entramos así en otro capítulo de temas: **¿Cómo valorara el papel de los países socialistas?** Un primer punto de vista debe ser, ciertamente, su contribución a la **extensión de la revolución mundial.** El repaso de los principales acontecimientos de los últimos años, conduce a una **conclusión exactamente inversa a la del PCC** (que comete el error de atribuir a los países socialistas en general, y a la URSS en particular, méritos que corresponden a Vietnam o Cuba que, en toda una serie de acontecimientos actuaron de forma autónoma e incluso contradictoria con los primeros). En los principales ascensos de masas de los **países capitalistas desarrollados**, los PC oficiales han jugado un papel de freno a la movilización, con una política de conciliación de clases, que ha sido avalada por la URSS: mayo del 68 en Francia, 69 de Italia, 74/75 en Portugal y 75/76 en el Estado español. En cuanto a la **revolución vietnamita**, en el activo de la URSS hay que colocar las presiones para el acuerdo de Ginebra que dividió Vietnam en dos (en correspondencia con el reparto del mundo en Yalta y Postdam); la reanudación de la resistencia y la victoria sobre el imperialismo es un mérito del PG y del heroico pueblo de Vietnam, que tuvo que afrontar un auténtico genocidio, mientras la ayuda de la URSS (que se prodigaba a los reaccionarios dirigentes egipcios) le llegaba en cuantagotas; asimismo la mayoría de los PC jugaron un papel absolutamente marginal, cuando no de oposición, en el movimiento de solidaridad con Vietnam, en particular dentro de los propios USA. El deterioro que supuso Vietnam para el imperialismo americano, sólo fue utilizado por la URSS para mejorar sus intereses diplomáticos, dentro del marco global de la coexistencia pacífica. Fue un pequeño país como **Cuba** quien tuvo el valor de enviar soldados a Angola, Etiopía y otros países africanos; la única participación directa de la URSS fue para combatir la independencia nacional de Eritrea. En **Nicaragua**, las dos fracciones del partido comunista (PSN), se dedicaron a participar en el Frente Amplio de Oposición junto a la burguesía y, cuando triunfó la revolución sandinista, fue de nuevo Cuba —y no la URSS y los países del Este— quien desafió al imperialismo yanqui, volcándose de inmediato y sin condiciones en la ayuda material y el soporte internacional al nuevo régimen. Por último, en **Irán**, la URSS estuvo apoyando al Sha, hasta que fue evidente su caída inevitable.

El segundo punto de vista para valorar el papel de los países socialistas debe ser **las relaciones con su propia clase obrera y con los demás países socialistas.** No

vamos a ser nosotros quienes neguemos las "sombras" que representan la agresión de la República Popular China a Vietnam o la intervención de este país en Camboya. Pero nos resulta incomprensible la doble medida que utiliza el PCC a la hora de valorar estos países o la URSS y los países del Este. En efecto, nada se dice de la intervención militar de la URSS para aplastar las movilizaciones de la República Democrática Alemana (1953), Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968); tampoco se dice nada de las presiones externas y las amenazas de intervención contra Polonia en 1956 y 1970. Y la benevolencia en el análisis es impresionante, cuando el calificativo de "errores" se considera suficiente para explicar la contradicción brutal que supone un gobierno socialista que establece una dictadura militar contra su propia clase obrera.

El conjunto de estos hechos (que no deben considerarse, de ninguna manera, exhaustivos) entra en contradicción con la teoría que mantiene el PCC sobre la naturaleza de los gobiernos y de los PC de la URSS y los países del Este. No desarrollaremos aquí nuestros análisis, sólo recordaremos que, para nosotros, se trata, en efecto, de Estados obreros en los que ha sido abolida la propiedad privada sobre los medios de producción fundamentales. Pero el poder no pertenece a la clase obrera, sino que éste es detentado por una casta burocrática, que extrae sus privilegios de la existencia del Estado obrero, pero que tiene intereses propios, distintos de la revolución mundial y de la democracia obrera. Por eso, la lucha por la paz y la propia defensa consecuente de las conquistas del Estado obrero no tiene sus aliados en los POUP y los Jaruzelski, sino en Solidaridad y en todos los movimientos de masas por la democracia socialista.

No quisiéramos terminar nuestros comentarios al Congreso del PCC sin enmarcarlos en la voluntad de que constituyeran un primer paso para una discusión profunda, sin sectarismos ni posiciones cerradas que, tanto en el terreno internacional, como estatal y nacional, consideramos que es una necesidad urgente para la vanguardia obrera y revolucionaria. □

1 de mayo de 1982



La ingerencia americana en América Central y el Caribe, del siglo XIX hasta la revolución sandinista

El amplio período histórico del que intentamos dar cuenta sucintamente en este primer capítulo ha conocido innumerables casos de injerencismo norteamericano en la vida económica, política, y social de los pequeños países de América Central y el Caribe. La mayoría de ellos fue llevado a cabo por la fuerza de las armas norteamericanas.

Para intentar analizar sus intereses y objetivos trabajaremos subdividiéndolo en tres etapas que aparecen marcadas con bastante nitidez: 1) aquella que partiendo de la segunda década del siglo XIX llega hasta la guerra hispano-cubano-americana de fines de siglo; 2) la que arrancando de aquella comprendería hasta el triunfo de la Revolución Cubana de 1959; y 3) desde ésta hasta la Revolución Sandinista en Nicaragua en 1979.

Por la estructura pretendida por esta obra, dejaremos para el capítulo II la etapa abierta por dicha revolución hasta la fecha.

Roberto Montoya

Las agresiones norteamericanas en América Central y el Caribe, anteriores a la guerra con España en Cuba

En el período que va de 1810 a 1825 se levantan e independizan la mayoría de las colonias españolas del llamado Nuevo Mundo. El imperio español sólo siguió conservando de aquél a Puerto Rico y Cuba.

Cuando en 1825 Venezuela y México intentaron llevar adelante una expedición a Cuba en apoyo a los revolucionarios que luchaban por la independización de manos de España, fue EE.UU. quien les amenazó con abortar tal intentona. Los intereses esclavistas norteamericanos temían que la independencia de Cuba acabara con la esclavitud y otros, que afectara el comercio de azúcar mantenido con la isla. Preferían apoderarse de España cuando ésta estuviese más "madura". Tuvieron que pasar dos sangrientas guerras independentistas en la isla antes que EE.UU. decidiera intervenir... con los objetivos y resultados que veremos.

En esta reseña histórica nos limitaremos a ver los casos de intervención norteamericana en América Central y el Caribe, sin detenernos en sus primeras agresiones armadas del siglo XIX que tuvieron lugar en otras zonas del continente; la destrucción del Puerto Soledad de las Malvinas en 1831 por obra de los marines; la intervención en la guerra mexicana (1835-36) y la posterior anexión de 1.500.000 kilómetros cuadrados de territorio mexicano a territorio norteamericano. No en vano el canciller Richard Olney sostenía en 1895: "La soberanía de los Estados Unidos, por motivos de defensa, se extiende a todo el continente".

Las acciones de filibusteros norteamericanos apoyados por empresarios neoyorquinos y el gobierno de los Estados Unidos

William Walker fue uno de los más famosos filibusteros norteamericanos que asolaban Latinoamérica intentando anexionar territorios a los Estados Unidos y sacar provecho personal con ello. Estos personajes eran apoyados económicamente y con armas por empresarios neoyorquinos, y su acción contaba con la vista gorda del gobierno.

Este trabajo forma parte de un libro que Roberto Montoya, autor también de *Los Terratenientes* prepara sobre América Central y el Caribe.

Después de intentar sin éxito derrocar al gobierno mexicano, Walker desembarcó en 1855 en Nicaragua con unos sesenta hombres, y con la connivencia del Partido Liberal tomó el gobierno, restableciendo la esclavitud en el país. En 1857 el gobierno de los EE.UU. lo reconoció como presidente de Nicaragua. El propósito final de Walker era anexionar toda Centroamérica a los Estados Unidos. Combatió contra fuerzas nicaragüenses, guatemaltecas y hondureñas, siendo estas últimas las que lo capturaron y ejecutaron en 1860.

Antes de empezar la guerra contra España en Cuba Estados Unidos llevaría a cabo todavía varias agresiones más contra Centroamérica. En 1856 los Estados Unidos "cedieron" a Inglaterra un territorio que no era propio: Belice, a través del Tratado Dallas-Claredin. En 1867 Estados Unidos trata de consolidar su "propiedad" sobre Nicaragua, estableciendo el Tratado Dickinson-Ayón que le daba derecho a construir un canal interoceánico, empresa nunca concretada por los altos costes que suponía, los problemas políticos que se fueron encadenando, y por la inseguridad que dio al proyecto el terremoto de 1972.

En 1896 fuerzas militares norteamericanas desembarcaron en el Puerto de Corinto, territorio nicaragüense.

La guerra contra España en Cuba, comienzo de la era imperialista de los Estados Unidos

Si bien la injerencia norteamericana en la vida económica, política y social de los países centroamericanos y del Caribe se hace presente desde el momento mismo en que éstos se independizan de España y otras potencias europeas —a comienzos del siglo XIX— se puede hablar de EE.UU. como una potencia imperialista en todo el sentido de la palabra fundamentalmente a partir de la guerra librada contra España, en Cuba, en 1898. Desde ese momento hasta la fecha, EE.UU. no ha cesado su labor intervencionista, aunque sus distintas administraciones emplearan tal o cual táctica para llevarla adelante.

Al fin de la corta guerra con España, los EE.UU. habían logrado un precioso botín: la anexión de Hawai, la casi anexión de Puerto Rico, Guam y las Islas Filipinas, imponiendo a su vez a Cuba un régimen semicolonial. Si se analizan las publicaciones y declaraciones de los dirigentes norteamericanos de aquel momento descubriremos que desde allí remonta la hipócrita justificación de su política intervencionista, como acciones hechas en aras del bien de la humanidad y la salvaguarda "de los más caros valores del mundo occidental y cristiano". La "ayuda" norteamericana

a los insurgentes cubanos que batallaban desde hacía años contra el régimen colonial español, consistió en el bloqueo de la isla y el desembarco de 24.000 soldados. Tres meses y 22 días después de la invasión el régimen colonial español era derrocado. La versión que el alto mando yanqui y el gobierno de MacKinley dieron de aquella guerra pretendía hacer creer que el derrocamiento del régimen se debió exclusivamente a la intervención de las tropas norteamericanas, negando que en realidad ya existía en la isla un gobierno paralelo de los insurgentes que jaqueaba a las fuerzas españolas desde 1895 y que la misma acción de aquellos combatientes fue la que distrajo en distintos combates a las fuerzas españolas para permitir el desembarco norteamericano.

Las declamaciones libertarias de los EE.UU. se vieron rápidamente negadas por la realidad de su acción. Las fuerzas norteamericanas impidieron que en la entrada triunfal a Santiago participaran los contingentes del ejército insurgente, así como se negó al Gobierno y Alto Mando de éstos participar en la ceremonia de rendición de España. De esta forma negoció sin obstáculos a la llamada Enmienda Platt por la cual obtuvo el traspaso del poder de la isla, y, como parte del mismo paquete, la cesión de Puerto Rico, otras islas del Caribe y Filipinas. En el artículo 7 de dicha Enmienda, aprobada por el Congreso norteamericano y sancionada por el presidente, quedaba definida la situación de las bases navales en Cuba de la siguiente forma: "Para poner en condiciones a los Estados Unidos de mantener la independencia de Cuba y proteger al pueblo de la misma, así como para su propia defensa, el gobierno de Cuba venderá o arrendará a los Estados Unidos las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales en ciertos puntos determinados que convendrán con el presidente de los Estados Unidos". (1).

El ejército norteamericano se perfiló de inmediato como un verdadero ejército de ocupación en Cuba. El número de sus soldados se elevó en enero de 1899 a 45.000. El movimiento insurgente comprendió rápidamente como su lucha había sido abiertamente manipulada y aprovechada por EE.UU. para sus propósitos anexionistas. Pronto habría de sufrir en carne propia la persecución del gobierno de ocupación instaurado.

La prensa socialista británica, francesa y norteamericana de esa época denunció las intenciones de los EE.UU. desde el momento mismo que comenzó su guerra con Cuba. "The People", órgano del Partido Socialista Obrero de los EE.UU., decía el 24 de abril de 1898: "Que la libertad cubana... no es el verdadero objeto de nuestro gobierno lo demostrará una rápida revulsión de la situación. Por tres años los inurrectos cubanos han estado combatiendo contra España. Durante este período, ¿cuál habría sido el curso natural si tras lo que realmente estaba nuestro gobierno era la liberación de la isla? ¿Habría sido necesaria una declaración de guerra contra España? No. Si la insurrección de Cuba es lo bastante poderosa numéricamente para liberar al país, todo lo que era necesario habría sido reconocer su independencia y abrir entonces nuestros puertos y nuestros mercados a ambos beligerantes — tanto españoles como cubanos—. Los cubanos, sufriendo carencia de armas, podrían haber conseguido aquí todas las que necesitaban; sus pagarés se habrían vendido rápidamente y los habrían abastecido de un amplio tesoro con el que equiparse. Nuestro gobierno podría haber añadido a esto el envío de un embajador plenipotenciario que residiese cerca del general Máximo Gómez (líder de los insurgentes N. de R.)... La libertad de Cuba se habría asegurado, pero habría sucedido así, sin necesidad de guerra por nuestra parte. Porque la guerra era querida y necesitada por nuestro gobierno, el método pacífico y natural no fue empleado. La libertad de Cuba no es sino un pretexto, el verdadero objetivo era la guerra y la guerra es el medio que justifica el fin que nuestra clase capitalista gobernante, de la variedad republicana, tiene en la mente, y la guerra promete acosar el clamor del patriotismo y andar sumergida con la sangre hasta las rodillas de clase obrera norteamericana

y cubana". (2).

Lenin, en "El Imperialismo, fase superior del Capitalismo", escrito en 1917, caracterizaba a la Guerra Hispanoamericana como una guerra imperialista, hecha por los EE.UU. por razones imperialistas. Parecidas conclusiones sacaron Hobson y varios importantes historiadores norteamericanos de los años 20 y 30, Faulkner, Barnes, Beard y otros.

El ejército de ocupación en Cuba, el mejor anunciante de los productos norteamericanos

El general Brooke anunció orgullosamente que el ejército norteamericano destinado a la isla era un anunciante de los productos de los Estados Unidos. En una carta dirigida a la National Business League (Liga Comercial Nacional) señalaba que el ejército daba a conocer los productos norteamericanos del mismo modo que la distribución de provisiones a los necesitados, que hacían que "muchos gente... se acostumbre a productos norteamericanos de los que no habían oído nunca antes; y naturalmente puede surgir una demanda por estos productos".

El hecho de que la ocupación eliminara todas las tarifas aduaneras que favorecían a España y aboliera los monopolios españoles, añadía Brooke, abría la puerta a los productos norteamericanos que "ganarán terreno rápidamente y continuarán su demanda". (3)

El propio Departamento de Guerra norteamericano era el que apenas concluida la guerra se encargaba de distribuir las licencias y concesiones a cientos de empresarios, especuladores de banca y aventureros de todo tipo. Allí se decidían las concesiones ferroviarias, de líneas de tranvía, monopolios de luz eléctrica y todo tipo de servicios municipales, plantaciones de azúcar, compra a precios irrisorios de fincas de propietarios arruinados, etc. En Cuba como hasta nunca antes, la gran potencia del Norte mostró sus garras de ave de rapiña comenzando a sentar las bases de su política imperialista.

Estados Unidos vio ya años antes de iniciar la guerra en Cuba al área caribeña y las Filipinas como enclaves de gran importancia para asegurar el control del mercado latinoamericano y chino, la única forma que al parecer veía para superar la saturación industrial interior. Cuba en concreto fue siempre vista como pieza clave del área, vital para un futuro control del istmo de Panamá y puerta hacia el sur del continente; y Filipinas, como acceso al importante mercado que suponía el Imperio chino. Ambas piezas, y otras más, fueron obtenidas por EE.UU. al finalizar su corta guerra contra España en Cuba.

Cuba fue el primer caso de sistema neocolonial establecido por EE.UU. al que tomaría como modelo intentando generalizar la experiencia. Es fundamental entender esto para comprender entonces por qué la Revolución Cubana de 1959 ha significado un golpe tan duro al imperialismo. Es justamente en la pequeña isla donde libró la guerra contra España e inició en forma coherente su etapa imperialista, donde se desarrolló victoriosamente tiempo después la primera revolución socialista del mundo occidental. La existencia de Cuba socialista es desde hace más de veinte años uno de los símbolos más claros de la derrota histórica del imperialismo.

El triunfo socialista en Cuba recrea por segunda vez en la historia, la importancia estratégica de la región. En la primera ocasión había sido escenario de la lucha entre potencias colonialistas; desde 1959 pasó a ser reflejo de la lucha entre dos mundos: el capitalista y el socialista.

La intervención norteamericana a partir de la guerra con España

En 1899 fuerzas norteamericanas volvieron a desembarcar en territorio nicaragüense, esta vez en Bluefields y San Juan del Norte. En 1900 impusieron a Costa Rica y Nicaragua los Tratados Hay-Corea y Hay-Calvo, para adquirir el dominio de la ruta canalera a través del Istmo Centroamericano. En 1901 los marines desembarcaron en el Puerto Cortés, en Honduras. En 1903-1904 los EE.UU. intervinieron en Colombia propugnando la independencia de parte de su

territorio (el que luego se transformaría en República de Panamá). Así impusieron a la nueva república el Tratado Barnau-Varilla por el cual los EE.UU. tomaron bajo su soberanía, a perpetuidad, el Canal de Panamá y las tierras aledañas en todo el largo de la ruta interoceánica.

El "Corolario Roosevelt" o política del Gran Garrote

El 6 de diciembre de 1904 el Presidente Roosevelt dió a conocer su teoría justificadora de la intervención norteamericana, aprovechando su tradicional mensaje anual al Congreso. Entre otras cosas dijo allí: "Si una nación demuestra que sabe actuar con eficacia y decencia razonables en asuntos sociales y políticos; si se mantiene en orden y cumple con sus obligaciones, no tiene que temer la injerencia de los Estados Unidos. Un estado crónico de injusticia o de impotencia que produzca la pérdida general de las normas de la sociedad civilizada, puede requerir en último término, tanto en América como en cualquier otro lugar, la intervención de una nación civilizada, y en el hemisferio occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede obligar a los Estados Unidos, aún a su pesar, a actuar, en casos flagrantes de dicha injusticia o impotencia, como un poder policial internacional... Es una simple verdad decir que toda nación, en América o en cualquier otro lugar, que desee mantener su libertad, su independencia, debe comprender que, en último término, el derecho a dicha independencia no puede ir separado de la responsabilidad de hacer buen uso de ella". (4) Poco después Roosevelt sostendría que "Tarde o temprano, es inevitable que los EE.UU. protejan y reglamenten la vida de las repúblicas del Caribe".

Así, con la cobertura de salir en defensa de Latinoamérica de cualquier intervención europea, EE.UU. lanzó un vasto programa imperialista, con claros objetivos expansionistas tanto de orden económico como político.

En 1905 los marines desembarcaron nuevamente en el Puerto Cortés de Honduras.

La ocupación militar de la República Dominicana

El mismo año EE.UU. comenzó una escalada en la República Dominicana. La convulsión social hacía poner en duda que el gobierno de Carlos Morales pudiera hacerse cargo de la deuda de unos 30 millones de dólares contraída fundamentalmente con inversores y prestamistas norteamericanos. Para garantizarlo EE.UU. no tuvo mejor idea que presionar hasta obtener imponer al gobierno dominicano un recaudador general de aduanas. Este recaudador, nombrado por el propio Presidente de los Estados Unidos, se encargaba de percibir el 45 por ciento de los ingresos del Gobierno dominicano, a fin de irse cobrando las deudas en forma directa. Semejante ingerencia fue en aumento, no limitándose ya al aspecto financiero sino a todos los aspectos políticos de la República Dominicana. Por último, en 1916, y a pesar del desacuerdo del presidente dominicano, los infantes de marina norteamericanos desembarcaron en ese país para sofocar una insurrección contra el gobierno.

La "ayuda" al gobierno se transformó rápidamente en ocupación militar, y un militar estadounidense, el capitán Knapp, se erigió en gobernador, cerrando el Congreso y asumiendo el poder legislativo y el ejecutivo. La ocupación militar propiamente dicha duró hasta 1924 pero la intervención siguió subsistiendo de distintas maneras, encadenándose ya luego con la dictadura proimperialista de Trujillo que permanecería en el poder desde 1930 hasta 1960. De 1905 a 1909 los EE.UU. volvieron a hacer su segunda intervención armada en Cuba.

En 1908 Elihu Root, Canciller norteamericano, a su vez abogado de la famosa bananera United Fruit Company, declaraba: "La intervención se justifica como política de los EE.UU. cada vez que se trate del capital de sus ciudadanos", vaticinando también: "Es cuestión de tiempo para que México, la América Central y las islas del Caribe que no poseemos, queden bajo nuestra bandera". (5)

El 1909 los Estados Unidos habían vuelto a intervenir en Nicaragua para derrocar al gobierno de Santos Zelaya, que se permitió establecer empréstitos con Europa, negándose por otro lado a conceder a EE.UU. derechos para establecer una base naval en el Golfo de Fonseca.

En 1910 y 1911 volvieron a desembarcar marines en Corinto (Nicaragua) iniciando su ocupación militar en 1912 que duraría hasta 1925. En 1911 y 1912 desembarcaron también marines en Honduras. El entonces presidente de los EE.UU., Howard Taft, declaraba en 1912: "La intervención se justifica cuando se hace necesaria para garantizar el capital y los mercados de los EE.UU."

El vergonzoso Tratado Bryan-Chamorro entre EE.UU. y Nicaragua

Una mención especial merece el famoso Tratado Bryan-Chamorro firmado en 1914. Si Cuba era la pieza clave del Caribe perseguida por EE.UU. hasta que la obtuvo como prenda de guerra, Nicaragua constituía su pieza codiciada de América Central.

La república centroamericana más grande tenía como principal atractivo para el imperialismo la posibilidad de acceso al Atlántico y Pacífico a través de un canal, elemento estratégico de primer orden desde el punto de vista económico y militar. De ahí las innumerables agresiones que sufrió este país desde el siglo pasado hasta la fecha. Y es justamente en esta otra pieza codiciada desde siempre por EE.UU. donde va a protagonizarse en 1979 la segunda revolución popular del continente en veinte años, la revolución sandinista. El pueblo nicaragüense no puede olvidar aquella negra página de la historia de Nicaragua que significó el Tratado Bryan-Chamorro, el "vergonzoso Tratado" como lo llamó el Comandante sandinista Daniel Ortega ante las Naciones Unidas. Con métodos similares a los aplicados en la República Dominicana y Haití, EE.UU. logró en 1911 imponer un control de las aduanas nicaragüenses, antesala del desembarco de cerca de 2.000 marines en 1912, a pedido del presidente proimperialista Díaz. Los marines fueron hasta 1925 soporte sustancial de los gobiernos conservadores que se fueron sucediendo en el poder. ¿En que consistió el Tratado Bryan-Chamorro?: "A cambio de tres millones de dólares que habían de aplicarse a reducir la deuda nicaragüense, los Estados Unidos obtuvieron: 1) los derechos exclusivos y perpetuos para la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua; 2) el control, por cesión durante noventa y nueve años, de establecer una base naval en territorio nicaragüense, en el golfo de Fonseca, y 4) la opción a renovar tanto la cesión como el derecho por otros noventa y nueve años". (7)

Mientras se daba esta situación en Nicaragua, los marines no dejaban de intervenir en el resto del área. En 1915 (en plena Primera Guerra Mundial), los marines ocuparon militarmente Haití imponiendo un tratado por el cual el Presidente de los Estados Unidos nombraba a un receptor general de aduanas y un consejero financiero del ministro de Hacienda dominicano, autorizaba a los EE.UU. a adoptar cualquier medida necesaria para "mantener un Gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual"; se creaba una fuerza de policía militar haitiana dirigida por oficiales norteamericanos y otras prebendas más.

En 1918 los marines desembarcaron en Chiriquí y Colón, territorio panameño; en 1919 los marines ocuparon Puertos, en Honduras, para intervenir en el proceso electoral; en 1920 desembarcaban en Guatemala para "resguardar la vida de ciudadanos norteamericanos y proteger la delegación estadounidense en este país". Esta acción culminaría con el derrocamiento del Gobierno de Carlos Herrera que había sucedido justamente al tirano Estrada impuesto y sostenido por los EE.UU. durante 22 años. A la caída de Estrada, Guatemala, Honduras y El Salvador, habían intentado constituir una "República Federal"; se habían opuesto a dar más concesiones a la United Fruit Company y no reconocían como legítimo el famoso Tratado Bryan-Chamorro. Con el derrocamiento de Herrera y las constantes agresiones contra Honduras y El Salvador tal proyecto se haría añicos.

En 1921 los marines ocuparon la región de Chorrera, en

Panamá; en 1924 desembarcaron en Honduras, ocupando la capital, Tegucigalpa, y otras ciudades del país; en 1925 volvieron a desembarcar en Honduras y Panamá para reprimir huelgas de trabajadores.

Pero los marines norteamericanos habrían de retirarse de Nicaragua durante tres meses solamente. Las luchas entre distintas fracciones de conservadores, y entre éstos y los liberales, llegaron a tal punto que nuevamente los infantes volvieron en apoyo del sector conservador de Chamorro-Díaz. Este último había sido empleado de la United-States Concession. Las disputas entre liberales y conservadores se dirimían a través de ejércitos constituidos con campesinos que hacían de carne de cañón de la oligarquía. Cuando intervienen los marines se firma el acuerdo de "Espino Negro" o "Tipitapa", el 11 de mayo de 1927, por el cual liberales y conservadores aceptaban desarmar sus respectivos ejércitos, previo pago de 10 dólares por cada arma. Se acuerda también formar un Ejército "Nacional"... dirigido por oficiales norteamericanos. Uno de los hombres que hasta ese momento intervenía en el campo liberal, el General Augusto César Sandino, es el único que se niega a firmar.

La guerra de guerrillas de Sandino

Sandino, que en los últimos años de esas luchas había estado trabajando como mecánico en Honduras y luego en México, adquiriendo cada vez más conciencia clasista, vuelve a Nicaragua y rechaza abiertamente tal acuerdo, al que considera grave transgresión de la soberanía nacional. El 12 de mayo de 1927 dió a conocer un documento donde decía: "Mi resolución es ésta: yo no estoy dispuesto a entregar mis armas en caso de que todos lo hagan. Yo me haré morir con los pocos que me acompañen, porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos. Yo quiero Patria libre o morir".

Sandino, el "General de hombres libres", se convirtió así en el representante indiscutido de las masas campesinas pobres. Al frente de su "Ejército Defensor de la Soberanía Nacional" libró durante siete años más de 500 combates contra las fuerzas combinadas de la Guardia Nacional y los marines norteamericanos. Es en esa lucha donde se puede encontrar uno de los primeros antecedentes de la derrota imperialista en Vietnam.

La guerra de guerrillas sandinista, que llegan a controlar varios departamentos del país, inspiradas en un ideario de importantes reformas sociales y claro sentido antiimperialista e internacionalista, provoca grandes simpatías en Latinoamérica y en el interior de los propios Estados Unidos, obligando a los marines a abandonar territorio nicaragüense en 1933. (8)

Sandino, confiando en esa retirada y en la solución pacífica de la guerra, acepta desarmar a su ejército de 1.800 hombres. Después de las numerosas agresiones sufridas por sus cooperativas creadas en las Segobvias, termina siendo asesinado en una emboscada orquestada por la Embajada norteamericana y la Guardia Nacional capitaneada por Anastasio Somoza, el 21 de febrero de 1934.

Dos años después Somoza derroca a su tío, el presidente Sacasa, se apodera del poder e inicia una dinastía corrupta y sangrienta. En 1956 es ajusticiado por el revolucionario Rigoberto López, inspirado en la lucha sandinista. Con breves intervalos de presidencias de personeros fantoches de la dinastía, para salvar la imagen, los Somoza se han mantenido en el poder hasta 1979.

Los Estados Unidos han utilizado a Nicaragua y los Somoza tanto por la puerta abierta que permitían a los inversores norteamericanos, como por la importancia estratégica del país. Durante la IIª Guerra Mundial los EE.UU. vieron en Nicaragua una base ideal para defender el canal de Panamá y una importante fuente de materias primas. Somoza fue un aliado permanente de EE.UU. en el bloque anticomunista mundial: sus tropas intervinieron militarmente en Corea, Guatemala, Vietnam, la República Dominicana, sirviendo de base para la invasión a Cuba de 1961 y de principal soporte para el CONDECA (Consejo de Defensa Centroamericano) desde su creación en 1964.

Pero el asesinato de Sandino no significó su derrota his-

tórica, sino todo lo contrario. La guerra entablada por Sandino caló muy hondo en el pueblo nicaragüense y los pueblos centroamericanos, que habrían de recoger posteriormente su causa con radicalismo y masividad. La revolución de 1979 encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, su más legítimo heredero, es la mejor muestra de ello; a la par que las luchas revolucionarias que se libran en El Salvador y Guatemala.

En 1931 los EE.UU. impusieron como presidente de Guatemala al tirano Jorge Ubico, quien habría de ser sostenido hasta su derrocamiento en octubre de 1944.

La crisis del 29, la IIª Guerra Mundial y la política de "Buena Vecindad" de Franklin Roosevelt

La gran crisis del capitalismo de 1929-34 tuvo hondas repercusiones económicas, sociales y políticas en América Central y el Caribe, produciendo graves alteraciones en el comercio, los flujos de capitales, la capacidad productiva y los niveles de vida. La IIª Guerra Mundial también resonaría con fuerza en la región, como consecuencia de la importancia de la misma en la provisión de materias primas y por su importante situación dentro de la estrategia militar mundial.

El general norteamericano Roland del Mar, ex-director del Colegio Interamericano de Defensa, señalaba: "La IIª Guerra Mundial vió a la flota submarina alemana en aguas del Caribe, mientras que barcos aliados con carga de materiales atravesaban por allí, así como barcos de mercancías. El dominio naval del Paso del Viento, del Paso de la Mona y del Canal de Panamá significaba el control del tránsito de mercancías; tropas, municiones y materiales estratégicos del resto de América Latina a Europa, Asia y entre el Norte y Sur de América". (9)

Con motivo de esta guerra, EE.UU. obtuvo de varios gobiernos latinoamericanos autorización para la instalación de bases militares "en defensa del hemisferio". En 1914 firmó también un convenio con Gran Bretaña, a través del cual obtuvo por arriendo durante 99 años varias zonas de las Bahamas, Bermudas, Trinidad-Tobago, Santa Lucía y Guayana Británica, a fin de instalar bases militares. Como pago por ese arriendo, los EE.UU. proporcionaron a Gran Bretaña 50 destructores norteamericanos.

Durante todo el período que va de 1933 a 1945 los Estados Unidos llevaron adelante su política de "Buena Voluntad". "No podremos limitarnos a tomar, también tenemos que dar" proclamó el Presidente Franklin Delano Roosevelt; "...ya no podemos asumir la actitud de que adonde vaya un dólar debe ir un soldado norteamericano a cuidarlo". El 28 de diciembre de 1933 sostendría también: "la decidida política de los Estados Unidos a partir de ahora es la de oponerse a la intervención armada".

En gran medida este enunciado fue cumplido. Es verdad que durante la administración de Roosevelt se suspendieron las agresiones armadas, salvo algunas "excepciones" como las masacres de "Río Piedras" y de "Ponce", en Puerto Rico, llevadas a cabo como escarmiento contra las movilizaciones nacionalistas locales. Albizu Campos y otros nacionalistas fueron acusados de "conspirar para derrocar al gobierno de Estados Unidos por la fuerza y la violencia". (10)

Pero el fin de la intervención armada de ninguna manera significó ni el fin ni el suspense de la intervención norteamericana. Durante ese período los Estados Unidos sostuvieron y ayudaron a instalarse en el poder a regímenes militares en América Latina, fieles servidores de los intereses monopolistas; afincaron bases militares en numerosos países, justificándose en el rol que éstas podrían jugar en la defensa del hemisferio frente a ataques externos, y se consolidaron lazos económicos y de penetración cultural, dirigidos éstos especialmente por Nelson Rockefeller.

En 1952 los EE.UU. dieron un gran apoyo a Fulgencio Batista en su derrocamiento al gobierno cubano de Prío Socarrás. El mismo día en que se llevó a cabo esta acción, Fidel Castro la denunció como un "cuartelazo contra el pueblo". "Cubanos, hay tirano otra vez", "...hay opresión en la patria, pero habrá algún día otra vez libertad... Yo

invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del partido glorioso de Chibás; la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde. Vivir en cadenas es vivir en oprobio y afrenta sumidos; morir por la Patria es vivir". (11)

Batista se convertiría en un dictador corrupto y sangriento, haciendo de Cuba el prostíbulo de los Estados Unidos, hasta ser derrocado violentamente en 1959 por la Revolución Cubana después de años de lucha. En julio de ese mismo año, y contra la voluntad del pueblo puertorriqueño, los EE.UU. dieron a Puerto Rico el carácter de "Estado libre asociado".

La invasión a Guatemala en 1954

La revolución que acabó con la dictadura pro-imperialista de Ubico en Guatemala llavando al poder a Juan José Arévalo, no llegó a afectar en realidad ni la estructura económica ni el poder de la oligarquía. Las reformas más importantes llevadas a cabo por el gobierno fueron el derecho al sufragio, derecho de huelga, establecimiento de un salario mínimo, construcción de escuelas y hospitales. Sin embargo, la movilización de masas constituía un peligro de radicalización del proceso. En realidad fue su presión la que arrancó al gobierno cada una de las reivindicaciones. Estados Unidos vió en esa ebullición social el gran "peligro comunista".

El hostigamiento al régimen se llevó a cabo fundamentalmente a través de la tristemente famosa United Fruit Company, y del coronel Castillo Armas, que en 1949 y 1950 impulsó intentonas militares armadas y financiadas por los EE.UU. Los obreros y estudiantes organizados en milicias rechazaron esas agresiones. Así se pudo llegar a 1950 en que las nuevas elecciones dieron el triunfo al coronel Jacobo Arbenz, líder del ala izquierda del Partido de Renovación Nacional, un militar progresista que había jugado destacado papel en la caída de la dictadura de Ubico.

Arbenz lanzó una serie de proyectos dirigidos a romper el control de los monopolios extranjeros sobre la energía, transporte y exportación, y lanzó una reforma agraria que permitió que más de 100 mil familias campesinas recibieran tierras, créditos y asistencia técnica. En medio de una gran campaña anticolonialista en todo el país, Arbenz decretó la expropiación de las extensas plantaciones de plátanos de la United Fruit Company. A EE.UU. no le bastó con la reivindicación del capitalismo hecha por Arbenz (12). En defensa de los inversionistas norteamericanos y preocupado con el rumbo del proceso guatemalteco y las posibles simpatías que éste pudiera provocar en los pueblos salvadoreño, hondureño y nicaragüense, aceleró su acción intervencionista.

En marzo de 1954 logró convocar la Conferencia de Caracas en la que, con mayoría de votos, logró una resolución que sin mencionar en forma directa a Guatemala, sentaba las bases para una intervención colectiva del continente si estuvieran en peligro "la dominación o el control de las instituciones políticas de un Estado americano por el movimiento comunista internacional" "...poniendo en peligro la paz de América".

El 17 de mayo de ese mismo año el entonces secretario de Estado norteamericano, Dulles, declaraba a la prensa que había constancias de que el gobierno de Checoslovaquia estaba enviando importantes cantidades de armas a Arbenz. Acto seguido los EE.UU. se vieron "obligados" a enviar más de 50 toneladas de armas y municiones a las dictaduras de Honduras y Nicaragua para conjurar la supuesta acción comunista.

Un contingente de guatemaltecos exiliados en Honduras y Nicaragua, fueron entrenados por la CIA para invadir Guatemala desde territorio hondureño. A la cabeza de ello estuvo nuevamente Castillo Armas. Arbenz cayó el 27 de junio y Castillo Armas asumió el poder, apoyado económica y militarmente por los Estados Unidos.

La intervención norteamericana toma un nuevo cariz a partir de la Revolución Cubana de 1959

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 no solo dió por tierra con una de las viejas dictaduras proimperialistas de la región, y afectó en forma creciente los intereses de los

inversionistas norteamericanos. La revolución significó, por sobre todas las cosas, el triunfo del socialismo a pocos pasos del centro del imperio. En relación a ella diría el presidente John Kennedy en 1960: "Está a nuestra puerta un mundo del que, en grado considerable, dependemos para nuestra existencia como potencia mundial. Si se nos priva de las materias primas de ese territorio o de sus mercados, nuestra economía y seguridad serían gravemente — y quizá vitalmente — afectadas. Es una zona en donde no se puede permitir que un poder enemigo avance un paso porque es estratégicamente nuestro 'punto flaco'. No podemos ganar la guerra fría en América Latina, pero podemos perderla aquí".

Y ¿cuál era ese "punto flaco"? Roland del Mar lo expresaba así: "Nuestro interés no es sólo la transmisión de una ideología entre las islas del Caribe y los países cercanos, sino el papel que podría jugar Cuba destruyendo nuestras líneas de comunicación a través del Caribe, así como las líneas de Europa y Asia a través de los pasajes por mar y del Canal de Panamá, la ruptura de nuestra ayuda hacia la América Latina". (13)

Con la Revolución Cubana, la guerra fría llegó a América Central y el Caribe. Hasta ese momento esta región no había sentido en carne propia las consecuencias del conflicto entre Rusia y los Estados Unidos. Estados Unidos obtuvo la rápida expulsión de Cuba de la Junta Interamericana de Defensa, consiguiendo después de grandes discusiones su expulsión de la OEA.

En 1961 los Estados Unidos llevaron adelante la invasión contra Cuba — desembarcando en Playa Girón — con tropas mercenarias contrarrevolucionarias entrenadas en Guatemala y Nicaragua por oficiales de la CIA, siendo derrotados por el pueblo cubano armado masivamente. Intervinieron en esa operación del 17 de abril numerosos tanques, camiones blindados, cañones antitanques, más de veinte aviones que daban cobertura aérea a los destacamentos de paracaidistas y de infantería utilizados por los agresores.

Los cubanos dieron posteriormente un informe detallado del intento de invasión, en el que se daba cuenta que de los 1.179 mercenarios capturados, 194 eran ex-soldados o policías de Batista, mientras que la mayoría eran ex-dueños de negocios en la isla, y sus hijos. Los bienes que les habían sido expropiados por el gobierno revolucionario eran, en cifras: 371.930 hectáreas, 70 fábricas, 10 centrales azucareras, 3 bancos, 5 minas, 12 cabarets y 9.666 edificios. (14)

El "apóstol de la democracia" John Kennedy llevó adelante posteriormente un bloqueo naval y económico a la isla seguido luego por acciones preparadas por la CIA, bombardeos y sabotajes contra fuentes económicas e instalaciones de infraestructura cubanas.

Los marines invaden la República Dominicana en 1965

El gobierno norteamericano veía con preocupación las medidas reformistas del gobierno dominicano de Juan Bosch que ganara en las elecciones de 1962 con un 60% de los votos emitidos, después de haber permanecido en el exilio durante 20 años. La reforma agraria y nacionalizaciones prácticas por su gobierno, así como su intento de obtener créditos de inversores europeos llevaron a los Estados Unidos a apoyar en forma cada vez más abierta a quienes deseaban su derrocamiento. El golpe militar encabezado por el coronel Wessin y Wessin, de marcada tendencia anticomunista y antipopular, fue resistido masivamente por la población imposibilitándoles establecerse mínimamente en el poder.

Sectores progresistas del ejército, encabezados por el coronel Caamaño Dero, se pusieron al frente de una insurrección popular contra el régimen. Es en esas condiciones que el presidente Lyndon Johnson decidió lanzar la invasión a la República Dominicana con 23.000 hombres. La valerosa resistencia armada ofrecida por la población llevó a EE.UU. a ofrecer una tregua, institucionalizando su ocupación — mientras persistía una dualidad de poderes en el país —, y conducir el proceso hacia unas elecciones condicionadas por las bayonetas que dieron el triunfo al opositor de Bosch, Balaguer, apoyado por los dólares americanos. □

“El cadáver del Padre”

Artes de vanguardia y revolución

Ed. Akal

Este libro tiene el mérito de abordar un tema poco corriente y prácticamente abandonado desde que las esperanzas creadas por el Mayo 68 dieran paso a la frustración en los medios del arte y la cultura.

El autor estudia la evolución de las relaciones conflictivas entre el arte de vanguardia y la revolución a lo largo del siglo XX, partiendo de una cita pesimista de Barthes sobre la muerte de las vanguardias para remontarse después a la época en que aquéllas nacieron con extraordinaria fuerza, al calor de Octubre del 17.

Angel García Pintado

El estudio que García-Pintado hace no es en absoluto desapasionado sino todo lo contrario: se trata de tomar partido, de tener una actitud militante tanto frente a quienes se encierran en el “ghetto” cultural como frente a aquellos otros que pretenden dictar, imponer normas al arte. Por eso, después de una primera parte en la que reivindica la “tradición de ruptura”, la necesidad de “enterrar el cadáver del padre” (siguiendo a Apollinaire), la imaginación y el espíritu infantil frente al conservadurismo y la rutina, pasa a defender la vuelta a un arte creativo, revolucionario, que se vaya abriendo paso en el desierto cultural español.

Y precisamente esa concepción le conduce a intentar comprender las razones del fracaso de la experiencia histórica del primer tercio de siglo. En efecto, a partir de la Revolución Rusa surgió por primera vez la posibilidad de que el vanguardismo político y el artístico estrecharan sus relaciones de cara a forjar un mundo nuevo. García-Pintado describe los primeros años de aquella revolución como los más ricos en imaginación, en innovación en todos los órdenes.

No hace por eso elogios a Lenin o a Trotsky, aunque distingue radicalmente entre su actitud y la que luego mantendrá Stalin. De Lenin comenta su incompreensión ante futuristas como Maiakovsky, pero al mismo tiempo su medio a opinar sobre arte (“preguntad a Lunacharsky”, decía casi siempre). De Trotsky respeta su mayor preocupación por conocer y discutir con las distintas corrientes artísticas, pero no le salva de algunas críticas, entre ellas el optimismo que le lleva a decir que una de las razones de que no pueda haber una “cultura proletaria” es que la clase obrera “no tendrá tiempo” para ello porque el socialismo llegará pronto...

Pero con la contrarrevolución política llegaba también la contrarrevolución cultural, y el paralelismo era inevitable. La descripción que hace el autor de los suicidios de Esenin y Maiakovsky (“La barca del amor se estrelló contra la vida cotidiana”...) no se puede entender sin la eliminación de la vieja guardia bolchevique y sin la instauración posterior de ese monstruo llamado “realismo socialista”, labor en la que participan hombres como Lukacs, cuya “Estética” ha sentado tanta cátedra hasta hace poco.

Los restos del naufragio quedan todavía, y uno de los mejores capítulos del libro es precisamente el que redescubre el “Manifiesto por un arte revolucionario independiente”, de Bretón, Rivera y Trotsky. En él surrealismo y marxismo revolucionario reclaman “toda clase de licencias para el arte” porque “el artista sólo puede servir a la lucha emancipadora cuando está penetrado de su contenido social e individual, cuando ha asimilado el sentido y el drama en sus nervios, cuando busca encarnar artísticamente su mundo interior”.

De la reivindicación final de ese Manifiesto, pese a que la Segunda Guerra Mundial truncara sus propósitos, García-Pintado desprende la necesidad de luchar contra el pesimismo reinante, contra la vuelta a los cuarteles de invierno del arte, contra el escepticismo frente a la posibilidad de la Revolución.

Para quienes formamos parte de esa izquierda que no ha capitulado frente al derrotismo y la visión apocalíptica del futuro, este libro contiene también un llamamiento urgente: el de alertarnos frente a la despreocupación creciente ante cualquier manifestación de vanguardismo artístico en aras de las “tareas prioritarias” en el terreno directamente político. □

J. Pastor

EL EVANGELIO SEGUN SAN LUKACS*

Georg Lukács, que había vivido una temporada en Rusia, se instala en 1931 provisionalmente en Berlín. Cuando Hitler arrebató el poder en 1933, el filósofo húngaro vuelve, emigrado, a la Unión Soviética, donde trabaja en el Instituto “Marx-Engels”, de Moscú y colabora asiduamente en el periódico “Internationale Literatur” y en la revista “Literaturni Kritik”. El confiesa que en el curso de esta actividad se ampliaron y profundizaron sus tendencias. Lukács se había dado cuenta de que el marxismo en cuanto filosofía universal no podía contentarse con tomar simplemente de anteriores concepciones sus ideas teóricas sobre el arte, “completándolas —dice Lukács— en el mejor de los casos con concreciones sociológicas, como es

incluso el caso de teóricos como Plejanov y Mehring”. De modo que Lukács se propone romper ese conformismo elaborando un material metodológicamente independiente, mientras “estaba naciendo una literatura proletaria revolucionaria”. Esta confesión, fechada en Budapest en 1970, y que aparece en el epílogo de un libro que recopila sus escritos sobre el Realismo, nos da una clave altamente significativa con la siguiente frase: “Mientras que la teoría oficial se limitaba a la llamada ‘corrección ideológica’ (esto es directamente política) del contenido abstracto de las obras y al mismo tiempo —y en el mejor de los casos— trabajaba en la estimación estética con criterios de la teoría y la crítica literaria burguesas, yo me esforcé por poner a prueba en este campo las nuevas ideas que habían adoptado acerca de la estética de Marx.”

Ese esfuerzo lukacsiano parece todo él volcado en legitimar un realismo crítico, profundo y auténtico, contraponiéndolo a cualquier otro desviacionismo, llámese éste expresionismo, surrealismo o, incluso, naturalismo, ya que el marxismo le había reforzado en su antigua tendencia a no

(*) Este texto es un capítulo del libro *El cadáver del padre (Artes de vanguardia y revolución)*, publicado por la editorial Akal. Agradecemos al autor y al editor el permiso para reproducirlo.

ver en el naturalismo una rama justificada del realismo, sino "un modo de representación de la realidad estéticamente contrapuesto al realismo y criticable por principio". Su actitud crítica, según él, se amplía y profundiza, porque ve en las tendencias formalistas de su presente (expresionismo o la "nueva objetividad") tendencias naturalistas en sentido estético. Polemizando con Bloch, en 1938, quiere dejar bien claro que la pugna no es entre clasicismo y modernidad, sino en torno a la cuestión de qué escritores y qué tendencias literarias representan el progreso en la literatura de entonces. "Se trata — agrega — del realismo." Gorki, Thomas y Heinrich Mann o Romain Rolland, son las individualidades que encarnan un realismo contemporáneo, que "nadan contra corriente del desarrollo de la literatura, contra la corriente de los grupos; se basan en sí mismos..." Ellos van a ser, pues, los paradigmas en el análisis lukácsiano. Porque las modernas tendencias del período imperialista, desde el naturalismo hasta el surrealismo, tienen todas en común el que toman la realidad tal y como aparece inmediatamente al escritor y a sus personajes. Todas se quedan, intelectual y emocionalmente paradas en esa inmediatez. No profundizan hacia la esencia. Y la esencia es: "la conexión real de sus vivencias con la vida real de la sociedad, en busca de las causas ocultas que producen objetivamente esas vivencias..."

No les niega Lukács a esas tendencias su trabajo artístico, pues han creado un estilo, un modo de expresión "coherentemente realizado", que a menudo es artísticamente "atractivo e interesante". Pero esa atracción y ese interés no son suficientes. Sus autores están "presos de la inmediatez" y luego protestan contra la soberbia de una crítica que les prohíbe supuestamente escribir "tal como les sale". Si Bloch se permite advertir que discutir la función de vanguardia de tales corrientes es poner en duda la posibilidad de toda anticipación ideológica del desarrollo social, Lukács replica negándoles todo carácter profético, ya que sólo es profético "el realismo importante". Lo profético es para Lukács la categoría de lo eternamente humano, aquello que vale para épocas posteriores. El realismo sería entonces la "vanguardia ideológica"; y no esas presuntas vanguardias de que se trata, como el surrealismo, cuya "incapacidad de principio" para anticipar los desarrollos sociales es para Lukács evidente. Si se considera que el surrealismo es de todas las vanguardias históricas del siglo XX la que adopta fundamentos más científicos, si se considera el celo que su cancerbero Bretón pone hasta el fin de sus días para que su pureza no se desvirtúe y no sólo su voluntad por ser materialista dialéctico, sino la demostración incontestable de que el método dialéctico y materialista es imprescindible en la investigación surrealista; si se consideran los signos culturales futuros que anticipa ese surrealismo y en los que no merece la pena insistir, la afirmación de Lukács se nos antoja, cuando menos, muy poco premonitrice; a menos que por desarrollo social entendamos un limitado modelo económico y sociológico que no tenga en cuenta la complejidad de factores que actúan sobre los modelos culturales de este último cuarto de siglo nuestro.

Para Lukács una "puerta estrechísima" conduce a Joyce y a los demás representantes de la literatura de "vanguardia". Pues, "hay que conocer un determinado truco para entender lo que allí ocurre".

Parece haber un deseo, como una necesidad urgente, en Lukács por demostrar a la luz del método de Marx, del que él se siente "verdadero intérprete", que esa puerta estrechísima debe ser cerrada definitivamente a la posibilidad de que las masas accedan a ella. Ese acceso resulta fácil en el "realismo grande", que junto a la facilidad proporciona "una rica cosecha humana". Si las amplias masas populares no pueden aprender nada de la literatura "vanguardista" es precisamente porque en ella falta "la vida..." (Zdanov había hablado de "describir la vida de nuestro país", etc...) Lukács nos pregunta qué escritor de toda la vanguardia de los últimos decenios se puede comparar desde el punto de vista popular (esto es: penetrar en las masas) con un Gorki, un Anatole France, un Mann... Lukács, que reducido ya los logros del fotomontaje expresionista alemán de un Grosz o de un Heartfield a meros chistes, que ha negado al "expresionismo consecuente" toda relación con la realidad, está en condiciones de decla-

rar la derrota del expresionismo y de explicarla como el resultado de la madurez adquirida por las masas revolucionarias. "Pues — dice — cuanto más firme se hizo el dominio del proletariado, cuanto más amplia y profundamente penetró el socialismo en la economía de la Unión Soviética, cuanto más amplia y profundamente fueron abarcadas las masas de los trabajadores por la Revolución Cultural... tanto más resuelta y definitivamente fue rechazado el arte vanguardista por el realismo, cada vez más consciente..."

Pero, con el expresionismo alemán y con las otras vanguardias no acabaron las masas precisamente, sino Adolfo Hitler; y con la vanguardia rusa acabó José Stalin; esta sencilla verdad histórica parece ignorarla Lukács, no se sabe con qué grados de premeditación ni de alevosía. En cuanto a la desfachatez de que las masas fueran abarcadas por la revolución cultural ya no merece el más mínimo comentario. Para Lukács, no ver en esa "viva y creciente tendencia hacia el realismo" que gana a aquellos escritores que antes del exilio tenían una actitud muy diferente", sería un grave error. Y aquí tampoco parece considerar las condiciones en que se produjo esa implantación decretada del realismo y los oportunismos y los instintos de conservación (conservación del pellejo en muchos casos) que produjeron dentro y fuera de Rusia.

Aducir que en la evolución de poetas como Maiakovski — "entre nosotros" — hay que buscar y ver el verdadero motivo de la muerte del expresionismo, más que una argumentación a favor del realismo parece una broma cruel, a no ser que Lukács se esté refiriendo a la evolución psíquica conformada por factores externos que llevaron al futurista hasta el suicidio. Pues ya se sabe que, lejos de renegar de su futurismo, Maiakovski profundizó en él en sus últimos años; una buena prueba de ello es su última pieza teatral, acogida con una hostilidad acrecida por la escolástica crítica del burocrata. ¿No sería más propio, en vez de hablar de muerte del expresionismo, hablar de muerte de los poetas...?

El síndrome vanguardista no le deja a Lukács un momento de reposo. En su correspondencia con Anna Seghers (1938-39), una correspondencia dotada de respetos mutuos y buenos modales, reconoce el filósofo carecer de "talento artístico-productivo", al tiempo que escribe: "Querida Anna: tú tienes una sensibilidad insólita para con los fenómenos del presente..." ¿No será que, tal vez, esa carencia que reconoce tener el filósofo le priva de una sensibilidad tan insólita como la de su querida amiga? No saquemos deducciones apresuradas: el cerebro humano está aún por descubrir. Tampoco llamaremos tanto al buen polemista Lukács, por más que él nos invite literalmente a hacerlo: "si me he equivocado... que los futuros historiadores de la literatura me llamen tonto". En el caso de que esos historiadores tengan razón, Lukács nos promete que sus cenizas no protestarán por tal juicio. Es previsible suponer, de acuerdo con un materialismo básico, que sus cenizas no protesten; aunque no así, del mismo modo, todos los herederos que su legado intelectual ha alimentado.

Convencido de la ecuación indestructible: realismo-esencia popular-antifascismo, Lukács deja a un lado sus cenizas para insistir una vez más en que "hoy la lucha contra el decadentismo es una lucha actual, necesaria y justa". El concepto "decadente" que Lukács aplica a las vanguardias lo ha avalado también con un Nietzsche paradójicamente a su favor, pues Nietzsche parece ese filósofo que sirve lo mismo para un roto que para un descosido: tanto para justificar el mito nazi del superhombre, como para el posterior "Asalto a la razón" de Lukács contra el irracionalismo, o la reivindicación de su vitalismo por los movimientos vanguardistas. Y Nietzsche en alguna parte ha dicho: "La decadencia literaria se caracteriza por el hecho de que la vida no vive ya en el todo. La palabra se hace soberana y salta fuera de la frase... El todo deja de ser un todo... Siempre la anarquía de los átomos; la disgregación de la voluntad..." Tales son los retazos sustanciales de la frase que le vale a Lukács para construir su crítica al nuevo arte, por no contemplar éste más que la unilateralidad de la vida y no su omnilateralidad. Para él la obra de vanguardia es como un espejo roto, que refleja una realidad fragmentada. La comparación del espejo hace evocar irremediamente a nuestro entrañable expresionista Ramón María del Valle Inclán,

a cuyos personajes de esperpento hacía visitar primero los espejos cóncavos deformantes del Callejón del Gato, en donde cobraban vida definitiva. Y esos personajes permanecen hoy tan vivos y tan auténticos que han eclipsado casi definitivamente a los seres más "realistas," de sus piezas bárbaras, a los que no se les niega, sin embargo, su rica carga mitológica.

El arte *decadente* —nos dice Lukács— reproduce esa realidad desgajada del todo porque padece de inmediatez espontaneísta. Y el tipo burgués de espontaneidad, la adhesión a la inmediatez, es consecuencia de la división capitalista del trabajo; con ella crece. *Espontaneidad* es la "eliminación mental de las conexiones omnilaterales del desarrollo social que están objetivamente presentes y activas en todos los fenómenos de la vida". La relación que Lukács establece entre espontaneísmo y el economicismo del reformismo socialdemócrata, sí resulta apropiada; el capitalismo imperialista —dice— desarrolla en su ideología el escepticismo respecto de la cognoscibilidad de la realidad objetiva, desarrolla y cultiva el desprecio de toda teoría, la ridiculización del entendimiento y de la razón... Y, por tanto —aquí el silogismo se le viene abajo— el arte que ese tipo de sociedad genere parece ir necesariamente estigmatizado con esas lacras; condenado a la renuncia del conocimiento de las leyes del movimiento de la sociedad capitalista, de las leyes que muestran claramente las contradicciones irresolubles de esta sociedad y la necesidad de rebasarla revolucionariamente. El escritor de esta sociedad vive el desgarramiento consecuente de tomar conciencia del papel que le ha sido encomendado dentro de la función social y que perpetúa el divorcio de éste con el público, de éste con lo social. Relaciones, pues, en las que se desgarran el alma del escritor, a jirones... Esa toma de conciencia puede engendrar rebeldía, pero esa rebeldía tiene que llegar a una determinada conciencia de las conexiones objetivas para poder volverse de hecho —y no sólo en la intención, subraya Lukács— contra el sistema de la opresión y la explotación. Pues "lo dialéctico es la unidad de espontaneidad y conciencia". Es Lenin quien, por primera vez, establece esa interacción real entre estas dos categorías. Lukács compone también relaciones de identidad entre espontaneidad y burocratismo; y en la antítesis sitúa: conciencia:tribuno popular. O, también: izquierdismo:oportunismo, como derechismo igual a lo mismo. Tanto en el izquierdismo como en el derechismo —nos dice— se impone análogamente la influencia del medio burgués en el movimiento obrero. También hay más espontaneidad que conciencia en el *terrorismo* para Lenin; espontaneidad como el fruto de la "apasionada indignación de los intelectuales, que no saben o no tienen la posibilidad de unir en un todo el trabajo revolucionario con el movimiento obrero". De ello parece deducirse implícitamente que por el carácter de terrorismo cultural que presentan las vanguardias están, por principio, descalificadas para asumir una función no parasitaria en la sociedad socialista.

El burocratismo que anida con lazos carnales en el seno del capitalismo —pues no se concibe el uno sin el otro—, es para Lukács un rasgo esencial definidor de tendencias artísticas, tanto del formalismo como del naturalismo, que son restos de la decadencia ideológica del capitalismo. La relación burocrática con la vida viene dada por la indiferencia al contenido y al contexto. "El burócrata vive dentro de un mundo que tiene sus propias leyes formales, sobre cuya espontaneidad él vive."

Estas formulaciones están contenidas en su trabajo para "International Literatur", de 1940, titulado "¿Tribuno popular, o burócrata?". El filósofo no puede estrechar tanto el ángulo de visión de sus anteojeras como para asignarle todo el burocraciado al mundo capitalista y no detectarlo en el denominado mundo socialista. Por lo tanto, Lukács reconoce, sí, que existen aún restos de burocratismo en la URSS, pero nos anuncia que su destrucción va incluida en el programa staliniano de liquidación de los restos económicos e ideológicos de la sociedad capitalista. Tal afirmación provocaría una perplejidad infinita en el lector si no fuese seguida inmediatamente por otra aún más sorprendente: "Sería ridículo pretender buscar tendencias 'burocráticas' en la producción de la más amplia capa de los escritores soviéticos destacados. La literatura socialista, to-

mada en su conjunto, es una de las vanguardias más robustas de la auténtica cultura socialista, de la lucha contra los restos del capitalismo...". O sea, que *la más amplia capa* ya son escritores auténticamente socialistas por haber abrazado para el fin de sus días el "realismo socialista". Aunque —sigue diciendo— ello no evitó que *una parte* de los escritores asumiera las "conquistas" literarias del "oeste imperialista", del mismo modo que "los provincianos semianalfabetos suelen imitar hasta la moda más loca de la metrópolis...".

La *victoria del socialismo* es la expresión que Lukács no tiene escrúpulos en utilizar en tiempo presente. Con esa victoria acaba el *desgarramiento* y el escritor vuelve a ser una persona que "vive los más profundos estados de ánimo populares" y que combate también en las principales luchas del pueblo. La sociedad y el arte deponen su extrañeza y su hostilidad. El arte, la vida y el pensamiento se unifican en una profunda unidad orgánica. Y al proclamarse la solubilidad real de todos los conflictos conocidos de la vida social, no se imponen "exigencias extrañas a la materia literaria ni a la forma literaria"; el escritor entonces "se limita a inferir con realismo las consecuencias de lo que diariamente ocurre en la realidad".

Una "estricta justicia" —sigue Lukács— exige el rechazo más decidido de los productos de la decadencia literaria, de su influencia sobre el socialismo. Y es que... no es posible utilizar esas formas de la decadencia para expresar el nacimiento de un mundo nuevo y de sus nuevos hombres, porque con la "escasa, delgada y problemática poesía de la desesperación, "que no consigue tener autenticidad subjetiva más que por la profundidad de esa desesperación misma", no es posible *dar voz al júbilo*. Esto por sí el aval legitimador de la consigna estalinista, que Lukács extiende, no hubiese quedado claro. Y, por supuesto, para dar voz al júbilo ninguno tan patronímico como el forjador de la expresión "realismo socialista", Maxim Gorki, en quien Lukács ve todas las virtudes que adornan el auténtico escritor y ninguno de los vicios. Y así, Gorki es "el más grande tribuno de la revolución", el primer ejemplo de "poeta-crítico", es decir el que percibe con una lucidez asombrosa los problemas teóricos del escritor y da respuestas claras a las malditas preguntas; el que, escribiendo sobre el oficio, dice que el trabajo del escritor hoy nada debe tener que ver con "la maestría de los efectos rebuscados", pues es el trabajo con la materia de la vida misma...

Al situarse por derecho propio como el gran tribuno popular, Gorki es el antiburócrata. El sí que ve el mundo en su omnilateralidad y riqueza, el sí que nos muestra las leyes del movimiento social con claridad y en totalidad; y él sí que es verdaderamente progresivo, porque concretiza la Historia.

Conociendo la irregular obra de Gorki, tan irregular como sus contactos con la Revolución, se entiende con mayor precisión cuáles son los límites del patron realismo propuesto por Lukács. Al considerar como "brújula imprescindible" la herencia clásica, "el modelo de los Leonardo y Miguel Ángel, de los Diderot y Goethe", establece implícitamente cuál es la genealogía directa que lleva a sus nuevos clásicos, los Gorki, los Mann, los Romain..., que son la vanguardia del realismo, la única senda que nos conducirá a la salvación eterna.

Pero Lukács no quiere caer en el defecto de fetichizar la historia literaria academicista, que alimenta —dice— el "cadáver momificado del clasicismo". Y, por otra parte, la teoría de la crítica de vanguardia fetichiza la consigna "novedad" ("El escritor y el crítico", 1939); del mismo modo que el academicismo no conoce "ni presente ni futuro del arte", la teoría de vanguardia no *conoce* —no reconoce, matizaríamos— ningún pasado. Resulta curioso, cuando menos, tal condena del fetichismo en un discurso elaborado precisamente para fetichizar la consigna "realismo". O, como ironizó Brecht, situado en la trinchera de enfrente durante la famosa polémica sobre realismo-formalismo: ¿cómo ignorar el carácter *formalista* que tiene la teoría del "realismo"?

El nuevo arte, pues, fetichiza la subjetividad. Lukács acude en auxilio de su admirado Goethe cuando escribió que sólo mediante la superación de la subjetividad se revelará adecuadamente la personalidad del hombre y del artista. Esa superación requiere un instrumento

epistemológico singular: la teoría correcta y general del reflejo, nacida en el materialismo dialéctico, "en las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin". Es corriente hallar en los escritos de aquellos tiempos un esfuerzo repetido por relacionar a Stalin con las grandes figuras del pensamiento y la práctica marxista, lo que justificaría histórica e intelectualmente su incuestionable presencia en el poder. Esta cita,, escribiendo sobre la teoría del reflejo, se produce en su escrito "Arte y verdad objetiva", que lleva fecha de 1954, o sea un años después de la muerte de Stalin y dos años antes de producirse el XX Congreso con la correspondiente desestalinización retórica a cargo de Kruschev.

La teoría del reflejo es para Lukács el fundamento común de todas las formas de dominio teórico y práctico de la realidad por la conciencia humana. Lenin había escrito que la verdad no se encontraba al principio, sino al final, esto es, en la continuación. La verdad no es la impresión inicial... Y esta verdad elemental que Lenin formula, y cuya paternidad más habría que atribuírsela al colectivo popular, que transmite los mitos y las frases sabias como la de "no hay que fiarse de las apariencias", puede ser aplicada lo mismo a ese *arte decadente* lukacsiano que a ciertos productos artísticos que toman la realidad del primer golpe de vista. Lukács, que hace una impecable lectura de la dialéctica materialista del conocimiento en su interpretación leniniana, parece naufragar una vez más a la hora de aplicarla al arte nuevo. Su epistemología se vuelve así de una parcialidad chirriante. Máxime si consideramos que ese arte, en sus versiones más auténticas, no es sino el resultado de una *no quedarse* con la impresión inicial y el fruto de la reflexión dialéctica que conduce a una revelación de la esencia. No es, pues, la traducción directa de un instante de la realidad inicial, sino precisamente esa *continuación* de que Lenin habla, y que va a permitirle renacer con nuevas fisonomías en progresión sobre las cenizas a que fue reducido, en un siniestro paralelismo histórico, por estalinismo y nazismo.

Bajo la expresión de "art pour l'art" —precisamente este tipo de arte que los vanguardistas denunciaron y detestaron sin paliativos— Lukács introduce a sus bestias negras, los artistas no realistas. Todos en el mismo revoltijo del subjetivismo, que se desarrolla hasta convertirse en la teoría de una "orgullosa y parasitaria separación del arte y la vida, de la negación de toda objetividad del arte, de la glorificación de la soberanía del individuo creador"... Se hace teoría de la "indiferencia del contenido y la arbitrariedad de la forma". Esta tendencia a la subjetivización desgarrar la unidad dialéctica de la forma y el contenido del arte, dice. Y podríamos estar de acuerdo con estas tesis si no partieran de premisas tan falsas como la de esa identificación ya denunciada por Lukács establece entre ese "art pour l'art", que no parece admitir ningún tipo de compromiso objetivo, y las vanguardias, que fueron, antes que nada, compromiso. Que fueron, no la decadencia capitalista, sino la denuncia de ese capitalismo en decadencia. Lukács puede citar a Hegel para explicar que el contenido no es más que la mutación del contenido en forma. Y legitimando ese juego de palabras, legítimo de por sí, lo que hace al fin y al cabo es legitimar la obra de escritores como Kafka o como Joyce, por citar sólo a dos de sus más profundos damnificados.

Pero a estas alturas de la historia —y sobre todo de la historia rusa— Lukács no puede pasar por alto en sus críticas a todo ese arte caricatura del realismo, nacido en las décadas estalinistas. Eso parece al menos deducirse de su crítica al fotografismo o a un arte de propaganda directa, en los que la subjetivización desgarrar también esa unidad. Entiende Lukács que el detalle en la obra de arte ha de ser elegido y configurado desde el primer momento, de tal modo, que su conexión con el *todo* sea en él íntimamente activa. Y que la verdad artística de un detalle fotográficamente correspondiente a la vida es puramente casual, arbitrario, subjetivo; con lo que está admitiendo claramente la posibilidad de que ese tipo de reflejos sean falsos. En cuanto al arte de propaganda directa, "que ignora las más profundas posibilidades objetivas de propaganda del arte y pone en su lugar una propaganda puramente subjetivista", el destinatario de esa crítica se percibe implícitamente si no fuera porque Lukács explicita poniendo un ejemplo: el escritor norteamericano Upton Sinclair. Y, de todos modos, cabe preguntarse, ¿quién puede ser el juez que mida los grados de verdad con-

tenidos en la utilización del detalle o sus posibilidades objetivas? ¿No estaremos siempre, irremediamente, abocados a un juicio de intenciones con pretensiones científicas? Si el mismo Lukács reconoce más adelante que la aparición y la conquista de una nueva temática produce una clase de leyes formales nuevas, internas y esenciales, que van desde la composición hasta el lenguaje, ¿quién mejor que cada artista concreto, enfrentado a esa nueva temática, para fijar en cada caso sus leyes internas que acierten a resolver los problemas estéticos que la nueva temática le plantea? Pero esto para Lukács, ¿no sería también subjetivismo?; de este modo, el margen de acción de cada artista se reduce a extremos insoportables. Y esas limitaciones abarcan, por supuesto, a los géneros. Si el arte nuevo ha luchado por derribar esos encastillamientos, Lukács contrapone que cada género tiene sus leyes determinadas de configuración, leyes que ningún artista puede ignorar, "bajo pena de destrucción de la obra".

Del mismo modo, los personajes de la novela han de ser, como quería Engels, cada uno un *tipo*, pero también, al mismo tiempo, un individuo determinado, un *éste* que decía el viejo Hegel. La obra de arte —dice Lukács— ha de dar "claramente forma a los presupuestos", está obligada a clarificar gradualmente en cada una de sus partes; y el final será la aclaración del todo. Por eso, sólo la aplicación correcta de la teoría del reflejo permitirá llegar a un realismo auténtico, profundo, rico, complejo, alejado tanto de las teorías mecanicistas de imitación exacta y directa de la naturaleza, como del idealismo clásico contemporáneo que no ve en la naturaleza sino una idea del espíritu; o del "idealismo acentuado" de la teoría de la abstracción. El primero de los ejemplos que pone Lukács estaría representado por un escrito teórico sobre la obra teatral del que es autor Diderot y que sorprende por todo lo que contradice la obra de creación renovadora y auténticamente moderna del genial enciclopedista. Cuesta imaginarse al autor de "Jacques, le fataliste" escribiendo que la perfección de una pieza teatral consiste en "una imitación tan exacta de una acción que el espectador, en una ilusión ininterrumpida, se imagine estar él mismo en esa acción". Por fortuna, Diderot no hizo en la práctica mucho caso de sus teorías.

El segundo ejemplo —el idealismo clásico— corre a cargo de Schiller; un Schiller teórico que no se contenta con la apariencia de la verdad, sino que aspira construir la obra sobre la verdad misma. Pero, como Schiller no entiende por verdad un reflejo *profundo* y *completo* de la realidad objetiva, sino que aísla la verdad de la realidad material, su idealismo es el apropiado para no ser imitado por los escritores socialistas. Schiller, que fue el primer formulador del distanciamiento teatral que Brecht habría de fijar más científicamente, consideraba que el producto de la fantasía artística es "más verdadero que toda realidad y más real que toda experiencia". Por último, Worringer encarna ese "idealismo acentuado" de la teoría de la abstracción, del "temor intelectual al espacio", de la "voluntad artística absoluta", de la exigencia interna latente, que existe con absoluta independencia del objeto..., por sí misma, y se comporta como voluntad de forma... Las teorías de Worringer son para Lukács como el final de partida, el punto culminante del "vaciamiento subjetivista de la estética...", de la decadencia de las formas en el período del capitalismo en corrupción".

Para no caer en el "pantano" de esa descomposición imperialista, Lukács vuelve a proponer (estamos en 1954, no lo olvidemos) una vieja convicción suya: "realismo para las masas". Entonces, Lukács habla de que habrá que "mantener vivos en esos hombres su talento natural, su inclinación espontánea a las formas verdaderas", su materialismo espontáneo... Y dice *mantener* y no *potenciar* o *descubrir*. Dice también *promoverlos*, lo que supone: "hacerles claramente comprensible desde un punto de vista marxista qué es narrar, qué es cantar, etc..."

Claramente comprensible, para que ninguna pobre mujer pueda nunca más volver a exclamar ante los murales de Chagall, Kandinsky, Malevitch, eso de "¡nos quieren hacer adorar al diablo!". Porque "desde un punto de vista marxista" narrar, cantar, bailar o pintar habrá de coincidir necesariamente con el punto de vista oficial y su "materialismo espontáneo". Hay que procurar que el diablo no penetre en los *koljoses* y en las fábricas disfrazado de artista proletario.

El simbolismo popular, su capacidad para transmitir los mitos domiciliados en el subconsciente colectivo y los más audaces tropos, su sabiduría espontánea y su sensibilidad dispuesta a recibir por todos los poros de la piel, todo aquello cuanto pueda elevar y fortalecer a ese pueblo, deberá ceñirse a los estrechos límites fronterizos diseñados por teóricos, sacristanes y policías culturales. Lukács pretendía, sí, un realismo rico y no pobre, profundo y no superficial, un "realismo crítico", pero sus categorías estéticas, su sistema de patrones, le impedían descubrir en los auténticos productos del nuevo arte y de la nueva literatura la otra cara del espejo lewis-carrolliano, sin la cual el realismo no es otra cosa que eso: "realismo" de entrecuñillas. Lukács era un racionalista, un hombre de la ilustración. Y esto no es nada malo sino todo lo contrario, a condición de que se pertenezca al siglo XVIII. Pero la modernidad no es un capricho ni una moda, es una necesidad histórica como bien debería saber Lukács; tan necesidad como ese arte *decadente*, producto de la corrupción, que no contento con describir o interpretar la realidad se atreve a transformarla... con sus contradicciones teóricas indudables, y su no menos indudable voluntariedad pasional, con sus excesos — también la revolución es exceso — y su énfasis por acabar con el pasado y entender el presente como futuro. Lukács contempla en su juventud la batalla expresionista y dadaísta en Alemania, la oposición de unos grupos a otros, las negociaciones rotundas, que tienen su paralelo en la Unión Soviética entre otras tendencias; y creyendo aportar el modelo del término medio justo, mediando entre los extremos subjetivistas y objetivistas, va levantando su teoría del *realismo*, no menos apasionada y no menos formalista, como apuntaba Brecht, que otras teorías de la vanguardia rabiosa, si bien la suya se declara depositaria de la herencia marxista-leninista-estalinista. Y ese término medio de justicia, racional y dialéctico, se convierte, acaso a su pesar, en la gran coartada filosófica y teórica de la nueva consigna. En su intento de crear esa metodología el resultado deviene en dogma, y la epistemología se pone al servicio de la nueva escolástica. La *Estética* marxista arrastrará esa rémora a través de guerras frías y deshielos. Aquellos errores se pagan ahora, pues ¿qué es la denominada crisis actual del marxismo sino un *reflejo* y bastante mecánico por cierto, de aquellas reelaboraciones teóricas de Marx condicionadas por un elemento externo policíacamente condicionante, por más presunción de objetividad e imparcialidad que entrañen? En el terreno de la *Estética* esa crisis es más que evidente, y el daño histórico se dejará sentir en la práctica y en el hoy de aquellas sociedades de un cuestionable socialismo, en las que un tipo de realismo sigue siendo la categoría prevalente, en las que artistas creadores de caballitos azules y de vacas verdes se ven obligados con exhibiciones privadas de tapadillo ante reducidas clientelas catecúmenas. Aún está vigente la guerra contra el "formalismo". Y aún hoy, el cineasta Eisenstein se vería obligado a repetir su frase defensiva: "Llamar formalista a un hombre que se ocupa de la forma es tan razonable como llamar sifilítico a un hombre que estudia la sífilis".

Los materiales sobre el realismo de Lukács no se limitan a "desenmascarar" el decadentismo de importación que él está seguro de percibir en toda tendencia que se aparta del realismo, el carácter idealista y parasitario de esas desviaciones, sino que azuza a los perros y toca a rebato llamando a su expulsión cuando no a su extinción. De ahí que su responsabilidad en el estropicio sea importante. El tiempo de los arrepentimientos y de la desestalinización, que se inicia a la mitad de los años cincuenta, en los partidos comunistas del mundo, en sus intelectuales orgánicos, no hará una revisión en profundidad de las cuestiones culturales, con lo que el edificio estético lukacsiano permanecerá en cierto modo intacto y sólo afectado por ciertas resquebrajaduras. La infalibilidad lukacsiana no ha sido puesta en cuestión con el énfasis suficiente como para conseguir el desagravio rehabilitador sincero y sin complejos ni timideces de las vanguardias artísticas soviéticas de los años 20.

El último Lukács, encabezando con su autoridad filosófica esa corriente de los arrepentimientos tardíos, declarará en 1966 en el curso de unas conversaciones mantenidas en Budapest con varios profesores de la República Federal alemana (3) que "con Stalin se produjo una corriente



manipuladora en los intentos de justificación teórica de las resoluciones socialistas, a diferencia de lo que ocurriera en tiempos de Marx y Lenin"; y renuncia que nos halláramos en un momento en que se siguen superando, con métodos todavía estalinianos, los más crasos errores del stalinismo, que él califica ya de "manipulación brutal". En otro momento de la conversación recalca: "No me canso de decir que estamos desmontando el estalinismo en forma estalinista". Lukács piensa que no se pone el énfasis que haría falta y que la ruptura no ha sido radical. Tampoco la suya lo es con sus propias tesis estéticas. El viejo Lukács arremete — ahora sí, de modo explícito y nítido — contra el "realismo socialista" de la era estaliniana, denominándolo "naturalismo de época", y denunciando que todo cuanto ha navegado bajo ese pabellón y cuanto hoy en día se utiliza para comprometer el término — *realismo socialista* — no sólo no es, a su juicio, tal socialismo, sino que ni siquiera es realismo.

Pero la antinomia entre racionalismo e irracionalismo, entre realismo y anti-realismo, sigue vigente en su esquema analítico (2). Quien tacha de esquemáticas a las vanguardias no puede superar la paradoja de su propio esquematismo. La vanguardia literaria continúa encarnando para él los sueños, la pesadilla contra la realidad, lo patológico contra lo normal, el estatismo contra el dinamismo, el individuo (aislado de su sociedad) contra la historia... Joyce o Beckett, por ejemplo, no son para él menos esquemáticos que muchas producciones, "tan justamente criticadas". — dice — del realismo socialista. La alternativa no deja de ser: o Kafka o Mann. El primero: "una decadencia artísticamente interesante"; el segundo "un realismo crítico verdadero como la vida" (sic).

Volviendo a la conversación mantenida con aquellos profesores, queda claro que sus modelos narrativos siguen siendo Mann y Gorki; a los nuevos lenguajes con los que el siglo XX se expresa ya de un modo natural y sin traumas, les otorgará pálidos reconocimientos, respuestas alusivas, en las que no se sabe qué grados de realismo está dispuesto a conceder a un Góngora con respecto al modelo Cervantes, porque "los problemas puramente formales de la renovación lingüística son inflados de modo que tal que pasan a convertirse en grandes problemas independientes". El contenido sigue siendo para Lukács decididamente lo primario; y si los descubrimientos del lenguaje surrealista están fuera de toda duda que ejercieron una notable influencia en la lírica de Paul Eluard, por ejemplo, también está fuera de dudas para el viejo Lukács que "los poemas verdaderamente grandes de Eluard son algo distinto del lenguaje surrealista".

Así, pues, el surrealismo puede ayudar a ciertos poetas a ser más grandes, siempre que se olviden a tiempo de que son surrealistas. □

(1) Holz, Kofler, Abendroth: "Conversaciones con Lukács". Alianza Editorial. Madrid, 1966.

(2) Su libro "La significación presente del realismo crítico", 1957, es especialmente significativo a este respecto.

Por una nueva política comunista

Todavía está reciente la publicación en Madrid del llamado "Manifiesto de los 200", sin duda la corriente crítica más importante surgida en el PCE madrileño desde la guerra civil, si no desde su fundación. Poco tiempo después se hacía pública la formación del Colectivo Comunista Democrático, que, a pesar de su proximidad política a sectores de "los 200", ha preferido integrarse en la Asociación para la Renovación de la Izquierda (ARI) como un colectivo diferenciado. En la entrevista que sigue participaron Gervasio Cordero (grupo de "los 200"), Laureano Cuervo (CCD), Miguel Moral (CCD) y Vicente Peragón (grupo de "los 200").

M.F.E.

M.F.E.: Uno de los temas más reiteradamente discutidos en el proceso precongresual del PCE, en el V Congreso del PSUC, en el "documento de los 200", etc., ha sido el de la transición al régimen parlamentario, concretamente el paso por el PCE de la "ruptura" a la "reforma", de la movilización a los pactos desmovilizadores. Dejemos, de momento, el tema de la relación entre pactos y movilización. El golpe semifallido del 23-F ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de la ruptura: resulta obvio que el mayor peligro para las libertades democráticas y otras conquistas de los trabajadores proviene hoy de ese aparato estatal heredado intacto del franquismo, un aparato que se enfrenta a la democracia aun cuando ésta no represente hoy peligro alguno para la dominación burguesa. Después del 23-F, el problema de la "ruptura", o sea la liquidación de ese aparato franquista, ya no es simplemente una reivindicación de algunas fuerzas políticas minoritarias, dentro de la izquierda revolucionaria o el nacionalismo radical, sino un objeto de discusión general. ¿Cuál es vuestra posición a este respecto?

G. Cordero.: Creo que, a estas alturas, no sería correcto plantear de nuevo la "ruptura" en el sentido de entonces, sobre la base de un acuerdo entre fuerzas de signo muy distinto. La ruptura que tú planteas ya no es posible sobre aquellas bases. Ha pasado el tiempo y la burguesía se ha consolidado políticamente y quiere un aparato de Estado fiel desde el punto de vistas de sus intereses. Ahora, la ruptura, entendida como transformación y democratización del aparato del Estado, tendría que pasar por un gobierno de izquierdas. Esto tiene relación, evidentemente, con la alternativa política que la izquierda podría plantear de cara a las elecciones, de transformación en profundidad del Estado y, en concreto, democratización del Ejército.

M. Mora: Coincido con Gervasio. Debemos sacar conclusiones de lo ocurrido, pero no podemos volver atrás. La conclusión para los comunistas debe ser que siempre que se hace política superestructural las consecuencias son negativas. Nadie puede asegurar ahora que tuviéramos fuerza suficiente para lograr la ruptura: esto ha quedado por ver. Lo que digo es que aquello estaba mal orientado desde el principio, que tenía que salir mal, porque desde el principio dejamos de hacer política basada en la movilización popular. Aquello está en el origen de la decadencia que ahora sufrimos.

L. Cuervo: Coincido con lo dicho. El hacer política desde arriba ha tenido como consecuencia la desmovilización no sólo de las masas, sino también de la vanguardia. La política que se hacía al final de la dictadura estaba muy conectada con las masas, incluso con formas de democracia directa. El abandono de eso, la opción por una política superestructural, ha sido la causa de la crisis de los partidos de izquierda, porque los militantes no han podido ni querido comprender ese desvincularse de las masas. Todos han sufrido este proceso, salvo los que estaban en los órganos

más altos de dirección o en cargos públicos y creían hacer algo allí.

V. Peragón: También yo estoy de acuerdo, pero no creo que la ruptura sea un problema de otro tiempo. Si no vamos hacia algún tipo de ruptura, y yo entiendo por tal la depuración del aparato del Estado y los poderes fácticos en general, viviremos una democracia dirigida por los mismos que manejaron el franquismo. Habrá que forzar la unidad de la izquierda para desalojar a esa gente. En su momento no hubo ruptura porque los partidos de izquierda cayeron en el entreguismo: de ahí arrancan la desmovilización y el desencanto. Y no hablo ya de aquellos cuya política ha sido siempre ésta, sino del Partido Comunista, que había sido la fuerza catalizadora de las movilizaciones durante todo el franquismo, sobre todo en los dos años anteriores a la muerte de Franco. Del 73 al 75 hubo un nivel de movilización que no se había dado ni siquiera en la República. Cuando se vive la movilización de un pueblo entusiasmado, galvanizado, y no se sabe aprovechar, eso es entreguismo. Al morir Franco, sabéis que hubo evasión de capitales, etc.: la moral de las fuerzas franquistas estaba por los suelos. En la misma proporción estaba elevada la moral de un pueblo que creía llegado su momento. Lo único que hubiera necesitado es que los partidos que hasta entonces lo habían movilizado explotaran ese éxito con todas sus consecuencias, pero entonces fue cuando vino la legalización del PCE, ese concierto que para mí fue una entrega. La legalización era necesaria, pero si el partido hubiera seguido una línea de lucha la habría conseguido más tarde o más temprano. Hubo una oportunidad extraordinaria de lograr, si no una ruptura total, al menos unas condiciones mejores. Hay que sujetarse al veredicto de los hechos: al cabo de cinco años, ¿qué se ha producido? La derecha está más afianzada, es hegemónica. La izquierda, que lo era entonces, está hoy en una posición secundaria.

Para no hacer la ruptura se agitó un absurdo que, desgraciadamente, nos tragamos: el de la involución, que se utilizó para desmovilizar al pueblo. Santiago Carrillo es quien más hablaba y habla de ello. Hubo un verdadero alarde de fuerza para impedir las movilizaciones, para que no se luchara por la ruptura.

Luego vinieron los pactos. Nadie niega alianzas o pactos en determinadas situaciones. Pero pactos que se sabía desde un principio que iban a ser un fracaso, como los de la Moncloa... ¿Qué movilizaciones hizo el PCE para que se cumplieran? El problema de la ruptura, haber dejado pasar esa situación decisiva, es para mí el pecado principal que recae sobre la dirección del PCE.

M.F.E.: Es obvio que cualquier lucha termina, o con la aniquilación total del adversario, o con alguna forma de pacto o acuerdo. Podríamos establecer dos criterios con los cuales evaluar estos pactos, a falta de un recetario imposible. El primero, que se ajusten, que apuren al máximo la correlación de fuerzas lograda por los trabajadores: esto vale tanto cuando se

trata de alcanzar mejoras como cuando lo que hace falta es minimizar los costes de una derrot. El segundo, que la situación en que se cierra la lucha sea una situación a partir de la cual se pueda reanudar, si es posible en mejores condiciones. Creo que se puede afirmar que toda la cadena de pactos en los que se fue comprometiendo el PCE: la reforma pactada, los Pactos de la Moncloa, la Constitución, el consenso legislativo, el ANE, no respondían a estos criterios, con independencia de que sellaran o no algunas mejoras en términos absolutos. ¿Qué tipo de relación estableceríais vosotros entre la movilización y los pactos y acuerdos, en el sentido más amplio de la expresión?

G. Cordero: Desde mi punto de vista hay que distinguir entre pactos como la Constitución y pactos en el terreno económico en los que se ven implicadas directamente las organizaciones de masas. No es que los primeros sean buenos y los segundos negativos, sino que responden a motivaciones y coyunturas distintas. El pacto constitucional se hizo a la salida de la dictadura, fue entre partidos y permitió disponer de una constitución aunque le faltó transparencia y explicación y se renunció a la defensa clara de algunas opciones básicas que los partidos de clase hubieran debido defender: el modelo de sociedad, la estructura del Estado, la forma de gobierno.

El de los pactos económicos es otro terreno. En una situación de crisis, y salvo que haya una alternativa clara de izquierdas y una movilización popular en sentido socialista, un pacto económico es siempre negativo para los trabajadores. Las organizaciones sindicales y los trabajadores difícilmente pueden conseguir avances o simplemente consolidar posiciones. La situación se complica cuando los propios partidos de izquierda presionan en este terreno afirmando que lo que hay que hacer es dejar pasar la crisis, que luego estaremos en mejores condiciones. Dada la vinculación de las principales organizaciones a los partidos de la izquierda, cualquier pacto en el terreno económico tenía que ser desfavorable para los trabajadores. Han sido los partidos de izquierda, y en concreto el PCE, los que han colocado a CC.OO. ante la firma del ANE. De hecho, la única posibilidad de que los convenios empresa a empresa logaran algo mejor que el ANE habría estado en una perspectiva de movilización y de victoria de la izquierda. Como esa no era la expectativa que se propiciaba, quedaba un marco enormemente restringido.

En otros casos ha habido inconsistencias fundamentales, como con el AMI. Cuando CC.OO. no lo forma, difícilmente podía dar después una batalla consecuente en contra cuando el PCE estaba proponiendo una política basada en un acuerdo entre el PSOE y UCD. La gente no puede comprender que se la llame a una lucha durísima cuando, al mismo tiempo, se propone un gobierno de coalición con la derecha en el que el PCE renuncia incluso a estar. Cuando un partido no plantea la necesidad de estar en un gobierno, eso es ya prácticamente el suicidio. Buena parte de la crisis de los "renovadores" tiene que ver con esto.

M. Mora: Respecto a los pactos políticos, la cuestión fundamental es que se hagan con conocimiento y participación de la base de las organizaciones, explicando de entrada que es una necesidad y qué contrapartidas pueden derivarse. Y estamos todos de acuerdo en que el mínimo es consolidar posiciones, aguantar donde se está y, desde luego, en el mejor de los casos avanzar. Pero cuando un pacto puede consistir en que la base de una organización política deje de recibir formación sobre la forma de Estado, me parece ya un error político grave. Nosotros habíamos dicho siempre que la forma republicana era algo consustancial al progreso que queríamos. La población española puede orientarse en un momento determinado en otro sentido y nosotros aceptarlo, pero nada tiene que ver con nuestra posición de principio.

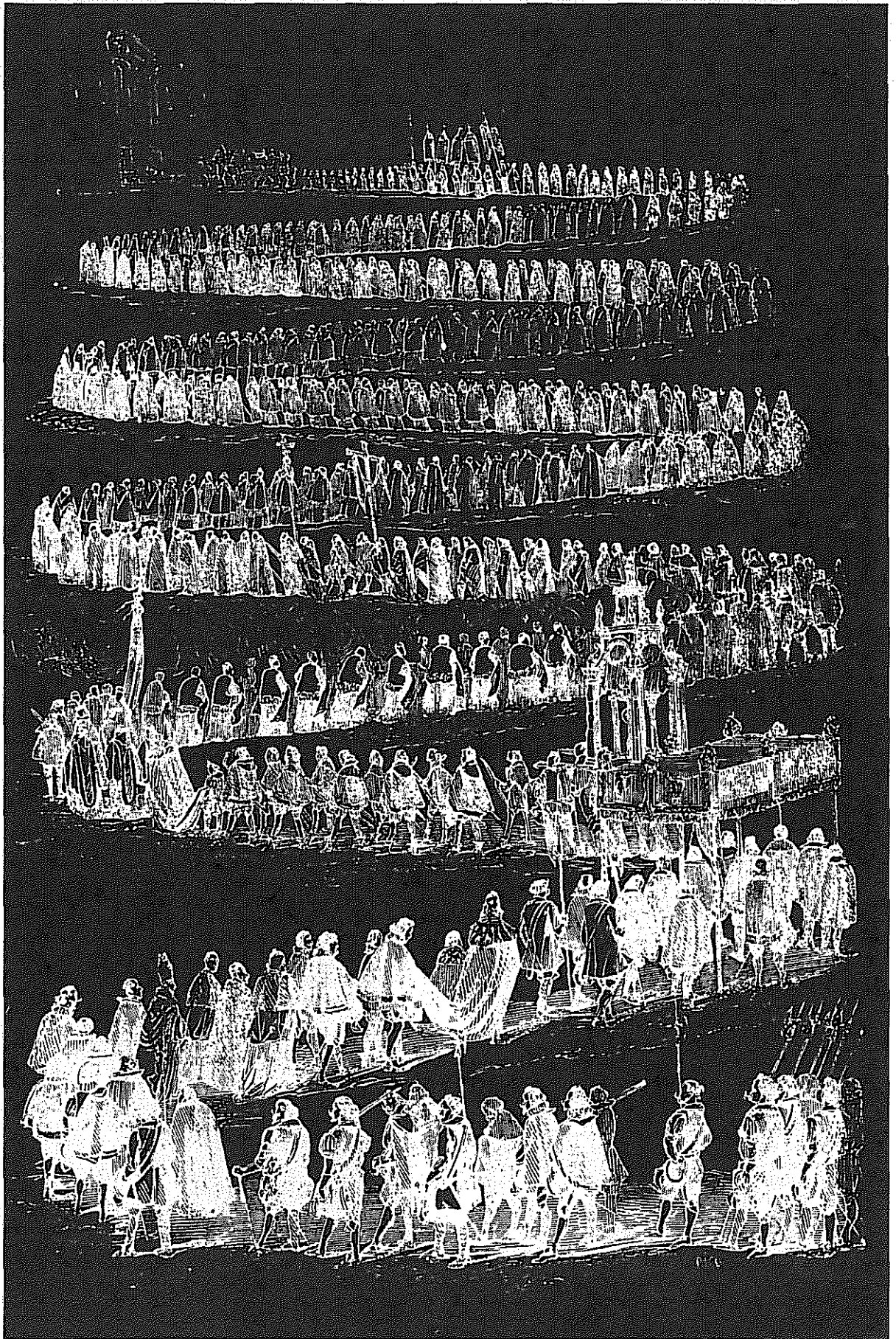
En cuanto a los pactos de naturaleza económica, me parece fundamental señalar que no será posible hacerlos en términos aceptables mientras las organizaciones sindicales estén, como ahora, en mayor o menor medida, subordinadas a los partidos políticos. ¿Quiere eso decir que las organizaciones sindicales vayan por un camino distinto al de los partidos de los trabajadores? No necesariamente.

Sólo que tendrá que ser la práctica la que demuestre que se sabe hacer una política general o sindical que pueda tener coincidencias sustanciales, pero sin subordinaciones. Estoy de acuerdo en que el margen que les han dejado a los sindicatos, en especial a CC.OO., ha sido escasísimo, casi nulo. Pero también tengo que decir que parece observarse, sobre todo en el seno de CC.OO., un nuevo espíritu de que, para poder funcionar de verdad en defensa de los intereses de los trabajadores, no se puede estar supeditado a la política coyuntural de cualquier partido, sea el que sea, y que la coincidencia tendrá que darse en los objetivos máximos, pero desde luego no en la práctica de cada día.

M.F.E.: Los eurocomunistas, tanto "oficialistas" como "renovadores", han venido insistiendo hasta la saciedad, particularmente después del V Congreso del PSUC, en el tema de la vía democrática — aunque sería más justo si dijieran parlamentaria —, la alternancia en el poder. En el manifiesto de los 200 — no conozco ninguna toma de posición sobre esto del Colectivo Comunista Democrático — se hacía una distinción, que me pareció relativamente pertinente, entre gobierno y poder. Se aceptaba la alternancia en el "gobierno", pero no en el "poder". Se razonaba, por ejemplo, que no se puede andar colectivizando los medios de producción cada cuatro años. Efectivamente, si con la expresión "poder" se quiere designar algo más que una cosa metafísica, hay que concretar a qué alude en el terreno económico, social y político. La colectivización de los medios de producción, desde luego, cambiaría las relaciones y la naturaleza del poder en el terreno económico en cualquier caso. Pero aun así queda pendiente el problema de quién colectiviza, quién puede descolectivizar y quién puede negarse a hacerlo. En definitiva, la distinción entre gobierno y poder tendría que hacerse en el mismo plano político, y, si no estamos hablando simplemente de mecanismos de poder ocultos — como de hecho existen hoy en las llamadas sociedades democráticas —, entonces tenemos que referirnos a cambios en las estructuras del poder político. Una cosa es el gobierno, y otra la estructura política en que se apoya. Podemos pensar, por ejemplo — y no hay que hacer grandes esfuerzos para ello —, en una estructura de poder basada en formas no de representación — como el Parlamento o los ayuntamientos —, sino de participación — como los consejos de fábrica, oficina, etc., las asociaciones de vecinos, organismos de estudiantes, agrupaciones de consumidores y demás federados o confederados a escala del Estado. Este tipo de organizaciones podrían ser la base misma del gobierno o/y combinarse con formas de representación parlamentaria indiferenciada. En tal caso sí tendría sentido la distinción entre gobierno y poder.

M. Mora: Quisiera hacer algunas consideraciones previas. Creo que hay carencias serias en torno al análisis estructural de España. En su momento, Ignacio Fernández de Castro ya apuntó que hacia finales de los años 60 se había alterado profundamente la composición social del país. Todavía no se han sacado las consecuencias de esto, o se han sacado en un sentido derechista, como cuando algunos dicen que aumento del nivel de vida es igual a evolucionismo y socialdemocratización del movimiento obrero. En el otro campo, con un cierto espíritu voluntarista, se afirma que todo sigue igual desde el momento en que hay una clase que explota y otra que es explotada y así.

Uno de los problemas a resolver es que, por una parte, la clase obrera en el sentido clásico ya no es mayoritaria y, por otra, hay un sector intermedio de la población española, que puede ir desde el sector cualificado de la clase obrera hasta un sector de la mediana propiedad, en total probablemente no inferior al 30%. ¿Qué proyecto se les puede ofrecer? ¿Que sigue siendo válido colectivizar los medios de producción? Ya sabemos lo que "colectivización" puede significar, pero podemos darle un sentido más moderno que va desde la ocupación estatal hasta las cooperativas — yo prefiero hablar de autogestión —. En principio me inclinaría a entender que el cambio que necesita nuestro



país se tiene que fundamentar en una alianza básica entre la clase obrera y la pequeña y mediana propiedad en todos los sectores de la producción. Tendríamos que modificar el concepto de la propiedad privada contra la que nos dirigimos. Hay un sector, que algunos definen como la oligarquía, que tiene en sus manos el poder financiero y el control mayoritario de la industria y la agricultura y que representa tal vez menos del 15 o el 20 % de la población. Me parece que un planteamiento de la lucha en términos de otras épocas no conduciría a que fuera posible un cambio real. Se puede tachar esto de reformismo, y sin duda significa un ritmo más lento, pero me parece el único ritmo posible. Todo esto tiene consecuencias, por ejemplo, en el orden político: ese gran bloque social no es solamente el heredero de la clase obrera. En un pequeño papel que hemos hecho ya hemos dicho que asumimos como conquista universal las libertades democráticas. La clase obrera tendría que seguir siendo el motor del posible cambio, pero ya no puede hacerlo sola. Esto implica una visión mucho más amplia del problema. La vía democrática, por consiguiente, la entenderíamos como aquella que consiste en utilizar todos los instrumentos de representación que se han ido conquistando a lo largo de la historia moderna y ponerlos al servicio de ese gran bloque social. Eso significa renunciar a cualquier método que no consista en la revolución de la mayoría. Significa emplear el voto para conquistar el poder y, si éste bloque lo logra, garantizar las libertades y el respeto a la posibilidad de alternancia.

M.F.E.: Perdonad que irrumpa de nuevo, pero es que Miguel ha entrado de lleno en el problema que quería plantearos a continuación, el de las alianzas en el camino hacia la transformación socialista. Podemos tratar las dos cosas conjuntamente, pero quisiera que en todo caso tratásemos las dos: el camino y el objetivo, hacia dónde vamos y por dónde. Por un lado está el problema de qué tipo de régimen, de Estado o de estructura política queremos. Por otro, el de qué alianzas son necesarias para llegar ahí. Y, en este segundo aspecto, no veo que la restricción del concepto de clase obrera a los que realizan un trabajo manual en la industria sea necesariamente más de recibo que su ampliación hasta comprender a todos esos sectores de técnicos medios, trabajadores de los servicios, etc. que ven cómo su situación se aproxima a la de los obreros industriales. Desde luego que ahí hay diferencias de ingresos, ideológicas, de percepción de la propia adscripción de clase y demás, pero hay una aproximación en cuanto a su asalariación, su sometimiento a la parcelación del trabajo, su situación de subordinación, el acercamiento de sus salarios al coste real de su fuerza de trabajo, el peligro de desempleo o la sindicación de estos sectores. Creo que esto es importante, porque lo que media hoy entre una clase obrera industrial minoritaria y la posibilidad de formar un bloque social mayoritario por el socialismo, en mi opinión, es más la necesidad de unificar a los trabajadores en este sentido amplio que la alianza —necesaria, sin embargo— con una pequeña propiedad que es mucho más minoritaria y no es una fuerza social decisiva, o al menos no tan decisiva. La otra parte del problema es que, al afrontar el objetivo de una revolución basada en la mayoría, se puede partir de la convicción de que un proyecto de transformación socialista —que es algo más que aumento de los salarios y mejora de las condiciones de trabajo en las industrias— puede ganar a esos sectores intermedios de trabajadores e incluso a sectores no de trabajadores; o se puede, por el contrario, concluir que, si solamente los obreros fabriles están por el socialismo, cualquier proyecto de transformación con el apoyo de la mayoría debe empezar por renunciar, al menos de momento, al objetivo socialista. Este razonamiento último ya lo ha hecho, claramente, la socialdemocracia.

L. Cuerdo: Con respecto al tema de los bloques, creo que es importante la distinción entre clase obrera industrial, la que está directamente relacionada con la producción, y clase obrera asalariada. Ha habido dos opciones: una planteaba que el proletariado es igual a todos los

asalariados, luego había que mantener los mismos conceptos teóricos que antes; otros solucionan el problema planteando que el concepto de clase obrera ya no sirve y habría que sustituirlo por el de clase trabajadora (esto se dijo en la VII Conferencia del PCE). Ni se puede considerar simplemente proletarios a todos los asalariados ni se debe negar el papel motor de la clase obrera, del proletariado, aunque, evidentemente, la sociedad se ha hecho más compleja y éste es un tema a profundizar.

Tampoco creo que la cuestión de la vía democrática quede resuelta con decir que habrá, de un lado, un parlamento y, de otro, una serie de consejos, etc. Esto es algo que debemos comenzar a discutir, incluso a dibujar un proyecto. Es indudable que hay que conservar las libertades individuales, pero es importante distinguir entre gobierno y poder. La transformación en profundidad del aparato estatal, incluso su depuración, como aquí se ha dicho, solamente será posible con la participación de las masas con formas de democracia directa. Cuando el PSOE esté en el gobierno se va a encontrar con el problema de fuertes resistencias desde dentro del aparato estatal, como le ha ocurrido a UCD con la LAU. Por otra parte, la experiencia histórica de las revoluciones y de los gobiernos obreros muestra las dificultades de conseguir que las masas sigan participando en la vida política. La vía democrática supone conservación de las libertades, del parlamento, de los mecanismos de la alternancia, pero vía democrática y revolución de la mayoría significan también democracia directa y participación.

G. Cordero: Cuando se utiliza el término "vía democrática", más que porque pueda haber una vía no democrática al socialismo, se hace para designar la idea de un acceso al gobierno y al poder pacífico, por medio de las urnas. Por otra parte, se plantea en contraposición a lo que se ha producido en las sociedades de transición: un sistema de ejercicio del poder socialista a través de un partido único en el que el partido, de alguna manera, es el propio Estado. En cuanto al primer aspecto, creo que no existe hoy ninguna corriente comunista con una mínima implantación que se plantee volver pura y simplemente al modelo de insurrección armada de los años 20. En este sentido no hay muchas novedades. Donde puede haber problemas más importantes, teóricos y prácticos, es en el segundo aspecto, es decir una vez se ha accedido al gobierno electoralmente, cómo ejercerlo para detentar realmente el poder y construir el socialismo y el poder socialista. Desde ese punto de vista sí me parece pertinente la distinción entre gobierno y poder. Podemos hablar de alternancia en el gobierno y no en el poder, pero ésta sólo sería posible sin traumas si la izquierda no hiciera ninguna transformación económica o social cualitativa, porque desde el momento en que las plantee la lucha de clases se agudizará hasta el punto de ser muy difícil, sobre una base tan conflictiva, que pueda seguirse con arreglo a las normas de la democracia parlamentaria una secuencia en la cual, por ejemplo, tras un gobierno que haya socializado una parte muy importante del aparato económico, venga otro que lo reprivatice y así sucesivamente, cada cuatro años. Esto sería una distorsión imposible de soportar económicamente. Daría lugar a una inestabilidad tal que el mismo sistema parlamentario no duraría mucho tiempo.

Por eso, no sólo por voluntad de la izquierda, sino forzado por las circunstancias mismas, junto con la transición al socialismo y al comunismo tendrá que venir —o tendría que venir, porque otra cosa es que se consiga— un proceso en el que se llegue a un ejercicio real del poder. Eso exige unas bases económicas determinadas, pero también un tipo de aparato de Estado y de funcionamiento institucional adaptado a esas nuevas condiciones económicas. Aquí entraríamos en las formas de representación, de elección y dirección del gobierno, pero, por otro lado, eso necesariamente tendría que compatibilizarse, de manera creciente, con otras fórmulas de organización a nivel de masas pero dotadas progresivamente de poder político. La consolidación del poder socialista e incluso la extinción del Estado, tal como la concebimos, tendrá que venir por la sustitución progresiva de las formas tradicionales de la democracia parlamentaria burguesa por esas formas que corresponden ya a las condiciones del ejercicio del poder por

las clases productivas. Aquí es donde entraríamos en el tema de los consejos, organizaciones ciudadanas y formas nuevas que puedan ir apareciendo.

M. Mora: Me parece que en la sociedad en que vivimos el cambio está ya condicionado. Es cierto que el sistema parlamentario es una creación de la clase burguesa, en su momento revolucionaria, que liquidó el sistema feudal, pero también lo es que esa forma se ha ido ampliando y hoy está asumida por un sector amplísimo de la población y es, por consiguiente, el primer aspecto que tenemos que considerar para ver cómo se puede producir el cambio. Estas conquistas —y me atengo a la posición revolucionaria del mismo Lenin, a la dialéctica de lo concreto, que es lo que nos puede hacer avanzar en un momento determinado— tienen un carácter general, son consideradas como válidas para el cambio y, por consiguiente, no tendrían ya un carácter de mera oportunidad instrumental, sino que serían un sistema para llegar a la transformación socialista. En definitiva, lo que hagamos a partir de ahora tendríamos que hacerlo sobre la base expresa de la población.

Vuelvo, entonces, al problema de precisar la nueva composición social española, de cómo situamos a los nuevos sectores sociales intermedios que pueden ir desde capas de trabajadores manuales cualificados hasta la mediana propiedad. Desde un punto de vista objetivo, creo que sería demostrable que la situación en que se encuentran esos sectores es de dominación a cargo de una oligarquía que controla tanto el precio de los inputs que necesitan como el del resultado de su trabajo. No se me oculta que dentro de este sector, el más acomodado dentro del campo pretendidamente socialista, hay una parte que emplea y por tanto explota mano de obra ajena. El tema es siempre el de las contradicciones principales y secundarias y hasta qué punto podemos explicar que la contradicción principal se da hoy entre este sector mediano y la oligarquía que lo explota, cómo podemos demostrar que un sistema socialista no disminuiría su capacidad económica, etc. Podríamos convencer de que unas explotaciones más amplias y con otro sentido del factor trabajo serían más rentables y no obstaculizarían la mejora de su nivel de vida. Quedaría como problema principal el ideológico, tratándose de un sector tradicionalmente conservador.

En este aspecto, el sector que mejor conozco es el del campo, y allí se está comprobando con las cooperativas de orientación socialista que, en la práctica, sus resultados son netamente superiores a los de las explotaciones capitalistas puras. Hay un sistema de cooperativas de primer grado, de simple transformación primaria, con un carácter claramente reaccionario. Pero, cuando se pasa a la cooperativa de segundo grado, entonces es que se tiene pretensiones de hacer llegar el producto al consumidor y por consiguiente, cargarse literalmente los canales de comercialización capitalista. Si el cooperativismo progresa cualitativamente en este sentido —lo que no ocurre en el sector conservador—, se estará utilizando como un instrumento de choque contra el capitalismo. Cualquiera puede preguntarse hasta qué punto es eso factible si depende de la financiación y la financiación está en manos de la alta burguesía, claro está, pero yo no he dicho que sea posible ahora. Lo que quiero decir es que ahí pueden progresar fuerzas con un contenido de avance social. Creo que éstos son, claramente, instrumentos socialistas que, combinados con la existencia en el gobierno de algún partido más avanzado pueden permitir llegar a lo que ya habíamos dicho, a la combinación de formas parlamentarias con formas de participación social desde todo punto de vista. Esto es una forma de participación social y, a la vez, implica alianzas y una nueva visión de la propiedad de manera global, tendríamos que empezar a hacer distinciones social del conjunto de los medios de producción, no se plantearía en la primera fase la apropiación de un determinado sector de la propiedad. Esto no generaría graves contradicciones si estuviera medianamente consolidada la alianza entre el sector del trabajo por cuenta ajena y este sector de la pequeña y mediana propiedad. Deberíamos establecer hasta qué nivel de propiedad se respetaría y distinguir, entre las pequeñas y medianas, las que son dependencias claras de los monopolios y las que van funcionando autónomamente. La sociali-

zación de los bienes por encima de determinado nivel de propiedad y el control general del sistema productivo serían más que suficientes como para orientar a la parte de propiedad que quedara libre en un sentido socialista. Considerar esto como un retroceso respecto de los objetivos finales no sería sino exteriorizar un deseo, no tener en cuenta la correlación de fuerzas en la sociedad moderna.

G. Cordero. — Yo creo que lo primero es tener claro el proceso en su dirección, entendiéndolo, sobre todo, que el socialismo implica la extinción del Estado. Esto comprende el cambio de su naturaleza, desapareciendo o transformándose viejos aparatos, y comprende que el ejercicio de las decisiones deja de ser un campo en el que se mueve solamente una parte de la sociedad, los "políticos", dejando paso a una participación creciente de las masas, del pueblo, como trabajadores, como campesinos... Esto exige romper la distinción tradicional entre sociedad y Estado, sustituir las formas tradicionales de ejercicio del poder por órganos naturales de actuación de las masas. Veo un grave problema en la definición de los partidos comunistas o de izquierda como partidos de lucha y de gobierno: entiendo a los partidos revolucionarios como partidos de lucha y de dirección política, pero no "de gobierno", porque esto puede implicar la idea de que el ejercicio del poder se lleva a través del partido, de los partidos en el gobierno, en lugar más o menos directamente por las masas.

Sobre el tema de las cooperativas que apuntabas, Miguel, no creo que en tu planteamiento esté el que a través de ese régimen se pueda organizar una economía socialista, porque esto implica una planificación. Otra cosa es la compatibilidad del régimen cooperativista con la construcción económica y política del socialismo. Incluso esto no es nuevo: ha sido utilizado y lo sigue siendo en los países socialistas. No pienso que haya contradicciones excesivamente importantes entre el desarrollo del socialismo y la supervivencia de ese tipo de organización económica, en algunos sectores, durante un período determinado. Pero no creo que ahora, en un contexto capitalista, el cooperativismo marque cambios cualitativos en el sistema. Su misma extensión es difícil y se reduce a ciertas zonas del campo, mientras en otras supondría enormes cambios políticos y en la propiedad que sólo podrían ser llevados a cabo contando con el gobierno y el poder.

Otro problema distinto es la supervivencia de formas de propiedad privada, tanto más si se incluye la burguesía industrial media no monopolista. Creo que es más fácil la alianza con la pequeña burguesía que no explota mano de obra ajena. Con la propiedad industrial media ya no está tan claro, pues, si bien es cierto que tiene contradicciones con la fracción monopolista, son más poderosas las que tiene con la clase obrera. Más tarde o más temprano, más bien temprano, la planificación tiene que chocar con esa forma de propiedad. Incluso en el terreno de las alianzas para llegar al poder no es fácil, porque una gran parte de los trabajadores depende precisamente de esas empresas, no de las grandes, y están sometidos a una explotación igual o mayor. Los trabajadores no entenderían un programa de alianza con esa burguesía, y esa burguesía sabe que el Estado y el régimen burgués defienden los intereses de conjunto de toda la clase y aseguran también su apropiación de la plusvalía. Por lo demás, hay sectores importantísimos de la pequeña y mediana empresa que sólo tienen razón de ser en relación con el capital monopolista, que no la tendrían ni siquiera en una etapa de transición.

A lo que sí se puede tender —y creo que es importante y es suficiente— es a la neutralización política de estas fracciones secundarias de la burguesía garantizándoles cierto funcionamiento y ciertas ventajas durante una primera fase de la construcción socialista, siempre que no se vuelquen del lado de la burguesía monopolista. Por supuesto que será más fácil ganarse, integrar o neutralizar a sectores de la pequeña burguesía y el cooperativismo.

M.F.E. — Al debatir sobre proyectos se corre el peligro de caer inevitablemente en la abstracción, al menos hasta cierto punto. Quiero decir con ello que, luego, la realidad puede y suele plantear problemas que no se habían previsto. Pondré algún ejemplo: el primero, sobre lo que plantea Miguel en torno a la pe-

queña y mediana propiedad, puede ser el de la Nueva Política Económica en la revolución rusa, la presión de la agricultura privada en algunas democracias populares o el resurgimiento del capital en países como Egipto, Argelia o el Congo; dicho en breve, la pequeña y mediana propiedad no se mantiene estática, sino que genera gran propiedad. El segundo puede ser la evasión de pequeños capitales — que juntos son una gran parte de los recursos de una nación — en todos los procesos de cambio radical — Portugal es el más cercano — o la huelga de los camioneros en Chile, que amenazó con una hambruna e hizo tambalearse a la Unidad Popular: con estos ejemplos voy a qué necesidades políticas pueden obligar a fuertes incursiones económicas (en Chile, lo más sensato podría haber sido expropiar o incautarse de los camiones inmovilizados). Último ejemplo, que concierne a la combinación de formas parlamentarias y de democracia directa: en Rusia en 1917, en Alemania en 12919, en Portugal en 1976, la contrarrevolución es una "contrarrevolución democrática", que se dirige contra los organismos de poder popular en nombre de las instituciones parlamentarias (la Constitución en los tres casos citados); lo más probable es que esta situación se reproduzca cada vez, aunque sólo fuera porque su específico calendario electoral impide a las instituciones parlamentarias evolucionar políticamente al mismo ritmo que los organismos de base tipo consejos, etc., y eso significa, al menos en el momento, optar entre éstos y aquéllas.

M. Mora: No pretendo que todo el sector de la pequeña y mediana burguesía vaya a evolucionar sin más hacia posiciones socialistas; creo que eso estaba implícito. Un gobierno avanzado tendría que intentarlo por medio de su política económica, fundamentalmente fiscal, y de una labor de formación y preparación. El sistema fiscal debería primar de manera clara y rotunda los métodos cooperativos, y aun dentro de éstos los más en línea con la transformación socialista. Por ejemplo, avanzando hacia que cada miembro de la cooperativa sea un trabajador de ella y tenga un voto. En cuanto a que haya sectores de esta parte de la población que adopten actitudes reaccionarias, no me cabe la menor duda, pero eso no nos saca del problema e igual podemos encontrárnoslo en la misma clase obrera. Si tú tienes el poder y un sector de la población se enfrenta de manera violenta con ese poder, la historia es bien simple: eliminarlos. Tomemos el caso de los pilotos, que son trabajadores asalariados pero difícilmente puede decirse que actúen en un sentido progresista. Eso no se corrige más que desde el gobierno, no hay otra manera. Los conflictos entre una orientación socialista y los sectores medianos y pequeños de la propiedad van a estar ahí; el problema es ver si se puede orientar el proceso general, y aquí es donde tiene importancia decisiva la labor formativa, de propaganda, de los partidos que se dicen de los trabajadores.

G. Cordero: Me parece que el tema del cooperativismo es un tema muy peculiar y que en cualquier caso, en el supuesto de un gobierno de izquierdas no pesaría mucho desde el punto de vista económico, del poder económico. Un gobierno de izquierdas podría impulsarlo o desarrollar el que ya existe, no yendo a la nacionalización en algunas zonas agrarias. Pero para amplísimos sectores de la industria, el cooperativismo mismo exigiría una expropiación previa de la propiedad jurídica, del capital existente, lo que podría favorecer una convergencia entre un gobierno socialista y los posibles beneficiarios de una organización cooperativa. Con estos beneficiarios no tendría por qué haber contradicciones graves en una primera fase, pero sí con el sector monopolista e incluso sectores medios a expropiar para el impulso mismo del cooperativismo. Con lo cual el tema de las posibles alianzas entre las fuerzas que defienden los intereses generales de los trabajadores y sectores de la pequeña y mediana burguesía resulta no ser tan fácil.

M. Mora: Te interrumpo un momento para decir que las cooperativas pueden ser, y de hecho han sido, no sólo un instrumento para ir modificando el sistema capitalista, sino también una simple forma de explotación. Hay dos vertien-

tes, dos posibilidades, pero estos hablando de un gobierno socialista que toma determinadas medidas...

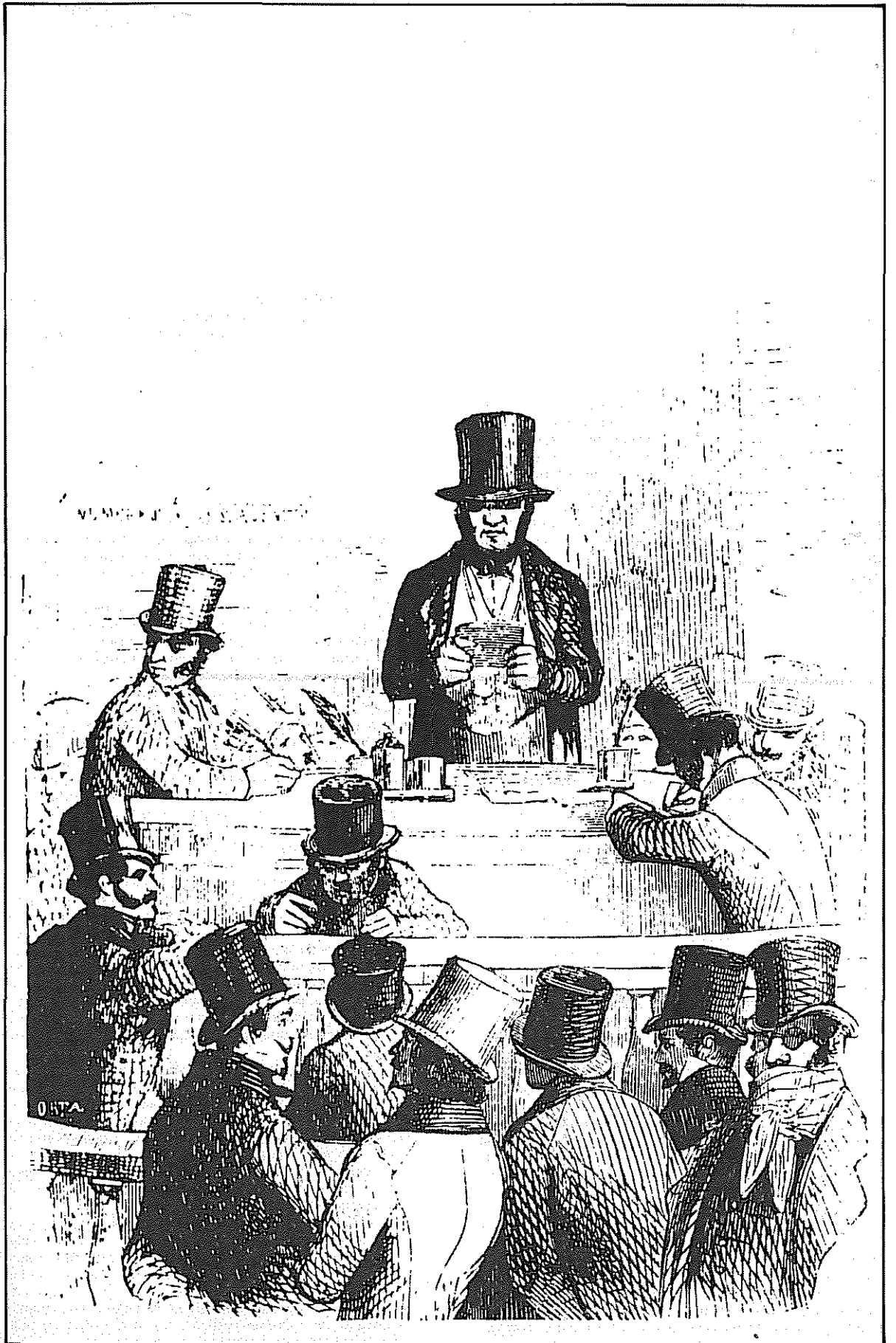
G. Cordero: Bueno, sobre el otro aspecto de lo que preguntaba Mariano, sobre la posible contradicción entre dos estructuras de poder distintas, de democracia de base y democracia representativa, me parece que va a existir por se. El problema es en qué terminos puede ir resolviéndose. Si coexisten formas relativamente avanzadas de democracia directa con un gobierno y una estructura parlamentaria en los cuales tienen la mayoría los sectores interesados en mantener el régimen capitalista, ya no es que sea una complementariedad contradictoria, sino que es una situación de doble poder que difícilmente se resuelve como no sea con la confrontación violenta. Cuando hablo de complementariedad lo hago en el sentido de que sean homogéneos los intereses defendidos mayoritariamente desde los organismos de poder de masas y los de poder parlamentario y ejecutivo en el sentido burgués del término, de que la contradicción sea solamente en cuanto al ritmo de la evolución, en cuanto al reparto de parcelas de poder entre las dos estructuras, etc. Esto exige, claro está, que en el Parlamento tengan mayoría fuerzas interesadas en apoyar la democracia de base: el problema sería entonces adecuar los ritmos y disminuir los costes, lograr una sustitución no traumática. Puede haber un mayor o menor margen de maniobra, pero es un terreno en el que cabe esa compatibilidad. En los casos que has expuesto tú es evidente que se trata de una situación de doble poder que sólo se resuelve con la confrontación.

M.F.E.: Supongo que aceptais que, previo a cualquier alianza con la pequeña burguesía, la mediana propiedad, etc., sería unificar a todos los sectores de trabajadores en el sentido más amplio, es decir, incluidas las llamadas "nuevas clases medias" y similiares. Si es así, lo que quiero preguntaros es otra cosa: esta alianza que proponéis, con distinto énfasis, con sectores de la pequeña y media burguesía, sería una alianza hegemónica y vehiculizada directamente por las propias fuerzas socialistas o debería darse a través de los partidos que representan, recogen el voto o influyen políticamente a esos sectores fronterizos? En resumen: hay que buscar una alianza con los partidos de la pequeña burguesía, o con los partidos burgueses que la dirigen políticamente, o lo que hay que hacer es arrancarla a la influencia de esos partidos?

G. Cordero: Depende de qué sectores hablemos. En la mayoría de los países capitalistas avanzados no hay hoy partidos que estructuren a la pequeña y mediana burguesía. Estos sectores se sienten representados por partidos que defienden los intereses de conjunto de la burguesía, aunque en la dirección de la fracción más potente y hegemónica, la que de alguna manera da el tono en nuestro época. En ese sentido, no cabe una alianza de partidos. El ganarse a estos sectores pasaría por distintas líneas o posibilidades de actuación según las peculiaridades de cada uno de ellos, ofreciéndoles una alianza antimonopolista con posibilidades de cooperación, de financiación, etc., favorables. Esto se podría hacer directamente con los campesinos, con las asociaciones de pequeños comerciantes, desde los propios partidos obreros, sin necesidad de buscar un vehículo de partido que represente a estos sectores sociales. Ahí hay un trabajo claro que, si no logra atraer a estos sectores a un programa socialista, al menos puede neutralizarlos evitando que se decanten hacia los partidos de la derecha.

Con sectores de la burguesía industrial o comercial media veo mucho más difícil el ganarlos o neutralizarlos. Aquí lo que cabe es más una política de demostración de la capacidad de dirigir la economía y la fuerza que intentar ganarlos a través de la penetración en sus propias organizaciones. Pero, a la hora de la verdad, las contradicciones se plantean en un terreno obvio: no se puede ganar a estos sectores a través de acuerdos con sus organizaciones empresariales cuando, al mismo tiempo, tienes que negociar convenios, salarios, condiciones de trabajo... Son contradicciones, entre este sector y los trabajadores, bastante insalvables.

M. Mora: Estando básicamente de acuerdo con Gervasio, sólo quiero añadir que habría una amplia mayoría;



muy por encima del 50 %, para hablar de un respaldo a un posible gobierno socialista, sin tener que condicionar su política fundamental a lo que hiciera ese otro sector, más elevado de la mediana burguesía. Sería ya desde el gobierno desde donde con una política fiscal y una labor ideológica podría ya orientarse en un determinado sentido. Ello implica, por otra parte, como cuestión fundamentalísima, que las organizaciones de carácter sindical, reivindicativo, mantengan su plena independencia y no estén subordinadas a los partidos, que no sean una correa de transmisión. Que lo que haya que hacer sea aceptado por una labor de explicación y educación. En este momento, por ejemplo, estamos asistiendo a un inmenso error: el PSOE pretende montar en el campo organizaciones de pequeños propietarios. Desde la Coag se les ha dicho que esto conduciría simplemente a dividir al sector de la agricultura progresista en España, que lo que tienen que hacer es apoyar globalmente a la COAG, que hasta el momento ha venido defendiendo adecuadamente esos intereses. Si lo que quieren es una cursal, se están equivocando. La coincidencia tiene que darse en la base, en que se percaten unos y otros de que tienen unos intereses comunes.

M.F.E.: Volvamos ahora con la dirección del PCE y su presunto giro. En mi opinión no existe tal giro, al menos en lo fundamental. Lo esencial del "eurocomunismo" estaba ya en la política de "pacto por la libertad" y "reconciliación nacional", estaba en el giro de la III Internacional hacia los frentes populares, y podríamos buscar raíces aún más lejanas... En el terreno programático, el "eurocomunismo" representa solamente un intento de formalización definitiva. Pero quizá haya otra diferencia entre antes y después del eurocomunismo. Tradicionalmente, la socialdemocracia y el comunismo "oficial" son dos variantes del reformismo, pero mientras la primera es un partido básicamente electoralista, el segundo es un partido básicamente militante —o era—. El reformismo, además de una lógica política, tiene una base social, incluso en el interior del partido o en sus aledaños. En la socialdemocracia, esa base son los cargos representativos y la implantación en el aparato estatal. En el comunismo "oficial" lo era el propio aparato del partido, la propia burocracia. Curiosamente, la escisión en España de los eurocomunistas en "oficialistas" y "renovadores" parece reflejar un desdoblamiento de la base social inmediata —o simplemente sociológica— del reformismo del PCE. La postura "oficialista" es sostenida por el aparato del partido. La "renovadora", al margen de ramificaciones menores, tiene su base justamente donde el PCE se ha visto más imbricado y comprometido en el aparato estatal: el Ayuntamiento madrileño.

G. Cordero: Se pueden buscar las raíces del giro. Creo que menudean los precedentes desde después de la Segunda Guerra Mundial. En esto incidieron la guerra fría, las dificultades de reiniciar procesos revolucionarios en Europa y la forma en que la URSS repercutió claramente sobre la orientación reformista, al menos programática, de los PCs. Pero lo característico de la actualidad es que esos elementos se exacerban, no en una época de auge capitalista, sino en una época de crisis. Eso no es simplemente la culminación de una evolución, sino un giro sustancial. Antes se justificaba como una política de etapas, etc., pero ahora se dice que es la política adecuada para un período de crisis.

Hay otro elemento básico de ruptura: la forma de entender las relaciones con el campo socialista o la lucha antimperialista, el eurocentrismo "equidistante" de los bloques y, en la base de esto, alianzas estratégicas con los socialistas y coyunturales con la derecha. Esto es ir a la zaga de la socialdemocracia tradicional.

Coincido contigo en que la crisis de los renovadores venía muy mediada por su papel en los cargos públicos. Ahí, cuando un militante choca con los límites que se oponen a la gestión y el ejercicio del poder, a cualquier transformación que no tenga un carácter mucho más amplio, caben dos cosas: entrar en la lógica electoralista, rebajando el programa en busca de mayores apoyos a corto plazo, o entender cuáles son los mecanismos reales del poder, aunque

esta comprensión apunte hacia un camino más largo.

M. Mora: Esos procesos de reorientación política son siempre largos, conscientes o inconscientes para los militantes. Pero hay otra cosa importante: la composición, el conjunto de la militancia de un partido, que lleva siempre a pensar que existen posibilidades de cambios internos. El problema del PCE hoy es que no tiene ni programa ni práctica. La distancia entre lo que se escribe y lo que se hace es ya tan grande que no guardan relación alguna. Desde mi punto de vista apenas hay diferencias entre el **Manifiesto-programa** de 1975 y lo que estamos hablando aquí esta tarde.

Como siempre hay algún margen para la acción, se podría pensar en reorientar al partido en sentido revolucionario. Algunos hemos llegado a la conclusión de que eso no es posible, otros llegaron antes y otros llegarán después. El análisis político de fondo, teórico, vendrá más tarde. La política del PCE es ahora tan coyuntural que nadie puede saber si defiende o no la reforma agraria o la nacionalización de la banca o la energía eléctrica. Ya no se sabe cuáles son las "fuentes jurídicas" de la política del PCE: si el **ManifiestoPrograma** esta vigente o si hay que atenerse a los programas electorales, si las tesis del Congreso son la última palabra o si son decretos que no modifican las leyes... Se suponía que todo desarrollaba el **Manifiesto-Programa**. Hay una falta de ordenamiento jurídico, y eso en un partido es la hecatombe. A esto hay que añadir la falta de vías políticas. No hay estructuras que aseguren la libertad de expresión, ni que representen al conjunto de la militancia, ni que garanticen la participación real. Hoy se procede disciplinariamente. Hoy ni siquiera se expulsa: se margina al disidente, se le inhabilita en la práctica para la acción política, y esos destruye cualquier posibilidad. Da igual que sean del ala derecha o izquierda: eso imposibilita la actividad política.

Eso tiene ya pocas posibilidades de cambio, lo que no implica que no pueden hacer algo en un futuro las personas que todavía están ahí. Ojalá dentro de un cierto tiempo podamos estar muchos en un llamado Congreso de Unificación Comunista, y también vosotros. De momento pensamos que ahí ya no se puede hacer política y tratamos de reagrupar a gente diversa. Nuestro proyecto es unitario y socialista, de transformación real, de apropiación por la sociedad de los medios de producción. Y decimos que la estructura que hoy se da en el campo que pudiera estar interesado en un partido comunista moderno implica también otro sentido de la libertad de expresión y de la representación. Lo de las tendencias es para nosotros tan natural que no necesitamos detenernos en explicarlo. En la etapa que vivimos hay muchas diferencias que son compatibles. Otros piensan que es preferible partir de una gran homogeneidad política —lo hemos discutido mucho—, pero nos damos cuenta de la necesidad de unir fuerzas si queremos conseguir un grupo con una incidencia real. Este proyecto unitario podría comprender desde posiciones rozando a las de la actual izquierda del PSOE hasta un sector plenamente radical y convencido de que llegará el día en que tengamos que enfrentarnos de cualquier manera, la que convenga, para sacar adelante nuestro proyecto. Creo que es compatible, por difícil que sea... o bien nos vamos a quedar fragmentados, sin nada que decir a la sociedad española.

L. Cuervo: En el último período y quizá mucho antes, aunque en realidad no lo conozco, apenas ha habido debates de carácter político e ideológico, lo que es grave en una organización como el PCE, que debe sustanciar toda su lucha política en la riqueza de ese debate. Y cuando se han hecho han sido falseados intencionadamente, para ganar posiciones personales, etc. O han servido de coartada para determinados cambios de carácter táctico. Y esto lo ha protagonizado todo el mundo.

Otro punto que está en crisis es la forma de hacer política. Si no cambiamos las relaciones con las masas cada vez va a ser más imposible que los partidos lleven sus programas y sus ideas al conjunto de la sociedad. Se ha utilizado mucho la idea del "intelectual colectivo" y en su nombre se han ejercido todo tipo de dictaduras personales, de unos pocos. Algunas personas han determinado, por la falta de debate y de democracia, la imposibilidad de que el

partido actuara como un colectivo real. Esto es algo que hay que revisar cualquier que sea el futuro que se presente, incluso para el propio PCE.

Otro tema importante es el de las relaciones con el sindicato. Siempre se dice que es independiente, que no debe ser correa de transmisión, pero en la práctica no es así. Incluso cuando se dice esto se añade la coletilla contraria de la famosa dirección del partido sobre las organizaciones de masas. Esto sería correcto si se entendiera de una forma dialéctica, pero a veces se tiene la concepción más peyorativa. Se entiende que uno es el listo, el que dirige a los otros, las organizaciones de masas, que son los tontos. Cuando se tiene esta concepción, se diga lo que se diga, hay correa de transmisión. Independencia no quiere decir que el partido no pueda expresar sus ideas, sino que las organizaciones de masas, los sindicatos en concreto, pueden y deben elaborar su propia política en el ámbito que les corresponda.

M.E.F.: Parece que los que queríais cambiar el PCE desde dentro habéis cambiado de idea, por lo menos algunos. Por otra parte, los que pensábamos en construir un partido revolucionario desde fuera también hemos cambiado algunas de nuestras viejas ideas. Cuando menos, la experiencia de la transición nos hizo comprender que no era tan fácil aquello de que "las masas aprendieran en días lo que no habían aprendido en años", y el 23-F, entre otros acontecimientos y situaciones, ha venido a recordarnos que no disponemos de todo el tiempo del mundo. ¿En qué medida sería posible llegar a un partido en el que coexistiéramos esas corrientes? ¿Qué tipo de acuerdos serían necesarios para que eso funcionara como un partido? ¿Es posible un partido menos identificado con la definición de una serie de tareas estratégicas centrales para todo un periodo sobre las cuales pueda existir un acuerdo básico, una dirección unificada, pero también una serie de divergencias sobre otros temas que solamente en el curso del tiempo, y en la medida en que se traduzcan en exigencias concretas, deberían resolverse? ¿Un partido de todos los revolucionarios, o de todos los comunistas!

L. Cuervo: Lo ideal sería poder hacerlo, pero es una tarea impropia y difícil, por múltiples factores. ¿Cómo hacerlo? Creo que ponernos de acuerdo por arriba es una vía que no daría resultado. Además habría que tomárselo con calma y, sin embargo, hay que seguir haciendo política. Lo mejor que podríamos intentar es ponernos de acuerdo y comenzar a trabajar sobre cosas concretas. También habría que abrir un debate teórico e ideológico, sin sectarismo, procurando entendernos cada uno de la verdad que a veces ponemos en primer plano y aportando con humildad. Si fuéramos capaces de realizar esas dos cosas se podría conseguir lo que en principio se ve como muy difícil, casi una utopía... pero las utopías son las que han hecho avanzar a los pueblos y a la sociedad.

M. Mora: Pasando a algo más concreto, creo que hay tres puntos que de entrada nos servirían. Los que estamos por superar el sistema capitalista y establecer un sistema donde los medios de producción sean del conjunto social. Los que estamos por que eso se tiene que hacer desde un partido ampliamente democrático, con tendencias. Y los que estamos por que la vía a utilizar, al menos en una etapa previsible, tendría que ser el pedir a la gente su opinión. Me parece que estas cosas tienen la suficiente solidez como para empezar a hablar.

G. Cordero: Yo estoy bastante pesimista en cuanto a la posibilidad de construcción de un nuevo partido que pueda ser una alternativa a los existentes, pesimista a corto plazo. Primero, porque tendríamos que contar con una buena parte de los militantes de esos partidos. Aunque con el PSOE el asunto no pasa por ahí, en el PCE hay una crisis muy profunda, pero está lejos de tocar fondo. Esta es una etapa de reflujo, sin incentivos ni motivaciones para mucha gente como para montar una organización con peso e incidencia real. Es difícil construir un nuevo partido, o una nueva formación política, sin una recuperación del movimiento de masas o una cierta homogeneización de sectores de vanguardia con capacidad para reiniciar procesos de

lucha de masas con un mayor nivel de radicalidad. Para lograr esto se necesita mucha cohesión, un mínimo de homogeneidad. Me cuesta trabajo creer en la posibilidad de una formación política muy plural en lo ideológico, con planteamientos absolutamente antagónicos en aspectos clave, en la situación actual, y que eso, además, tuviera capacidad para disputarle la hegemonía eficazmente a partidos como el PSOE y el PCE. Las definiciones muy plurales son muy fáciles de hacer, pero no debemos olvidar la trayectoria que tiene la izquierda actual, trayectorias programáticas. Si hubiera cierta recuperación del movimiento de masas... entonces sí, más que de un partido se podría hablar de una nueva formación política, con formas muy peculiares, casi una confederación de organizaciones comunistas, con unos métodos, unos estatutos y una regulación muy específicos que habría que pensar, que pudiera actuar como un frente organizado ante problemas concretos de la política nacional o para unas elecciones. Podría llegarse a ello, pero antes es precisa cierta recuperación del movimiento. Y esta pasa por una inversión en la política de los actuales partidos de izquierda, o por una alternativa muy sólida al PCE en su terreno, tal vez no perfectamente orientada pero sí organizada y enraizada.

M.F.E.: Quizá se pueda considerar las cosas desde otra óptica. Ha habido cuatro grandes intentos históricos de crear partidos revolucionarios: la socialdemocracia, la Internacional Comunista, la IV Internacional y la izquierda revolucionaria de los años 60-70. El primero fue un intento prácticamente unitario. La I.C. surgió de una socialdemocracia que agrupaba a casi la totalidad del movimiento obrero. La IV Internacional fue un intento fallido de hacer lo mismo a partir de la Tercera. Por el contrario los intentos de los años 60 y 70 son protagonizados por pequeños grupos con una confianza casi ilimitada en sus ideas o en su propia capacidad para mostrarlas en la práctica. Quizá el problema de el periodo en que vivimos —y no quiero decir con ello que fuera aconsejable, ni siquiera posible otra cosa— resida en esa inversión de los terminos. Efectivamente, a primera vista parece una contradicción flagrante pretender unificar nada en un periodo de retroceso. Pero el retroceso es de tal magnitud, por otra parte, y tan sórdido —no ha habido grandes derrotas decisivas, las direcciones de los grandes partidos de izquierda aparecen claramente responsables— que hace sentir muy fuertemente la necesidad de construir algo. Esto puede ser fuente de nuevas expectativas para la vanguardia. Tal vez en este caso no sea malo hacer de la necesidad virtud.

G. Cordero: Ante una situación tan difícil, es evidente que surge una respuesta intuitiva: hay que reagruparse. La autodenominada izquierda revolucionaria de los años 60 sale de un momento de auge de la lucha de masas combinado con una situación de expansión del capitalismo, y además surge para ligar con los aspectos más puros de los orígenes del movimiento comunista, rompiendo con todo un proceso denominado reformista. Es una vuelta a toda una serie de principios que parecían abandonados en la política cotidiana de los partidos mayoritarios. El problema es que, ahora, ¿cuál sería la motivación, la alternativa que motivara a esta gente para montar un nuevo partido? ¿La recuperación de una serie de principios, etc.? ¿Plantearse algo nuevo? Pero este algo nuevo debe ser sobre unas bases políticas y programáticas y una concepción del partido. La concepción del partido es una cuestión importante, pero sobre ese acuerdo único no se puede construir un partido. Un partido exige unos acuerdos programáticos básicos y una mínima homogeneidad estratégica y táctica. Y en eso las cosas están poco maduras para unir a todo lo enormemente diverso que hay. Sí que existen posibilidades de acercamiento a través de plataformas asociativas en las que se pueda coincidir, discutir, ir perfilando dónde están las diferencias fundamentales —que a lo mejor no son tan grandes— y llegar a algunos acuerdos prácticos, en la acción, ante determinados problemas. Pero la constitución rápida de una organización que aglutine a todos la veo difícil.

